

553222 000001

COMEX

19-7

# MARIA STUARDO,

POR

SCHILLER.

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN.

## Personajes.

MARIA STUARDO.	MELVIL.
LA REINA ISABEL.	CONDE DE L'AUBESPINE.
ANA KENNEDÍ.	CONDE DE BELLIEVRE.
MARGARITA KURL.	CONDE DE KENT.
LEICESTER.	BUNGOYN.
MORTIMER.	LEVEL.
LORD BURLEIGH.	UN PAJE.
SIR GUILLERMO DAVISON.	UN OFICIAL.
PAULET.	WILLIAMS.
TALVOT.	UN CRIADO.
DAMAS.—CABALLEROS FRANCESES E INGLESES.—	
GUARDIAS.—CRIADOS.	

## ACTO PRIMERO.

Una sala en el castillo de Fotheringay.

### ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDÍ *empeñada en un vivo debate con el caballero PAULET, que pretende abrir un armario: WILLIAMS con una palanca de hierro.*

ANA. ¿Qué es eso, caballero Paulet?... ¿nuevos actos de violencia?... ¡Dejad ese armario!...

PAULET. Desde las habitaciones de Maria han caído alhajas en el jardín para sobernar a los guardias... ¡Astucias de mujeres!... A pesar de mi celo y continua vigilancia, todos los días aparecen tesoros ocul-

tos... Ese armario debe ser el depósito de ellos... (*Hunde la puerta del armario*).

ANA. ¡Basta, temerario!... aquí están los secretos de mi ama.

PAULET. Los mismos que yo busco. (*Saca varios papeles.*)

ANA. Papeles insignificantes... pasatiempos de la Reina en el horror de la prisión, para entretener la ociosidad.

PAULET. En la ociosidad es cuando está el corazón mas espuesto a las tentaciones del espíritu maligno. (*Saca mas papeles.*)

ANA. Escritos franceses...

PAULET. Tanto peor... esa es la lengua de nuestros enemigos. (*Sigue revolviendo papeles.*)

ANA. Borradores de una carta que mi soberana piensa dirigir a la Reina de Inglaterra...

PAULET. Yo se la entregaré... pero ¿qué es eso?... (*toca un resorte dentro del armario, abre un secreto y saca una alhaja.*) ¡Una banda real de rica pedrería, con las lises de Francia!... Williams, guarda esta banda con las demás alhajas de lady Maria... (*Williams la recoge y se va.*)

ANA. ¡Ah!... ¡cada día nuevos ultrajes!

PAULET. Las riquezas se vuelven armas en manos de esa mujer... todo lo que posee, lo emplea mal.

ANA. ¡Tened buen corazón, caballero Paulet!... ¡no despojeis a mi Reina de los últimos recuerdos de su pasada grandeza!... La desdichada se regocija algunas veces



con ese impotente símbolo del poder que le arrebataron...

PAULET. Queda en buenas manos, y á su tiempo os será devuelto.

ANA. Al ver esas paredes desnudas, ¿quién pudiera adivinar que aquí mora una Reina? ¿Dónde está el dosel que cobijaba su trono? Su pié delicado, que no hollaba sino blandas alfombras, pisa ahora este húmedo pavimento, y se le sirve la comida en una mezquina vajilla de estaño, que pareciera despreciable á la mujer de un hidalgo sin bienes.

PAULET. Así trataban á su marido en Stirlin, mientras ella libaba con su amante en copas de plata y oro.

ANA. ¡Hasta el espejo nos han quitado!

PAULET. Mientras María pudiese contemplar, envanecida, su propia imagen, subsistirían sus audaces esperanzas.

ANA. Tampoco tiene libros para distraer su tristeza...

PAULET. Se le ha dejado la Biblia para que rectifique su corazón.

ANA. También la han quitado el laud...

PAULET. Conque acompañaba sus cantares obscenos y vergonzosos...

ANA. ¡Ah!... ¡tan infausta suerte reservabais á la que recibió la mas delicada educación, á la que fué reina desde la cuna, á la que creció entre el magnífico bullicio de la corte de los Médicis?... ¿No basta habérsela despojado de su poder?... ¿Es también preciso quitarle sus mas inocentes diversiones? Un corazón noble, sabe sobreponerse á los grandes infortunios, pero padece mucho con la privación de los simples pasatiempos de la vida.

PAULET. María se ocupa de necias frivolidades, cuando solo debiera pensar en el arrepentimiento. El desorden de una vida voluptuosa, solo puede espíarse con las privaciones de adversidad.

ANA. Mi reina no es responsable de sus fragilidades, sino ante Dios y su corazón... No hay en Inglaterra quien tenga derecho á juzgar tales faltas.

PAULET. Será juzgada donde delinquiró.

ANA. ¿Y cómo puede haber delinquido en este reino, si siempre ha estado prisionera?

PAULET. Sin embargo, desde el fondo de la prision ha sabido ejercer en el mundo malignas influencias, agitar en el reino la tea de la guerra civil, y armar hordas de asesinos contra nuestra amada soberana... ¿Bastaron estos muros para impedir que ajustase con Babington y con Parry un horrible regicidio? ¿Pudieron estas rejas evitar que sedujese el noble corazón de

Norfolk?... por ella ha caído bajo el hacha del verdugo, la cabeza mas heroica del reino, sin que bastase este notable ejemplo para escarmentar á tantos insensatos como se disputaron el honor de precipitarse en un abismo por María!... por ella han subido al cadalso mil victimas, que voluntariamente la consagraron su sangre... No cesarán tamaños horrores hasta que perezca ella, ella que entre los culpables es la mas culpable... ¡oh!... ¡maldito sea el dia en que esta nueva Elena pisó la costa hospitalaria de nuestra isla!

ANA. ¡Qué decis!... ¿qué hospitalidad ha concedido la Inglaterra á esa reina sin ventura?... Desde el dia en que desterrada, suplicante, vino á este país para implorar el auxilio de una parienta, la prendisteis contra el derecho de gentes, y á despecho de su dignidad real, la condenasteis á consumir en el horror de una cárcel, los mejores años de su juventud. Y despues que ha apurado todas las amarguras del cautiverio, ¡la llamais ante un tribunal, como á un delincuente vulgar?... ¡acusais vergonzosamente á una reina de un delito capital?

PAULET. María vino á este país perseguida por sus mismos vasallos y lanzada de su trono, prostituido por sus acciones vergonzosas. Despues de haber conspirado inútilmente contra la felicidad de nuestro suelo, vino á reproducir entre nosotros las escenas sangrientas del reinado de otra María, á restablecer el catolicismo, á entregarnos á los franceses... ¿por qué rehusó suscribir al tratado de Edimburgo, y abdicar todas sus pretensiones al trono de Inglaterra? Una sola firma hubiera bastado para abrirla las puertas de la prision... pero mejor quiso gemir en el encierro, y sufrir toda suerte de penalidades, que renunciar á la vana brillantez de un título ilusorio... ¿y por qué creéis que ha obrado así?... porque la alimentaba la esperanza de envolvernos en sus culpables tramas, y de conquistar la corona de Inglaterra desde la oscuridad de un calabozo!

ANA. ¿Os burlais, caballero Paulet?... ¿quereis añadir la irritación á vuestra dureza habitual?... ¿Cómo pueden haber halagado esos sueños de felicidad, á una reina desgraciada á quien enterrasteis viva en este castillo, donde no tiene comunicacion con su querida patria, ni oye la voz de un amigo, ni vé otra figura humana que el semblante sombrío de su carcelero?... su suerte ha llegado á ser insuportable, desde que vuestro bárbaro sobrino comparte con su tío las odiosas funciones de carcelero.

PAULET. No hay cerrojos que basten á



contrarrestar las arterias de esa mujer... ¿Puedo yo saber si se liman las rejas mientras duermo, si el pavimento de estos salones, si estas murallas, en la apariencia tan sólidas, han sido minadas por la traición?... ¡Oh!... ¡qué fatal es mi empleo!... ¡He de vigilar sin descanso vuestros criminales proyectos!... el temor y la desconfianza alejan el sueño de mis párpados... Toda la noche ando errante como un alma en pena, porque no me satisface la seguridad de las puertas, ni me basta la fidelidad de los guardias... siempre me levanto con la zozobra de que se hayan realizado mis temores... ¡Ah!... mejor quisiera estar en las puertas del infierno, destinado á guardar toda la cohorte de los condenados, que tener á mi cargo la custodia de esa reina artificiosa.

ANA. Héla aquí.

PAULET. ¡En la mano el Crucifijo!... ¡En el corazón, el orgullo y la voluptuosidad!

## ESCENA II.

MARIA con un gran velo, y un crucifijo en la mano.—Los precedentes.

ANA (saliéndola al encuentro). ¡Oh reina!... ¡Con qué desprecio nos humillan!... ¡La tiranía y la crueldad no tienen límites!... cada día inventan nuevos martirios y acumulan nuevos sufrimientos sobre vuestra real cabeza.

MARIA (con sosiego). Tranquilízate, Ana... ¿qué ha sucedido?

ANA. ¡Vedlo, señora!... el caballero Paulet ha forzado este armario, se ha apoderado de vuestros papeles, y de vuestra última alhaja, del tesoro que tan cuidadosamente habíamos escondido, de vuestro último adorno nacional de Francia... Todo os lo han quitado, todo!... ya nada os queda de vuestra dignidad real.

MARIA. No importa, Ana... para ser reina, no necesito vanas exterioridades; y el desprecio con que me tratan, no puede envilecerme... En Inglaterra he aprendido á padecer, y todavía puedo sufrir esta nueva violencia... ¡Caballero Paulet!... os habeis apoderado á viva fuerza, de lo que yo trataba de entregaros voluntariamente. Entre esos papeles, hay una carta para mi hermana la reina Isabel... ¿me dais palabra de entregársela en sus propias manos, y no en las del pérfido Burleigh?

PAULET. Lo pensaré.

MARIA. Os enteraré de su contenido... En esa carta pido un gran favor, una conferencia con la misma Reina, á quien jamás he visto... Me han sometido á un tribunal

de hombres, que no me inspiran confianza, ni puedo reconocerlos por mis iguales... Isabel es de mi familia, de mi gerarquía y de mi sexo; y solo en ella debo confiar como hermana, como Reina y como mujer.

PAULET. ¡Señora!... en otros mil lances habeis puesto vuestro destino y vuestro honor, en manos de hombres menos dignos de confianza que vuestros jueces actuales.

MARIA. Pido también otra gracia, que la humanidad se prohíba rehusarme... Desde que estoy prisionera, me hallo privada de los consuelos de la iglesia del beneficio de los sacramentos. La que me ha arrebatado la corona y la libertad, la que amenaza mi vida, no tratará de cerrarme las puertas del cielo!...

PAULET. Os enviaré al capellán del castillo...

MARIA (interrumpiéndole con vivacidad). ¡No!... quiero á un sacerdote de mi religión... También me hace falta un escribano para dictarle mi última voluntad... La tristeza y los sufrimientos de mi prolongado cautiverio, minan sordamente mi existencia... mis días se han abreviado... y ya me considero como moribunda...

PAULET. ¡Muy bien hecho!... esas ideas son las más propias de vuestra posición.

MARIA. Podría también suceder, que la mano de un asesino cortase el hilo de mi vida antes que el dolor y las lágrimas... quiero, pues, arreglar mi testamento, y disponer de lo que me pertenece.

PAULET. ¡Como gustéis, señora!... la Reina de Inglaterra nunca ha pensado enriquecerse con vuestros despojos.

MARIA. Me han separado de mis doncellas y de mis servidores... ¿Dónde están?... ¿cuál es su suerte?... yo puedo prescindir de sus servicios; pero para tranquilizar mi conciencia, necesito saber que son felices, y que no sufren el horror de la miseria.

PAULET. Señora, el gobierno ha tomado á su cargo esas obligaciones. (va á salir).

MARIA. ¿Os retirais ya, caballero Paulet?... ¿asi me dejais abandonada á los tormentos de la incertidumbre?... Merced á la vigilancia de vuestros espías, estoy separada de todo el género humano; ninguna noticia puede atravesar los impenetrables muros de este castillo; y mi suerte está enteramente abandonada al alvedrío de mis enemigos... Hace un mes, un mes penoso y eterno que fui sorprendida por cuarenta jueces, que con estraña precipitación erigieron en este castillo un tribunal, ante el que fui citada... Sin antecedentes, sin abogado, contra toda regla de justicia, me



acusaron, me sorprendieron en mi turbación, sin darme ni siquiera tiempo para recordar mis ideas ni para coordinarlas... Entraron como fantasmas, y como fantasmas desaparecieron... Desde entonces, el mundo entero ha sido mudo para mí... en vano he tratado de leer en vuestras miradas si ha prevalecido mi inocencia y el celo de mis amigos, ó si ha triunfado el venenoso rencor de mis adversarios... Romped ya el fatal silencio, caballero Paulet. Decidme lo que debo temer y lo que puedo esperar.

PAULET (*d. spues de un momento de reflexión*). Arreglad vuestras cuentas con el cielo.

MARIA. Tengo fé en su misericordia... y no me falta confianza en la justicia de la tierra.

PAULET. ¿Se os hará justicia, señora!... no lo dudeis.

MARIA. ¿Se ha fallado ya mi causa?

PAULET (*con indecision*). No lo sé...

MARIA. ¿Estoy ya condenada?

PAULET. Nada sé, señora.

MARIA. En Inglaterra obráis con singular actividad... ¿Me sorprenderá el veredicto, como me sorprendieron los jueces?

PAULET. Pensad lo peor... Ese es el modo de tener el espíritu prevenido para todo lo que pueda suceder.

MARIA. Para todo estoy prevenida... Demasiado sé lo que puedo esperar del tribunal de Westminster, dirigido por el odio de Burleigh y las intrigas de Halton... sé tambien de lo que es capaz la Reina de Inglaterra...

PAULET. Los soberanos de Inglaterra no reconocen mas guías que su conciencia y su parlamento. Lo que resuelva la justicia, lo ejecutará el poder sin temor, sin rebozo y á la faz del mundo entero.

### ESCENA III.

*Los precedentes. MORTIMER entra, y sin hacer caso de la Reina, se dirige á su tío Paulet.*

MORTIMER (*con mucha sequedad*). ¡Tío!... os llaman... (*Se vá del mismo modo que vino. La Reina le mira con descontento, y se dirige á Paulet, que vá á salir.*)

MARIA. ¡Una suplica, caballero Paulet!... Cuando tengais que hablarme, venid siempre en persona... respeto vuestras canas y nada me ofende en vos; pero no puedo resistir la insolencia de ese jóven... evitadme el disgusto de tolerar sus maneras brutales...

PAULET. Lo que tanto os desagrada en se jóven, es para mí la mas apreciable de

sus cualidades. Mi sobrino no es de esos insensatos, que se enternecen con las falsas lágrimas de una mujer... Ha viajado, ha estado en Paris y en Rheims; pero su corazon incorruptible, ha sabido conservarse fiel á su país... Mi sobrino, señora, será inaccesible á todos vuestros artificios. (*Se vá.*)

### ESCENA IV.

MARIA, ANA.

ANA. ¿Cómo se atreve ese hombre á hablarlos con tanta grosería?... ¡oh!... eso es irresistible.

MARIA. (*Abismada en sus reflexiones.*) En los dias de mi grandeza presté oídos con sobrado fervor á la voz de la adulacion... es muy justo, mi buena Ana, que oiga ahora el acento fatal del vituperio.

ANA. ¡Qué humildad!... ¡qué resignación!... ¿os acordais de aquel tiempo en que estábais alegre, y me consolábais, y yo os reprendia vuestra indiferencia en la desgracia?

MARIA. Sí... pero las cosas han variado mucho... La sombra sangrienta de mi segundo esposo, abandona todas las noches su silenciosa tumba para venir á perturbar mi sosiego, hasta colmar la medida de mi dolor.

ANA. ¡Desechad esos pensamientos, señora!

MARIA. ¡Ay, Ana!... tú has olvidado aquella desgracia; pero yo no puedo... mi memoria fiel, no cesa de reproducirmela... Hoy es el aniversario, y lo solemnizo con el ayuno y la penitencia...

ANA. Dejad en paz á la sombra funesta de vuestro esposo... Años y años de arrepentimiento entre las pruebas mas amargas de la adversidad, han espiado enteramente vuestra culpa. El cielo os la ha perdonado por la intercesion de la Iglesia, que para cada pecado tiene una absolucion.

MARIA. Si, Ana... pero este delito, absuelto hace tanto tiempo, vuelve á levantarse de una tumba entreabierta, manchado con sangre recién derramada. Ni el sonido de la campana que nos llama al templo, ni la poderosa mano del sacerdote, son bastantes para aplacar la irritada sombra de mi esposo, que levanta su livida cabeza pidiendo venganza.

ANA. Pero vos no sois culpable de su muerte... Otros le asesinaron.

MARIA. Y yo lo sabia, y permiti que se consumase el crimen, y con palabras halagüenas atraje á la victima á los fatales lazos de la muerte...



ANA. Vuestra tierna edad excusa aquella falta. Mas bien que culpa fué ligereza, irreflexion de la juventud.

MARIA. ¡Mi tierna edad!... ¡mi juventud!... ¡y manché con un crimen el principio de mi vida!...

ANA. Os obligaron á ello las sangrientas ofensas con que os ultrajaba la insolencia de un hombre á quien en mal hora levantásteis del polvo de la tierra... Vuestra mano, como la de una divinidad, le elevó á vuestro trono, á vuestro tálamo nupcial; y le entregásteis á la par vuestras gracias y vuestra corona. ¡Debia ese hombre olvidar que su suerte brillante era obra de vuestro generoso amor?... Sin embargo, todo lo olvidó; os ofendió con injuriosas sospechas; hirió vuestra delicadeza con sus maneras vulgares, llegó á hacérselos insoportable... y no habia de desaparecer el encanto que fascinaba vuestros ojos?... Cuando en vuestra cólera huíais y evitábais sus caricias, qué hizo el ingrato para volver á vuestra gracia?... ¡pidió perdon?... ¡se echó á vuestros pies?... ¡os prometió la enmienda?... No... os insultó; os provocó; y debiéndoslo todo, pretendió ser vuestro soberano... Mandó asesinar á vuestra vista al cantor Riccio, al inocente favorito, y vos vengásteis muy justamente, con la sangre del asesino, la alevosa muerte del desdichado trovador.

MARIA (con amargura). Y el asesino será á su vez vengado por mi sangriento suplicio... ¡Ana!... ¡Ana!... pretendes defenderme y pronuncias mi sentencia.

ANA. Padeciais entonces un acceso de delirio, en que vuestro corazon habia dejado de perteneceros. Un amor ciego se habia apoderado de vos, y érais presa de un infame seductor. La arrogancia de Bothwell dominaba vuestra voluntad por el terror, estraviaba vuestra alma con filtros mágicos é intrigas infernales.

MARIA. No hubo mas magia que la fuerza de su alma y la debilidad de la mia.

ANA. No; os engañais, señora. Bothwell llamó á su socorro el poder de todos los espíritus infernales, para aprisionar en sus funestos lazos la inocencia de vuestro corazon. Cerrásteis los oídos á los consejos de la amistad, y vuestros ojos dejaron de distinguir lo que mas os convenia. Abjurásteis la prudente reserva, y ese semblante, poco antes espejo del casto y modesto rubor, ardía en el fuego inmoderado de las pasiones. Lanzásteis lejos de vos el velo del misterio, y sacrificando vuestra timidez á la impudencia de un hombre vicioso, hicisteis alarde con atrevida frente, de vues-

tra propia vergüenza. Permitisteis que aquel hombre, asesino execrado y maldecido por vuestro pueblo, ciñese la espada real de Escocia y pasease con ella las calles de Edimburgo. Dominásteis el Parlamento por la fuerza de las armas, y en el mismo santuario de las leyes, representásteis una farsa judicial, para absolver de su crimen al asesino. Todavía hicisteis mas... ¡oh Dios!

MARIA. ¡Acaba, Ana!... le di la mano al pie de los altares...

ANA. Oh!... ¡dejad esa accion sepultada en eterno silencio! Es repugnante, es altamente criminal, es propia de la mujer mas envilecida... sin embargo (en tono cariñoso), vos no lo sois! Yo que os eduqué en vuestra primera infancia, os conozco mejor que nadie... Vuestro corazon débil no es inaccesible al pudor; y la ligereza es vuestra unica falta... Si, lo repito. Hay espíritus malignos que se establecen por un momento en las almas indefensas, las arrastran al crimen, y cuando han conseguido manchar su pureza, se vuelven al infierno. Despues de aquella accion, que echó su velo sombrío sobre algunos dias de vuestra vida nada habeis hecho de vituperable... yo he sido testigo de vuestra conversion... Animaos, pues... procurad reconciliaros con vuestra propia conciencia... sea cual fuere vuestro remordimiento, no sois culpable en Inglaterra... Isabel y su parlamento no son vuestros jueces naturales, y aunque os oprima la tiranía, atreveos á parecer ante ese ilegítimo tribunal con el valor de la inocencia.

MARIA. ¿Quién será?... (Mortimer aparece en la puerta).

ANA. Es el sobrino de nuestro carcelero... Retiraos, señora.

### ESCENA V.

Los precedentes. MORTIMER se aproxima con precaucion.

MORTIMER (á Ana). Retiraos... tengo que hablar á la Reina... no os alejéis de la puerta, para que nadie nos interrumpa.

MARIA (con firmeza). ¡Ana!... no te vayas. MORTIMER. Nada temais, señora... pronto me conoceréis... (le da un papel).

MARIA (toma el papel, lo mira, y queda asombrada). ¡Cielos!... ¿Qué veo?

MORTIMER (á Ana). ¡Ana!... retiraos, y cuidad de que mi tio no nos sorprenda.

MARIA (á Ana que la mira vacilando). ¡Obedece, Ana!... retirate... (Ana se va manifestando su sorpresa).



## ESCENA VI.

MORTIMER, MARIA.

MARIA. ¡Noticias de Francia!... ¡una carta de mi tío el cardenal de Lorena!... (lee.) «Confíad en Sir Mortimer, dador de la presente, pues no teneis en Inglaterra un amigo mas fiel.» (Mira á Mortimer con sorpresa.) ¿Será posible?... no me engaña una ilusión?... ¿cuando me creía abandonada de todo el mundo, hallo un amigo tan cerca de mí, en el sobrio de mi carcelero, en el hombre á quien yo miraba como el mas cruel de mis contrarios?

MORTIMER (con muestra de respeto). ¡Señora!... dispensad la máscara odiosa que no pude menos de adoptar para aproximarme á vos... Mucho sufrí antes de resolverme á hacer un papel tan repugnante, pero era el único medio de proporcionaros la libertad...

MARIA. Levantáos, Sir Mortimer... me sorprendéis... me haceis pasar repentinamente del abismo del dolor al colmo de la esperanza... Hablad... Hablad... hacedme comprender esa felicidad que me anunciáis, para que pueda creerla.

MORTIMER (se levanta). El tiempo vuela, y mi tío no tardará en presentarse con un odioso personaje. Antes, pues, que este venga á sorprenderos con su tenebrosa misión, escuchadme, y admirad los medios que el cielo ha combinado para libertaros.

MARIA. Será un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER. Permitid que empiece hablándoos de mí.

MARIA. Hablad, Sir Mortimer.

MORTIMER. Educado en los severos principios de la religion anglicana, y enemigo acérrimo de la iglesia de Roma, sentí á los veinte años un deseo irresistible de viajar por el continente, y despreciando las sombrías predicaciones de los puritanos, salí de mi patria, atravesé rápidamente la Francia, y corrí presuroso á visitar las célebres campañas de Italia. La iglesia católica se disponía á celebrar una de sus fiestas; los viajeros llenaban los caminos; las imágenes de los santos estaban coronadas de flores, y parecia que la humanidad entera iba en peregrinación hacia el cielo. Arrastrado por la muchedumbre, llegué á Roma... No puedo explicar lo que me pasó al ver las plumas y arcos triunfales de aquella ciudad grandiosa que recorrí con asombro, mientras mi acalorada fantasía me trasportaba á las mágicas regiones de un mundo maravilloso. Yo desconocía enteramente el poder de las artes, escluidas

por la austeridad de la religion de mis padres, que no tolera ninguna imagen capaz de hablar á los sentidos, ni admite mas que la palabra seca y desnuda. Cuál seria, pues, mi emoción al entrar en el templo de los católicos; al oír aquella música que parece bajar del cielo; al ver en las paredes y en las bóvedas, la imagen del Todopoderoso, que parece moverse á nuestra vista encantada; al contemplar los cuadros admirables de la salutación del ángel, del nacimiento del Redentor, de la Santa Madre de Dios, de la Divina Trinidad, de la asombrosa trasfiguración; al ver al sumo Pontífice bendecir al pueblo, y celebrar los santos oficios!... ¡Ah!... ¡qué son los ricos adornos de los reyes de la tierra!... Solo él está rodeado de divino esplendor... su palacio es como el reino de los cielos, porque todo lo que en él se ve, no pertenece á este mundo.

MARIA. ¡Basta, sir Mortimer, basta!... no despleguéis á mis ojos esa brillante perspectiva... Acordaos de que soy desgraciada y prisionera.

MORTIMER. Tambien yo fui cautivo; pero de repente se abrieron las puertas de mi cárcel, y mi espíritu, libre, rindió homenaje á los encantos de la vida. Juré odio eterno á la sombría interpretación de la Escritura; prometí coronar de flores mi cabeza, y asociarme á los hombres alegres y felices, y me reuní algunos nobles escoceses, á quienes debí la amistad de vuestro noble tío el cardenal de Guisa... ¡qué hombre!... ¡qué seguridad en su elocuencia!... ¡qué fuerza!... ¡qué brillantez!... parece nacido para dominar los espíritus humanos. Es un perfecto modelo de sacerdote real, un verdadero príncipe de la Iglesia.

MARIA. ¿Habeis visto, pues, á ese hombre sublime, á ese hombre querido, que guió los pasos vacilantes de mi tierna juventud?... ¡Oh!... habladme de él... decidme, ¿piensa en mí?... ¿es feliz?... ¿su vida es todavía risu ña?... ¿es aún el mas brillante apoyo de la Iglesia católica?

MORTIMER. Aquel excelente prelado se dignó descender de las alturas mas sublimes de la doctrina, para desvanecer las dudas de mi corazón. Me demostró que la susceptibilidad de la razon estravia siempre al hombre en el error; que nuestros ojos han de ver lo que el corazón debe creer; que la iglesia necesita un jefe visible, y que el espíritu de la verdad presidió en todos los concilios. Las locas presunciones de mi juventud se disiparon como el humo, ante la razon victoriosa y persuasiva del cardenal. En sus manos abjuré mis erro-



res, y entré en el seno de la iglesia católica.

MARIA. Es decir, que su elocuencia os condujo á la eterna salud!... ¿Sois, pues, uno entre los millares de hombres, penetrados por la fuerza celestial de sus palabras, semejante al sermón sublime pronunciado en la montaña?

MORTIMER. Sí... Escuchad... Cuando los deberes de su cargo le llamaron á Francia, me envié á Rheims, donde la compañía de Jesús, con piadoso celo, educa sacerdotes para la iglesia de Inglaterra. Allí encontré al viejo escocés Morgan, á vuestro fiel Lesley, y al sábio obispo de Ross... todos ven correr los días de su destierro en el suelo hospitalario de Francia. La estrecha amistad que contraje con aquellos hombres venerables, me fortificó en la fe. Un día paseaba mis miradas en torno de la habitación del obispo de Ross, y me sorprendió la espresion sentimental de un retrato de mujer, cuyo maravilloso encanto se apoderó enteramente de mi alma. No pudiendo ya dominar mi emocion, lo contemplaba con asombro, cuando me dijo el prelado: «bien podeis conmoveros á la vista de esa imagen. Es la mas hermosa y la mas desventurada de las mujeres, que padece por nuestra creencia, y padece en vuestro país.»

MARIA. ¡Ah corazón leal!... no, no lo he perdido todo si me quedan semejantes amigos.

MORTIMER. Entonces me pintó con vivos colores vuestro martirio, y la sanguinaria crueldad de vuestros enemigos; me mostró en vuestra genealogia que descendéis de la ilustre casa de Tudor; me probó que solo vos debierais ocupar el trono de Inglaterra por derecho de nacimiento, en lugar de esa Reina usurpadora, hija de un amor adúltero, que por ilegítima deshechó su propio padre Enrique VIII... No fiándome de tan respetable testimonio, consulté á los letrados mas célebres y á los políticos mas distinguidos, estudié genealogias antiguas, y todos los datos que recogí me confirmaron la justicia de vuestra causa. Vuestros derechos, señora, son un crimen en Inglaterra, y este reino en que vuestra inocencia gime entre cadenas, os pertenece por todos títulos.

MARIA. ¡Ah!... estos malhadados derechos á la corona de Inglaterra, son el origen de todos mis males.

MORTIMER. Supe al mismo tiempo, que os habian trasladado del castillo de Talbot al de Fotheringay, y confiado á la custodia de mi tío. Creí reconocer en este hecho el

brazo omnipotente de la Providencia, y me pareció que la voz imperiosa del destino, me llamaba á romper vuestras cadenas. Mis amigos aprobaron mi proyecto; el cardenal me dió muy buenos consejos con la bendicion de despedida, y me enseñó el arte difícil del disimulo. Resuelto á realizar mi plan, pasé á Inglaterra, donde, como sabeis, he llegado hace diez días. (Se detiene un momento.) ¡Os vi, oh Reina!... no ya vuestra imagen, sino á vos misma... ¡Oh! ¡el castillo que encierra tan precioso tesoro, no es una cárcel, no; es un templo mas espléndido que la corte de Inglaterra! Dichoso quien pueda respirar el mismo aire que vos!... ¡Razon tiene Isabel en guardaros tan misteriosamente escondida!... Si los ingleses vieses una sola vez á su legítima soberana, no quedaria espada en la vaina; toda la juventud se sublevaria en masa, y levantando la revolucion su gigantesca cabeza, acabaria con la paz de esta isla en el reinado de Isabel.

MARIA. Vos pensais así, sir Mortimer... pero tal vez esas opiniones fueran mal admitidas entre la gran mayoría de vuestros compatriotas.

MORTIMER. No lo creais... mis compatriotas pensarían como yo, si como yo fuesen testigos de vuestros sufrimientos, y de la noble firmeza que opones á los rigores de la suerte. ¿No habeis sufrido con dignidad real, las pruebas mas amargas del infortunio?... La vergüenza de la prision, en nada disminuye la brillantez de vuestras gracias. Privada de todo lo que puede hacer amable la vida, vuestra vida está sin embargo rodeada de esplendor. Jamás he podido poner los pies en este castillo, sin llorar vuestras penas, y admirar al mismo tiempo la grandeza con que las resistís. ¡Oh Reina!... se acerca la hora decisiva, la hora terrible!... ¡El peligro crece por momentos!... Ya no puedo diferir la ejecucion de mis designios, ni ocultaros por mas tiempo el horror...

MARIA (interrumpiéndole). ¡Qué!... ¿me han juzgado ya?... decidmelo francamente... lo oiré sin inmutarme.

MORTIMER. Sí... vuestra sentencia está ya pronunciada... cuarenta y dos jueces os han declarado culpable... La Cámara de los Lores, la de los Comunes y el pueblo de Londres, instan para su pronta ejecucion. La Reina la retarda, no por humanidad ni por clemencia, sino por su astuta política, que le prescribe hacerse de rogar.

MARIA (con firmeza). ¡Sir Mortimer!... nada puede sorprenderme ni horrorizarme, porque para todo estoy preparada hace



mucho tiempo. Conozco á mis jueces... el rigor con que siempre me han tratado, nunca me ha permitido esperar de ellos la libertad... He penetrado sus proyectos... pretenden tenerme perpetuamente encerrada, para sepultar en un calabozo mis derechos y mi venganza.

MORTIMER. No, Reina, no... no se limitarán á eso... la tiranía no puede obrar á medias. Mientras viva María Estuardo, vivirá el temor en el corazón de Isabel... no hay cárcel bastante segura para guardarnos... solo vuestra muerte puede consolidar su trono.

MARIA. ¿Y se atreverá á hacer rodar en el cadalso una testa coronada?

MORTIMER. Sí... se atreverá... no lo dudeis...

MARIA. ¿Y osará revolver en el polvo la majestad real?... ¿no temerá la venganza de la Francia?

MORTIMER. Isabel concluirá en breve con la Francia un tratado de eterna paz, dando su mano al duque de Anjou, y partiendo con él la corona.

MARIA. ¿Y el Rey de España no tomará las armas en mi favor?

MORTIMER. Mientras Isabel esté en paz con su propio pueblo, nada tiene que temer del mundo entero.

MARIA. ¿Y había de representarse una escena tan sangrienta á la faz de la nación inglesa?

MORTIMER. La nación inglesa está acostumbrada á semejantes espectáculos. En épocas recientes hemos visto á varias reinas bajar del trono para subir al cadalso. La misma madre de Isabel acabó de esta manera; era sin embargo, una testa coronada. Erano también Catalina Howard y lady Gray...

MARIA (*después de un momento de reflexión*). No, Mortimer... vuestro terror es pánico... la fidelidad de vuestro corazón os inspira esos vanos temores... No temo el cadalso, pero hay otros medios no menos eficaces y mas misteriosos, con que la Reina de Inglaterra puede acabar conmigo, con mis derechos y con su inquietud... No se valdrá del verdugo... mas bien buscará un asesino... Eso es lo que me hace temblar... cada vez que arrimo una copa á mis labios, me estremezco, pensando si será un presente de la ferocidad de Isabel.

MORTIMER. ¿Reina!... no atentarán á vuestra vida ni abiertamente ni... secreto... Nada temáis... todo está dispuesto para abrir las puertas de la cárcel... Doce jóvenes de sangre noble han contraído conmigo un solemne compromiso. Esta mañana

na hemos recibido juntos el santo sacramento de la Eucaristía, y hemos jurado arrancarnos á mano armada, de este castillo. El conde de l'Aubespine, embajador de Francia, tiene noticia de nuestra conspiración y la favorece... en su palacio celebramos nuestras reuniones.

MARIA. ¡Sir Mortimer!... me haceis estremecer y no de alegría... ¡un presentimiento fatal atraviesa mi corazón!... ¿qué vais á emprender?... ¿lo habeis pensado bien?... ¿no os horrorizan las sangrientas cabezas de Babington y Teihburn, espuestas en el puente de Londres para escarmiento de mis partidarios?... ¿no os arredra la ruina de tantos desdichados que han hallado la muerte en semejantes tentativas, y no han hecho mas que aumentar el peso de mis cadenas?... ¡jóven sin ventura!... ¡jóven entusiasta!... ¡huid, huid!... Dios quiera que todavía sea tiempo, y que algun traidor, oculto entre vosotros, no haya revelado ya vuestra conjuración al desconfiado Burleigh!... ¡huid sin pérdida de momento!... ninguno de los que han pretendido salvar á María Estuardo, ha dejado de estrellarse.

MORTIMER (*con serenidad, é insistiendo con fuerza en las palabras de María, que va repitiendo*). No me horrorizan las sangrientas cabezas de Babington y Tiehburn, espuestas en el puente de Londres, para escarmiento de vuestros partidarios, ni me arredra la ruina de tantos desdichados que han hallado la muerte en semejantes tentativas... (*Con entusiasmo*). ¿No han adquirido al mismo tiempo una gloria inmortal? ¿puede un hombre aspirar á mas, que á morir por libertaros?

MARIA. ¡Todo será inútil, Mortimer!... ni la fuerza ni la astucia bastan para burlar la vigilancia de mis enemigos, que tienen el poder en sus manos... No es Paulet, no es una cuadrilla de carceleros, la Inglaterra entera es la que guarda las puertas de este castillo... solo la voluntad de Isabel puede abrirlas de par en par.

MORTIMER. No esperéis que lo haga.

MARIA. Hay también un hombre que podría abrirlas.

MORTIMER. ¿Quién es?... nombradle.

MARIA. El conde de Leicester.

MORTIMER (*admirado*). ¡Leicester!... ¡el conde de Leicester!... ¡el favorito de Isabel!... el mas cruel de vuestros perseguidores!

MARIA. Si él no lo hace, nadie lo hará... Id á verle; habladle francamente, y en prueba de que vais en mi nombre, llevadle esta carta que contiene mi retrato... (*Saca*



un papel del seno. Mortimer vacila antes de tomarlo.) Tomadla... hace mucho tiempo que la llevo conmigo; pero la rigurosa vigilancia de vuestro tío, no me dejaba medio de comunicarme con el conde; y supuesto que mi ángel custodio os ha conducido aquí...

MORTIMER. ¡Señora!... antes de todo explicadme ese enigma.

MARIA. El mismo Leicester os lo explicará... fíaos de él y él se fiara de vos... pero, ¿quién viene?

ANA (entra con precipitación). Aquí está el caballero Paulet con un lord de la corte.

MORTIMER. Será lord Burleigh. Reponeos, señora, y oidlo con firmeza. (Se vá.)

### ESCENA VII.

MARIA, LORD BURLEIGH, gran tesorero de Inglaterra, el caballero PAULET.

PAULET. Señora, esta mañana me manifestasteis deseos de explorar vuestra propia suerte, y el noble lord Burleigh viene a satisfacerlos. Oidle con resignación.

MARIA. Le oiré con la dignidad de la inocencia.

BURLEIGH. Vengo como diputado del tribunal...

MARIA. ¿Lord Burleigh habrá consentido con satisfacción en ser órgano de un tribunal, identificado con el espíritu de sus ideas políticas?

PAULET. Hablais, señora, como si de antemano supiéscis la sentencia.

MARIA (á Paulet). La deduzco de la presencia de lord Burleigh... ¿qué puede esperar Maria Estuardo, de lord Burleigh? (á Burleigh) ¡Al asunto, milord!

BURLEIGH. Recordareis, señora, que os sometisteis al juicio de los cuarenta y dos...

MARIA (interrumpiéndole). Dispensad que os interrumpa desde el principio... Jamás he convenido en someterme al juicio de esos señores. ¿Cómo pudiere haberlo hecho, ni olvidar hasta tal punto mi gerarquía, la dignidad de mi pueblo, la de mi hijo y la de todos los principes? Las leyes de Inglaterra prescriben que cada delincuente sea juzgado por sus iguales... ¿quién es mi igual entre los cuarenta y dos?... solo los reyes son mis iguales.

BURLEIGH. Pero oisteis el acta de acusación, y contestáis á ella ante este mismo tribunal...

MARIA. Es verdad... me dejé seducir por las intrigas de Halton... y por un sentimiento de honor, ó mas bien por un exceso de confianza en la fuerza victoriosa de mis pruebas, oí la acusación para demostrar su

nulidad. Obre así por consideración á la nobleza de los lores, pero no por respeto á su jurisdicción, que formalmente recuso.

BURLEIGH. Ya reconozcáis el tribunal ó no lo reconozcáis, jamás esta circunstancia podrá pasar de una vana formalidad, que no debe detener la marcha de la justicia. Respirais el aire de Inglaterra; vivis á la sombra de nuestras leyes, y al mismo tiempo que gozais el beneficio de su protección, estais tambien sujeta á su rigor.

MARIA. Respiro el aire de una cárcel... ¿Esto se llama en Inglaterra, vivir bajo la protección de las leyes?... No las conozco, ni he consentido en observarlas... yo no pertenezco á esta nación... soy Reina libre de un país extranjero.

BURLEIGH. ¿Y juzgais que ese título os autoriza para sembrar impunemente la discordia en el territorio inglés?... ¿Qué seria de la seguridad de los Estados, si la justa espada de Thémis no pudiese alcanzar la cabeza culpable de un huésped real, como alcanza la de un mendigo?

MARIA. Nunca he pretendido sustraerme á la justicia... Unicamente recuso á los jueces.

BURLEIGH (con energía). ¡Recusais á los jueces?... ¿y por qué, señora? ¿Son por ventura vuestros jueces, hombres miserables de la hez del pueblo, ó indignos falsarios, capaces de vender la justicia y la verdad, ó de convertirse en órganos de la opresión?... No, lady Maria... Son los primeros hombres del reino, bastante independientes para decir la verdad á la faz del mundo entero; bastante grandes para sobreponerse á todos los soberanos de la tierra, y bastante integros para no prostituirse á la vil corrupción... Son los mismos que con justicia y libertad, rigen los destinos de un pueblo, célebre por su nobleza; y basta pronunciar sus nombres, para imponer silencio á todas las dudas, á todas las calumnias, á todas las sospechas. Entre ellos toman asiento, el piadoso arzobispo de Cantorbery, pastor del pueblo, el sábio Talbot, guarda-sellos del Estado, y el famoso Howard, almirante del reino. Decid... ¿qué mas podia hacer por vos la Reina de Inglaterra que nombrar los jueces de este proceso real, entre los hombres mas nobles de la monarquía? Y aun cuando en alguno de ellos se sospechase propensión al espíritu de partido, nunca podria creerse, que cuarenta y dos hombres escogidos, dictasen la misma sentencia, dominados por la misma pasión.

MARIA (después de un momento de reflexión). Oigo con sorpresa en vuestra boca ese elo-



cuente lenguaje, que en todos tiempos me ha sido funesto... Yo, débil mujer, ¿cómo podré medir mis fuerzas con tan hábil orador?... ¡Ah milord! si mis jueces fuesen cual acabais de pintarlos, desde el momento que me declarasen culpable, mi causa estaría definitivamente perdida; pero esos hombres á quienes ensalzais hasta las nubes, esos hombres, cuya autoridad ha de confundirnos con el polvo, esos hombres, milord, han tenido tantos colores como ocurrencias notables han agitado el país en las últimas épocas. Yo he visto á la alta nobleza de Inglaterra, á los miembros de vuestro respetable Senado, adular, como eunucos del serrallo, los tiránicos caprichos de mi tío Enrique VIII... he visto la noble Cámara de los Lores, tan venal como la venal de los Comunes, formular leyes y derogarlas; hacer matrimonios y deshacerlos con arreglo á la voluntad del monarca; desheredar hoy á una hija del Rey de Inglaterra, envileciéndola con el dictado de bastarda, y cederle mañana las sienes con la corona real. Esos dignos pares, han sido bastante flexibles, para cambiar cuatro veces de creencia en cuatro distintos reinados.

BURLEIGH. Señora, digisteis que desconocéis nuestras leyes; pero conocéis demasiado nuestras desgracias...

MARIA (*continuando*). ¡Tales son mis jueces!... ¡Lord gran tesorero! Os haré justicia... hacédmela también vos. Dicen que vuestras intenciones son rectas, y que en el servicio de la Reina y del Estado, sois incorruptible, vigilante, infatigable... Quiero creerlo así... quiero también creer que no os domina el interés personal, sino el de la soberana y el de la patria; pero no confundais la razón de estado con la justicia. Quiero además creer, que hombres muy nobles figuran en el tribunal, á vuestro lado; pero son protestantes llenos de celo por los intereses de Inglaterra, y van á juzgarme á mí, á mí que soy católica y Reina de Escocia. Una costumbre inmemorial prohibía entre nuestros antepasados, que un inglés depusiese ante los tribunales contra un escocés, ó un escocés contra un inglés. Esta ley irregular producida por la sola fuerza de las circunstancias, tiene el profundo sentido que caracteriza nuestras antiguas instituciones. ¡Debemos, pues, respetarla, milord!... La naturaleza lanzó á vuestra nación y á la mía en medio del Océano, sobre un suelo mal dividido, que de continuo las llama á pelear. No pocas veces ha tenido la sangre las aguas del Tive da, que marca imperfectamente á nuestra

fronteras; y hace mil años que los ingleses en una orilla y los escoceses en otra, se miran con ojos amenazadores, y con la mano en el puño de la espada... Ningun enemigo ha atacado á la Inglaterra sin tener por aliada á la Escocia... jamás se ha introducido en Escocia el monstruo de la guerra civil, sin que la Inglaterra haya sacudido la tea en nuestras montañas... Estos odios, milord, no se extinguirán hasta que un parlamento reuna estos dos pueblos irritables, con los lazos de la fraternidad, bajo un cetro que domine el territorio de toda la isla.

BURLEIGH. ¿Y la gloria de hacer felices á estos reinos, está quizás reservada á una Stuart?

MARIA. ¿Por qué no?... Confieso que mi corazón ha abrigado la esperanza de reunir libre y felizmente estos dos nobles pueblos, bajo la sombra benéfica del olivo... Nunca creí ser víctima de su rencor nacional... esperaba muy al contrario, apagar para siempre esta rivalidad, continuo manantial de discordias... y como mi abuelo Richmond, después de sangrientos combates, consiguió reconciliar los partidos de las dos Rosas, así esperaba yo amalgamar en paz las coronas de Escocia y de Inglaterra.

BURLEIGH. ¿Y para conseguirlo, encendisteis la hoguera de la guerra civil, y pretendisteis subir al Trono entre sus llamas?

MARIA. Dios que todo lo ve, sabe que nunca fueron tales mis intenciones... ¿por qué me atribuis esos pensamientos? ¿qué pruebas teneis?

BURLEIGH (*con fuerza y serenidad*). Señora, no he venido á sostener discusiones de política... En vuestra causa no caben ya debates de ninguna especie... se ha decidido por cuarenta votos contra dos, que infringisteis el *bill* del año pasado, incurriendo, por consiguiente, en las penas marcadas por la ley... El año pasado se resolvió: «que si se suscitase en el reino alguna escisión en nombre y á favor de una persona, que alegase derechos al trono de Inglaterra, aquella persona sería perseguida como culpable de un delito capital...» Y estando demostrado...

MARIA (*le interrumpe*). ¡Milord Burleigh!... nada tiene de extraño que me condene una ley hecha para condenarme. ¡Desgraciada la víctima cuyo juez es legislador!... ¡Me negareis, milord, que el *bill* fué hecho á propósito para perderme?

BURLEIGH (*con seguridad*). Sí, señora: lo niego... El *bill* debía servir de prudente



aviso; pero vuestro proceder lo convirtió en un lazo fatal, en que vos misma os habéis precipitado. Advertida por medios legales del abismo abierto á vuestros piés, en vez de evitarlo, os hundisteis en él; os pusisteis de acuerdo con el asesino Babington y sus cómplices; os enterasteis de cuanto pasaba; dirigisteis el complot desde la oscuridad de la cárcel...

MARIA (*le interrumpe*). ¿Cuándo hice todo eso?... Mostradme las pruebas...

BURLEIGH. Se os mostraron á su tiempo ante el Tribunal.

MARIA. Pero eran copias de mano extranjera... Probadme que dicté aquellas cartas en los mismos términos en que me fueron leídas.

BURLEIGH. Babington las reconoció antes de morir, y declaró ser las mismas que le dirigisteis...

MARIA. ¿Y por qué no le hicisteis parecer á mi presencia?... ¿cómo os disteis tanta prisa á quitarle la vida sin carearle conmigo?

BURLEIGH. Vuestros secretarios Kurl y Nau afirman también, bajo juramento, que dictasteis aquellas cartas.

MARIA. ¿Y me condenais por la declaración de esa gente? ¿poneis toda vuestra confianza en esos hombres que me hacen traicion, que venden á su Reina, que violan su juramento de fidelidad deponiendo contra mí?

BURLEIGH. Vos misma reconocisteis al escocés Kurl por hombre honrado y virtuoso.

MARIA. Por tal le tuve... pero la hora del peligro es el crisol de la virtud... quizás el temor de la tortura le hizo confesar lo que ignoraba... tal vez quiso salvarse con un falso testimonio, no creyendo perjudicar gravemente á su Reina...

BURLEIGH. Atestiguó el hecho por un juramento libre.

MARIA. Pero no en mi presencia. Presentadme esos dos testigos que todavía viven... haciedles repetir su declaración delante de mí... ¿por qué me negais esta gracia, este derecho que se concede á un asesino?... Mi antiguo guardia Talbot me dijo, que bajo el gobierno actual se ha creado una ley que manda carear al acusador con el acusado. ¿Es así?... ¿lo habré entendido mal?... (*A Paulet*). ¡Caballero Paulet!... siempre os he tenido por hombre de honor... probadme que lo sois... decidme en conciencia... ¿me he equivocado? ¿existe esta ley en Inglaterra?

PAULET. Sí, señora... existe... es de derecho entre nosotros... De mi boca solo oireis la verdad.

MARIA (*á Burleigh, muy alterada*). ¡Milord!... ¿si con tanto rigor me aplicais las leyes inglesas que me son contrarias, por qué me sustraeis á la protección de las que me favorecen? Responded... ¿por qué no me presentasteis á Babington con arreglo á la ley?... ¿por qué no lo haceis con mis dos secretarios que todavía viven.

BURLEIGH. Reportaos, señora... vuestra inteligencia con Babington no es el único motivo...

MARIA (*interrumpiéndole*). ¡Es el único! ¡el único que puede someterme al rigor de la ley!... ¡el único del cual tengo que justificarme!... ¡Milord!... no huyais de la cuestión.

BURLEIGH. Está también probado que tuvisteis negociaciones entabladas con Mendoza, el embajador de España...

MARIA (*con mucha vivacidad*). ¡A la cuestión, milord!

BURLEIGH (*continuando*). Que habiais concebido el proyecto de destruir la religion del reino y de escitar á todas las potencias de Europa á tomar las armas contra la Inglaterra.

MARIA. Démoslo por supuesto... No lo he hecho, milord... pero sea lo que vos decidis... ¿no estoy prisionera contra el derecho de gentes?... Yo no invadí vuestro territorio con las armas en la mano... vine suplicante á implorar los sagrados derechos de la humanidad, á echarme en los brazos de una Reina, con quien me unian los vínculos de la sangre... y hallé las cadenas donde buscaba la protección... Decidme, ¿qué empeños tiene mi conciencia en este reino?... ¿qué deberes he de cumplir en Inglaterra?... ¿No podría, pues, usar del derecho indisputable al oprimido, romper mis cadenas por cualquier medio, oponer la fuerza á la fuerza, y sublevar en mi favor todos los estados de Europa?... ¿no estoy autorizada para emplear todos los medios justos y legales de una guerra legítima? Solo mi conciencia y natural orgullo me prohiben recurrir á los complots secretos y al puñal. Un asesinato mancharia mi nombre y fama... me deshonraria... sí, me deshonraria; pero no me sometería á vuestras leyes... la cuestión entre Inglaterra y yo, no es de justicia, no... es de violencia...

BURLEIGH. ¡Señora!... no apeis al derecho terrible del mas fuerte, que es siempre fatal á los prisioneros.

MARIA. Soy tan débil como poderosa mi rival... ¡pues bien!... ¡use de la fuerza!... ¡llevéme al cadalso!... sacrifíqueme á su seguridad!... pero confiese que este es un acto del poder y no de la justicia!... ¡no



invoque el nombre de la ley para deshacerse de una enemiga!... ¡no revista de santas apariencias la fuerza bruta y la sed de sangre!... ¡cese de engañar al mundo con tan impudente farsa!... ¡Puede matarme, pero no juzgarme!... ¡no trate, pues, de cubrir el crimen con el sagrado manto de la virtud!... ¡Acabe la Reina Isabel de presentarse tal cual es! (*Se vá.*)

### ESCENA VIII.

BURLEIGH Y PAULET.

BURLEIGH. ¡Nos provoca, caballero Paulet! y nos provocará en los mismos escalones del cadalso. Es imposible abatir la altivez de su corazón. ¡Con qué serenidad ha escuchado el fallo del tribunal!... ¡La habeis visto derramar una sola lágrima, ni cambiar siquiera de color?... No implora nuestra piedad, porque conoce la indecisión de la Reina. Nuestros temores aumentan su valor.

PAULET. Su vana arrogancia se desvanecería como el humo si no tuviese pretextos en que apoyarla. ¡Dispensad, lord gran tesorero!... he visto en este proceso mil irregularidades... Babington, Siehburn y los dos secretarios, debieran haber parecido á la presencia de María...

BURLEIGH (*con vivacidad*). ¡No, caballero Paulet!... Eso sería muy arriesgado. María ejerce sobre todos los espíritus un incomprendible imperio, y es mágico el poder de sus lágrimas. Si condujésemos á su presencia al secretario Kurl, ¿creéis que se atrevería á pronunciar la palabra de que depende la vida de su Reina?... no... se retractaría con timidez, y retiraría su testimonio.

PAULET. Entonces dareis lugar á que los enemigos de Inglaterra llenen el mundo de rumores odiosos, y califiquen de criminal ridiculez la marcha solemne de este proceso.

BURLEIGH. Esa es justamente la inquietud de la Reina. ¡Ah! ¿por qué no tragó el océano á esa mujer, antes que pisase el suelo inglés?

PAULET. En esta parte, milord, estoy con vos.

BURLEIGH. ¿Por que una enfermedad, no ha acabado con ella en este castillo?

PAULET. Muchos males hubiera evitado al país.

BURLEIGH. Sin embargo, si cortase sus días un accidente natural, quizás la Europa nos atribuiría un asesinato.

PAULET. También es verdad... el vuelo

del pensamiento humano, no es fácil de contener.

BURLEIGH. Teneis razón, pero pocos rumores pudiera escitar un hecho no demostrado.

PAULET. ¡Qué importan los rumores!... lo sensible es la verosimilitud de la sospecha.

BURLEIGH. ¡Ah!... ni aun la inexorable justicia puede sustraerse á los tiros de la calumnia!... La opinion pública se inclina siempre á favor de los desgraciados, y jamás deja la envidia de perseguir á la victoriosa prosperidad. La espada de la justicia, que tanto honra á un hombre, se hace odiosa en manos de una mujer... La equidad de una mujer parece dudosa á los ojos del mundo, cuando su víctima es otra mujer... En vano nosotros los jueces, hemos fallado segun nuestras conciencias... la Reina tiene el privilegio de indultar, y no puede prescindir de usarlo en este caso... sería mal visto que diese libre curso al rigor de las leyes.

PAULET. Así, pues...

BURLEIGH (*interrumpiéndole*). Así, pues, María vivirá... pero no... no debe vivir... Esto es lo que llena de angustia el corazón de la Reina, lo que aleja de sus párpados el sueño... Yo leo en sus ojos los combates de su alma... su boca no se atreve á revelar los deseos de su corazón; pero sus miradas, mudas y espresivas, parecen preguntar: «¿no hay entre mis servidores, quien quiera evitarme la alternativa dolorosa de temblar sobre mi trono, ó de entregar á la cuchilla del verdugo á una Reina de mi sangre?»

PAULET. Esa es una necesidad difícil de satisfacer.

BURLEIGH. La Reina cree que no lo sería, si tuviese servidores mas celosos.

PAULET. ¿Mas celosos?

BURLEIGH. Que supiesen cumplir una orden tácita.

PAULET. ¡Una orden tácita!

BURLEIGH. Que cuando se les encarga la custodia de una serpiente venenosa, no guardasen como un precioso tesoro, al enemigo que se les ha confiado.

PAULET (*con mucha intencion*). La buena fama y la reputacion sin mancha de la Reina Isabel, son preciosos tesoros que nunca estarán demasiado bien guardados.

BURLEIGH. Cuando se exoneró á Talbot de la guardia de María para encargarla al caballero Paulet, se creyó que...

PAULET (*interrumpiéndole*). ¿Qué se creyó?... ¿se creeria que no podia confiarse funcion mas difícil á manos mas puras?...



Así lo creo yo, milord... y juro por el cielo, que si admiti el cargo repugnante de carcelero, fué en la firme persuasión, de que la guardia de María era una comisión ardua, que debía conferirse al hombre mas honrado de Inglaterra. Dejadme, pues, en mi ilusión, de que debo este cometido á la integridad de mi concepto en la corte.

BURLEIGH (*desentendiéndose con cierto misterio*). Se podría esparcir la voz de que María se va debilitando... de que su salud decae por momentos... Luego se dirá que ha sucumbido... ¿me entendeis, caballero Paulet?... De este modo, María muere en la memoria de los hombres, dejando intacta vuestra reputación...

PAULET. ¿Y mi conciencia?

BURLEIGH. Si os repugna obrar por vuestra propia mano, permitid que una tercera persona...

PAULET (*interrumpiéndole*). Mientras Dios proteja este castillo y yo lo habite, ningún asesino pisará el umbral de su puerta... La vida de María es para mí tan sagrada, como la cabeza de la Reina de Inglaterra... Vosotros que sois los jueces, juzgad!... ¡pronunciad la sentencia de muerte!... y cuando sea tiempo, enviad á los obreros con las herramientas para levantar el cadalso... las puertas de este castillo no se abrirán sino á los ministros de justicia y al verdugo... A mi cargo está María, y la he de guardar de tal manera, que ni María haga mal á nadie, ni nadie se lo haga á María. *Se van cada uno por su lado. Cae el telón.*

## ACTO SEGUNDO.

El palacio de Westminster.

### ESCENA I.

*El conde de Kent y sir GUILLERMO DAVISON, salen cada uno por su lado y se encuentran.*

DAVISON. ¡Ola, milord!... ¿estais ya de vuelta? ¿se acabó la función?

KENT. Sí... ¿no habeis asistido?

DAVISON. Me lo han impedido los deberes de mi cargo.

KENT. Habeis perdido un buen rato... La fiesta ha sido dirigida con dignidad y buen gusto... Se ha representado el castillo de la casta Belleza, sitiado por los Deseos. Milord mariscal, el gran juez y el senescal, con otros diez señores de la corte, sitiaban el castillo, mientras los caballeros franceses daban el asalto. Antes de todo, un rey de armas ha intimado la rendición á la plaza por medio de un elegante mo-drigal; el gran canceller ha respondido

desde la muralla, y ha principiado el fuego de artillería. Los cañones lanzaban ramilletes de flores entre nubes de humo odorífero y esencias embalsamadas... Al fin, después de infructuosos esfuerzos, los Deseos han tenido que retirarse.

DAVISON. ¡Conde! eso me parece de mal agüero para las negociaciones de matrimonio entabladas por la Francia.

KENT. No creo que todo esto pasa de una fiesta, sir Guillermo, y estoy bien persuadido de que el castillo no tardará en rendirse.

DAVISON. No soy de vuestra opinión, milord.

KENT. La Francia se ha conformado ya con los artículos mas espinosos del tratado. El real pretendiente ha convenido en ejercer secretamente su culto en una capilla particular, y honrar en público la religión reformada... ¡oh!... si hubiéseis visto la alegría del pueblo cuando se traslució esta noticia!... Nada temen mas los ingleses que ver morir á la Reina sin posteridad... Entonces la Escocesa subirá al trono, y el reino sufrirá de nuevo las cadenas del papismo.

DAVISON. ¡Vanos temores!... cuando Isabel vaya al altar, María subirá al cadalso.

KENT. Aquí está la Reina.

### ESCENA II.

*Los precedentes, ISABEL conducida por LEICESTER, el conde de L'AUBESPINE, el conde de BELLIEVRE, TALBOT, conde de SHREWSBURY, lord BURLEIGH y muchos otros señores franceses e ingleses.*

ISABEL (*á l'Aubespine*). ¡Conde!... compadezco á esos señores franceses, que con celosa galantería han atravesado el mar para venir á mi corte. Han renunciado á la magnificencia del palacio de San German, y no puedo obsequiarles con fiestas tan brillantes como las de vuestra Catalina. Un pueblo honrado y gozoso que se agolpa en mi rededor, para bendecirme cada vez que salgo en público, es el único espectáculo que algun tanto puede envanecerme á la vista de los extranjeros. Las gracias de las nobles damas, que cual otras tantas flores embellecen los jardines reales de la de Médicis, eclipsan mi oscuro mérito...

L'AUBESPINE. Señora, la corte de Westminster no ofrece á los extranjeros sino una sola mujer que reúne los atractivos mas seductores de su sexo.

BELLIEVRE. Suplico á la Reina de Inglaterra me conceda su permiso para retirarme y trasmitir á mi real señor la deseada



noticia que ha de colmar su felicidad... Su ardiente impaciencia no le ha permitido permanecer en París, y espera en Amiens á los mensajeros de su ventura... Todo está dispuesto hasta Calais, para que el deseado consentimiento de V. M. llegue con la mayor rapidez á complacer su corazón, embriagado de lisonjeras esperanzas.

ISABEL. Conde de Bellievre!... no me precipiteis... la época es poco á propósito para encender las antorchas de himeneo... El horizonte de este país se presenta oscurecido por nubes muy negras; un golpe mortal amenaza á mi familia y á mi corazón... Mejor me sentaría hoy el crespon del luto que las galas de novia!...

BELLIEBRE. Pero V. M. puede empeñar su real palabra para cumplirla en días mas felices.

ISABEL. Los reyes, conde, somos esclavos de nuestra gerarquía, y no podemos ceder á los impulsos de nuestro corazón. Siempre he deseado morir célibe, y mi mayor gloria sería que se leyese en mi tumba: «aquí yace una reina virgen;» pero no lo quieren mis vasallos, porque se elevan á los tiempos en que habré dejado de existir. No basta que yo haga la felicidad de mis pueblos durante mi vida; es tambien preciso que me sacrifique á su porvenir, que renuncie por ellos al mas precioso de mis dones, á mi libertad virginal. Debo entregarme á un hombre, á un esposo, á un señor... Así me prueba mi pueblo que no soy mas que una mujer, cuando yo creía haber gobernado como un hombre, como un rey. Bien sé que faltar al orden de la naturaleza es servir mal á Dios; y aplaudo el celo de mis predecesores en el trono, que abrieron los claustros para restituir á los deberes de la vida mil víctimas sacrificadas á una piedad mal entendida. Pero una Reina que no disipa sus días en ociosas é inútiles contemplaciones, y ejerce con enérgico vigor sus espinosos deberes, bien pudiera estar exenta de esta ley de la naturaleza, que somete la mitad del género humano á la otra mitad.

L'AUBESPINE. V. M. ha hecho brillar en el trono de Inglaterra todas las virtudes... Solo le resta ya, dar al bello sexo un ejemplo de sus obligaciones. Ningun hombre merece que la Reina de la Gran Bretaña le sacrifique su libertad; pero si el nacimiento, la elevación, la heroica virtud y la belleza varonil, pueden hacer á un mortal digno de tan alto honor...

ISABEL (interrumpiéndole). Es indudable, señor embajador, que un enlace con la familia real de Francia, me honraria sobre-

manera... lo confieso... si no puede menos de ser, si no consigo sustraerme á las exigencias de mi pueblo, si sus instancias vencen, como lo temo, mi resistencia, no conozco en Europa otro principe á quien sacrificar con menos sentimiento el precioso don de mi libertad... Contentaos por ahora con esto...

BELLIORE. La esperanza es muy lisonjera; pero no pasa de una esperanza, y mi señor desea algo mas.

ISABEL. ¿Qué desea, pues?... (se quita una sirtija, y la mira reflexionando). No tendrá una Reina las prerogativas de una simple aldeana?... Iguales signos, espresan iguales compromisos é iguales obligaciones... El anillo es simbolo del matrimonio, y de anillos se forman las cadenas. Llevad este don á su Alteza Real... No es todavía un lazo que me liga; pero quizás con el tiempo me ligue en toda la estension de la palabra.

BELLIORE (recibe el anillo con la rodilla doblada). ¡Escelsa Reina!... recibo de rodillas ese don en nombre de su Alteza, y en señal de homenaje beso la mano de V. M. (La besa la mano).

ISABEL (á Leicester, á quien ha estado mirando atentamente desde sus últimas palabras). Permitted, milord... (Se quita el cordón azul, y lo cuelga del cuello á Belliore). Transmitid á su alteza esta condecoración, que en vuestra persona le confiero, imponiéndole los deberes de mi orden. Desaparezca desde este momento tanta discordancia entre ambas naciones, y los lazos de la fraternidad unan para siempre jamás las coronas de Francia é Inglaterra.

L'AUBESPINE. ¡Oh Reina!... Este día es día de gozo. ¡Quiera Dios que todo el mundo participe de él, y que no gima en esta isla ningun desgraciado!... Brilla la benevolencia en el semblante de V. M.... ¡caiga un rayo de esa serena luz sobre la desdichada princesa, que pertenece á un tiempo á la Francia y á la Inglaterra!

ISABEL. Basta de pretensiones, señor conde. No involucrais negocios esencialmente distintos... Si la Francia desea verdaderamente mi alianza, debe participar de mis inquietudes, y no ser amigo de mis enemigos.

L'AUBESPINE. La Francia cometería un acto de bajeza á los mismos ojos de V. M., si al formar esta alianza, olvidase á la viuda de su rey, que profesa nuestra religion. El honor y la humanidad exigen...

ISABEL (interrumpiéndole). En ese concepto, seños embajador, se apreciar la intercesion de la potencia que representais.



La Francia ha cumplido una obligacion de amistad... yo sabré cumplir mis deberes de Reina... *(Saluda con la mano á los señores franceses, que se retiran respetuosamente con los lares.)*

### ESCENA III.

ISABEL, LEICESTER, BURLEIGH, TALBOT. *(La Reina se sienta.)*

BURLEIGH. ¡Gloriosa Reina!... acabais de cumplir los votos ardientes de vuestro pueblo; y no temiendo ya un porvenir borrascoso, nos regocijamos en vuestra presencia, por los dias de bendicion que nos prometis. Una sola inquietud aflige aún á este país... hay una victima que el pueblo reclama á una voz... Ceded á este último deseo, y el dia de hoy consolidará para siempre la felicidad de la Inglaterra.

ISABEL. ¿Qué mas desea mi pueblo? hablad, milord.

BURLEIGH. Pide la cabeza de María Stuardo. Si quereis asegurar á vuestros pueblos el precioso don de ser libres y la luz de la verdad á tanta costa adquirida, es preciso que María deje de existir. Mientras no muera, estaremos siempre temblando por vuestra preciosa vida. No todos los ingleses profesan igual creencia, y hay todavía en esta isla, muchos sectarios secretos de una religion perniciosa. Todos abrigán ideas hostiles en favor de María, y tienen inteligencias secretas con sus hermanos de Lorena, enemigos irreconciliables de vuestro nombre. Este partido frenético os ha jurado una guerra de esterminio, y os combate con las arides del infierno. El palacio del arzobispo de Rheims, es el arsenal donde se forjan sus armas, la escuela del regicidio, la guarida de esos emisarios entusiastas, que bajo toda suerte de disfraces han aportado á nuestras costas el oscuro boqueron que no cesará de vomitar enemigos, como los que por tres veces han atentado á vuestra vida... En el castillo de Fotheringhay habita la mujer inicua que provoca esta guerra sin tregua, la que abrasa el reino con la engañosa antorcha del amor, la que con mentidas esperanzas arrastra la juventud inglesa á una muerte desastrosa. La familia de Guisa, que no reconoce vuestros derechos y os llama usurpadora del trono, coronada por la fortuna, trata de elevar al solio á María, so pretexto de libertarla. Ellos han inducido á esa insensata á conservar el titulo de Reina de Inglaterra. No esperéis paz con esa mujer ni con su raza... Dad el golpe, ó recibidlo... Su vida es vuestra muerte, y su muerte, vuestra vida.

ISABEL. ¡Milord!... estais desempeñando una penosa funcion... Conozco la pureza de vuestro celo, y sé que una sabiduría natural habla por vuestra boca; pero ese celo que pide sangre, repugna á mi corazon. Deseo consejos menos severos. Milord Shrewsbury, decid vuestra opinion.

TALBOT. Con mucha justicia, señora, elogiais el celo de lord Burleigh, y su adhesion á vuestra causa. Yo, aunque no tan elocuente, abrigo en mi pecho un corazon no menos fiel. Por largos años ¡oh Reina! hagais la felicidad de este país, y prolonguéis en nuestro suelo el beneficio de la paz. Desde que hay monarcas en esta isla, nunca lucieron auroras de mas ventura que las de vuestro reinado; pero no compreis la paz de Inglaterra á espensas de la gloria... ¡no... antes los ojos de Talbot se cierren al eterno sueño!

ISABEL. Dios me librará de oscurecer el esplendor del trono.

TALBOT. Pensad, pues, en otros medios de salvar el reino... la muerte de María Stuardo, seria una injusticia... vos no podéis pronunciar la sentencia de quien no está bajo vuestra jurisdiccion.

ISABEL. Sin embargo, mi Consejo, mi Parlamento, todos los tribunales de la nacion, han reconocido mis derechos para juzgarla... ¿todos se han equivocado? ¿qué decis, Talbot?

TALBOT. La pluralidad de votos no es prueba de justicia. La Inglaterra no es el mundo, ni vuestro Parlamento es la asamblea de las razas humanas. La Inglaterra presente no es la pasada ni la futura. A medida que varían las afecciones, se elevan ó se abaten las móviles oleadas de la opinion. No digais, pues, que os obliga la necesidad del momento, y la exigencia de vuestros pueblos. Si quereis, vuestra voluntad será libre. Intentadlo. Declarad que os horroriza la sangre, que quereis salvar la vida á vuestra hermana... manifestad una verdadera indignacion á los que os aconsejan lo contrario... y pronto vereis desvanecerse la pretendida necesidad, y trocarse en injusticia lo que hoy se llama justicia... Vos, vos sola debeis juzgar sin apoyaros en la móvil é incierta caña de la opinion pública... abandonaos á vuestra propia benevolencia... Dios no ha dotado de severidad el corazon del bello sexo; y cuando los fundadores de nuestro gobierno permitieron que una mujer rigiese las riendas del Estado, probaron que la severidad no debe ser una virtud de nuestros reyes.

ISABEL. El conde de Shrewsbury es poderoso defensor de la enemiga de mi reinos



y persona. Prefiero á los consejeros mas adictos á mis intereses.

TALBOT. ¡Ah!... Nadie envidiará al defensor de María Stuardo, porque nadie se atrevería á provocar vuestra cólera hablando en su favor. Abandonada de todo el mundo, permitid la sostenga un viejo, que en el borde del sepulcro no puede ser seducido por esperanzas terrestres. No se diga que en vuestro consejo ha levantado la voz el interés personal, y ha enmudecido la conmiseración... Todo conspira contra María... vuestros ojos jamás la han visto, y nada habla á vuestro corazón en favor de la pobre extranjera. No he tomado la palabra para justificar sus faltas. Le atribuyen el asesinato de su esposo, y es muy cierto que dió la mano al asesino. Ese es un crimen, un gran crimen; pero ocurrió en época calamitosa, entre los horrores de la guerra civil. Vasallos exigentes rodeaban la debilidad de María, y la obligaron á echarse en brazos del mas fuerte, del mas atrevido, del mas resuelto. ¡Quién sabe los artificios con que el seductor triunfó de su víctima! La mujer es frágil.

ISABEL (*interrumpiéndole*). ¡No!... la mujer no es frágil... tiene tambien nuestro sexo almas muy fuertes... no quiero que se miente en mi presencia la fragilidad de las mujeres.

TALBOT. La desgracia, señora, ha sido para vos una escuela de rigor... La aurora de vuestra vida no amaneció risueña, ni tuvisteis á la vista un trono, ni visteis á vuestros piés sino una tumba. Dios, protector de estos reinos, dispuso que os educáseis en Woodstock entre las sombras de una cárcel, donde lejos de la adulacion, os preparó el dolor, para los grandes deberes que hoy estais llenando. Separada de las vanidades del mundo, vuestra alma aprendió desde sus primeros años á recogerse, á bastarse á sí misma, á estimar los verdaderos bienes de esta vida. Dios no dispensó igual gracia á la desventurada María, que de muy tierna edad fué conducida á la corte de Francia, morada de la frivolidad y de los placeres estrepitosos: la continua embriaguez de las fiestas, le impidió oír la austera voz de la virtud; alucinó su vista juvenil la brillantez de los vicios, y la arrastró el torrente del desorden. El frívolo don de la belleza era el mayor de sus bienes... sus gracias eclipsaban á todas las mujeres... su nacimiento, unido á sus encantos...

ISABEL (*interrumpiéndole*). Volved en vos, milord Shrewsbury... estamos en el Consejo de Estado. La hermosura que de tal mo-

do inflama el corazón de un anciano, debe de ser sin igual... ¡Milord Leicester!... ¡por qué estais tan callado? ¿os impone tal vez silencio la misma causa que anima la elocuencia de lord Shrewsbury?

LEICESTER. Me admiran, ¡oh Reina! los temores de vuestros consejeros... me sorprende que las fábulas inventadas por un pueblo crédulo, en las calles de Londres, hallen cabida en este lugar... me asombra que de tal cosa se ocupen hombres tan sabios como esos señores. Yo no puedo comprender cómo la Reina de Escocia, que no supo conservar su raquítico trono, despojada de sus dominios, juguete de sus propios vasallos, desterrada de su patria, pueda hacerseos temible desde el fondo de una mazmorra... ¿Por qué la teméis?... ¿por sus pretensiones á la corona?... ¿o tal vez porque los Guisas se niegan á reconocerlos por Reina?... ¡qué obcecación! ¿puede la oposición de los Guisas anular vuestros derechos de abolengo, que acaba de confirmar el Parlamento?... La última voluntad del Rey Enrique, excluyó tácitamente á María, y la Inglaterra, que felizmente goza de la nueva religion, no puede estar dispuesta á echarse en los brazos de una papista. Jamás abandonarán los ingleses á su adorada Reina, para admitir á la que asesinó á Darnley... ¿Qué pretenden, pues, esos hombres inquietos; siempre prontos á hablarlos en vida del que os ha de heredar despues de la muerte?... ¿por qué os martirizan, precipitando un patrimonio que os repugna, so pretexto de salvar la Iglesia y el Estado?... Todavía estais en la flor de la juventud, mientras que María, cada dia mas marchita, corre á la tumba á pasos agigantados. ¡Oh Reina! largos años habeis de pisar su sepulcro, sin necesidad de que la precipitéis en él.

BURLEIGH. Lord Leicester no ha pensado siempre así.

LEICESTER. Teneis razon, milord Burleigh. En el proceso voté por la muerte de María Stuardo; pero una cosa es el tribunal y otra el Consejo de Estado. Allí lo mas justo; aquí lo mas ventajoso. María dejará de ser temible desde que pierda el apoyo de la Francia, que tanto la envanece; y cuando un hijo de los reyes de aquella nacion, vá á enlazarse con nuestra soberana; cuando la esperanza de una nueva raza regocija al pueblo inglés, ¿hemos de dar la muerte á una desgraciada?... ¡muerta está!... el desprecio es verdadera muerte; pero la compasion pudiera resucitarla... Es, pues, mi dictamen dejar la sentencia en toda su fuerza y vigor... viva María, pero viva bajo el



hacha del verdugo; y tan pronto como se arme en su defensa un solo brazo, caiga su cabeza.

ISABEL (*levantándose*). ¡Milores!... os doy gracias... he oído vuestras opiniones; las examinaré, y con la ayuda de Dios que ilumina a los reyes, tomaré el partido que me parezca mas conveniente.

## ESCENA IV.

Los precedentes.—El caballero PAULET entra con MORTIMER.

ISABEL. Aquí está Amias Paulet... (*A Paulet*). ¡Caballero Paulet!... ¿qué os trae á la corte?

PAULET. ¡Gloriosa Reina!... mi sobrino Mortimer, recién llegado de países extranjeros, pide permiso para echarse á vuestros reales piés, y rendiros homenaje, recibidlo, señora, con vuestra ordinaria bondad, y dejad caer sobre ese jóven un rayo de vuestro favor.

MORTIMER (*dobra la rodilla*). Dios conserve largos años la vida de mi soberana y corone su frente de gloria y felicidad.

ISABEL. ¡Levantaos, sir Mortimer!... seáis bien venido á mis estados... Habeis viajado mucho, habeis estado en Roma y en Francia... me han dicho que estuvisteis en Rheims... habládme de las tomas de nuestros enemigos.

MORTIMER. Dios les confunda y vuelva contra sus propios corazones los tiros que pretenden lanzar á nuestra Reina.

ISABEL. ¿Visteis á Morgan y al obispo de Ross, á ese intrigante sacerdote, mi enemigo mortal?

MORTIMER. He conocido á todos los escoceses desterrados que conspiran en Rheims contra Inglaterra, y procuré insinuarme en su confianza para descubrir sus complots.

PAULET. Le confiaron cartas misteriosas, escritas en cifra, para la reina de Escocia, y con mano fiel las ha puesto en nuestro poder.

ISABEL (*á Mortimer*). Decidme, ¿cuáles son sus proyectos?

MORTIMER. El abandono de la Francia por la estrecha alianza que va á formar con la Inglaterra, ha sido para ellos un golpe mortal... ahora, todas sus esperanzas estriban en la intervención del gabinete español.

ISABEL. Así me lo escribe Walsingham.

MORTIMER. A mi salida de Rheims se hablaba de una bula contra V. M., espedita en el Vaticano por el papa Sisto V, y se esperaba proporción de buque para enviarla á esta isla.

LEICESTER. La Inglaterra, nada tiene ya que temer de semejantes armas.

BURLEIGH. Son, sin embargo, temibles, en manos de los entusiastas.

ISABEL (*mirando fijamente á Mortimer*). Se os acusa de haber frecuentado las escuelas de Rheims, donde segun dicen, abjurásteis vuestra creencia.

MORTIMER. Lo aparenté para mejor servir á mi reina.

ISABEL (*á Paulet, que saca un papel*). ¿Qué es eso?

PAULET. Un escrito que os envía la reina de Escocia.

BURLEIGH (*con vivacidad*). Dádmelo.

PAULET (*dando el papel á la Reina*). Dispensad, lord gran tesorero... Maria me encargó que entregase esta carta en manos propias de la Reina... La desdichada me repite á cada instante que soy su enemigo mortal; pero no soy enemigo sino de sus faltas, y le haré con mucho gusto todos los favores compatibles con mi deber. (*Entre tanto, la Reina ha tomado la carta, y mientras la lee, Mortimer y Leicester hablan en voz baja*).

BURLEIGH (*á Paulet*). ¿Qué puede contener esa carta?... ¿quejas?... ¡lamentos?... ¿podeis evitar un mal rato á la Reina!

PAULET. Nada de eso, milord, estoy enterado de la carta... pide una entrevista con la Reina.

BURLEIGH (*con vivacidad*). Jamás.

PAULET. ¿Y por qué no?... ¿es eso alguna injusticia?

BURLEIGH. La hidra sedienta de sangre que ordenó un asesinato, no puede ver el augusto semblante de la reina de Inglaterra. El que quiera bien á su soberana, no debe darle tan péfido consejo.

TALVOT. Pero si la Reina quiere dispensar esa gracia, ¿os opondreis tambien á ese movimiento generoso de clemencia?

BURLEIGH. Maria está juzgada, y su cabeza pertenece ya á la cuchilla del verdugo... Es indigno de la Majestad Real ver á un reo de muerte... Si se verifica la entrevista, se acabó la ejecución; porque la presencia del Rey, lleva consigo la gracia.

ISABEL (*enjuguándose las lágrimas*). ¿Qué es el honor, qué es la felicidad sobre la tierra? ¿A qué ha venido á parar esa Reina que principió su vida con tan brillantes esperanzas, que sentada en el trono mas antiguo de la cristiandad, creía reunir en su cabeza tres coronas? ¡Ah!... ¡cuán otro es su lenguaje del que usaba cuando tomó la Orden Real de Inglaterra, y permitía que sus aduladores la llamasen Soberana de las Islas británicas! ¡perdonad, milores!... ¡se



me ensangrienta el corazón, se estremecen mi alma cuando pienso en la inestabilidad de las cosas humanas; y tiemblo al ver pasar el horrible destino tan cerca de mi cabeza.

TALBOT. ¡Oh Reina! ¡Dios os toca el corazón!... ¡obedeced á ese movimiento celestial! Maria ha espiado todas sus culpas con sufrimientos crueles. Tended la mano á esa mujer que ha caído en el abismo; bajad como un ángel de luz á la noche de su prisión.

BURLEIGH. ¡Tened carácter, señora! No cedáis á un sentimiento de humanidad que parece loable; no os priveis vos misma de la libertad de obrar según convenga... ¡No podeis conceder á Maria la gracia que os pide, ni mucho menos salvarla! No os espongaís, pues, á que la calumnia os acuse de haberos cebado con vituperable alegría en las miserias de vuestra víctima.

LEICESTER. ¡Milores!... no nos escedamos en nuestras atribuciones... La Reina no necesita nuestros consejos para adoptar el partido mas prudente. Su entrevista con Maria es independiente del curso regular de la justicia. Maria ha sido condenada por las leyes del reino, y no por la voluntad de nuestra soberana; es, pues, muy digno del alma grande de Isabel seguir sus nobles impulsos, sin perjuicio de la marcha rigurosa de las leyes.

ISABEL. ¡Milores!... confio hallar un medio espedito de conciliar la clemencia con la necesidad... Podeis retiraros. (*A Mortimer*). Quedaos sir Mortimer. (*Los lores se retiran*).

## ESCENA V.

ISABEL, MORTIMER.

ISABEL (*mira algunos momentos á Mortimer con vista penetrante*). Habeis manifestado una resolucion atrevida, y un dominio sobre vos mismo, muy raro en vuestra edad. El que tan pronto ha sabido poner en práctica el arte difícil del disimulo, merece una gran recompensa por haber abreviado los años de su aprendizaje. El destino os llama á una gran carrera... os lo vaticino; y yo misma puedo desde ahora cumplir mi predicción.

MORTIMER. ¡Oh reina!... todo lo que sé, todo lo que puedo, está á vuestra disposición.

ISABEL. Vos conoceis á los enemigos de Inglaterra. Es implacable el odio que me profesan, y sus proyectos sanguinarios no tienen término. Hasta ahora me ha protegido el Omnipotente; pero vacilará en mis

sienes la corona, mientras viva la que solo tiene las esperanzas de mis enemigos, y sirve de pretexto á su celo estusiasta Maria Stuardo.

MORTIMER. Para que deje de existir, no teneis mas que mandarlo.

ISABEL. Mucho tiempo há que lo deseo, y nunca lo he podido conseguir. Quisiera que obrasen las leyes, y no manchar mis manos de sangre. El tribunal ha dictado la sentencia; ¿pero qué he adelantado? Me es preciso mandar la ejecucion... sobre mí recaerá la odiosidad del resultado... he de dar mi consentimiento, y no puedo salvar las apariencias. ¡Ah!... ¡esto es muy triste!

MORTIMER. ¿Qué os importan, señora, las apariencias en una causa justa?

ISABEL. ¡Poco conocéis á los hombres, Mortimer! Todos juzgan por las apariencias; ninguno por la realidad. No puedo convencer al mundo de mis derechos, y la parte que yo tome en la muerte de Maria, quedará envuelta en eternas dudas. En los negocios de esta naturaleza, que presentan carácter ambiguo, no hay mas refugio que la oscuridad... (*Con cierto misterio*). Lo peor es confesar... mientras no se cede, nada se ha perdido... ¿me entendeis, Mortimer?

MORTIMER (*mirándola fijamente y con mucha intencion*). Así pues, lo mejor seria... (*Haciendo un gesto espresivo*).

ISABEL (*con vivacidad*). Si... eso es lo mejor... Mortimer... mi ángel tutelar habla por vuestra boca... proseguid!... acabad!... ¡vuestro espirito reflexivo penetra los negocios hasta el fondo!... ¡querido Mortimer!... sois muy distinto de vuestro tío.

MORTIMER (*sorprendido*). ¿Habeis hablado de eso á mi tío?

ISABEL. Sí, y me pesa de haberlo hecho.

MORTIMER. Dispensadle, señora... es ya muy anciano... la vejez es escrupulosa... los golpes aventurados exigen el valor, la resolucion de la juventud.

ISABEL. ¿Puedo contar con vos?

MORTIMER. Mi brazo salvará el honor de vuestro nombre.

ISABEL. Ah! Mortimer!... si una mañana viniérais á despertarme con estas palabras: «¡Maria Stuardo, nuestra mortal enemiga, ha muerto esta noche!»

MORTIMER. Contad conmigo.

ISABEL. ¿Cuándo podré dormir con tranquilidad?

MORTIMER. A la próxima luna cesarán vuestros temores.

ISABEL. Adios, Mortimer... no extrañéis que mi agradecimiento quede envuelto en las sombras de la noche. El silencio es el



dios de la felicidad... Los vínculos mas estrechos y mas tiernos, son los que se contraen con misterio. (*Se vá.*)

### ESCENA VI.

MORTIMER solo.

¡Reina falsa é hipócrita! ¡te engaña como tú engañas al mundo! mi traicion es justicia, es equidad... ¡Tengo yo traza de asesino?... ¡has leido por ventura en mi frente la habilidad del crimen?... Confiada en mi brazo, retira el tuyo; toma á los ojos de la credulidad su fingido exterior de piadosa clemencia... Mientras tú cuentas en secreto con un asesinato, nosotros ganamos tiempo para salvar á tu victima... ¡Prentendes elevarme!... ¡me muestras de lejos cuantiosas recompensas!... aunque la recompensa fuese tu misma persona con todos los favores de tu sexo, ¿quién eres tú?... ¡qué puedes dar, pobre criatura!... ¡No me seduce el deseo de mal entendida gloria!... Solo al lado de María están los encantos de la vida... En torno de ella vuelan sin cesar en gozoso coro los genios de la gracia, de la ventura y de la juventud... En su seno mora la felicidad del cielo y tú no puedes dar sino placeres helados... Jamás has conocido la mayor dicha que puede hacer amable la vida, la de un alma que encantada á la vez y encantadora, se entrega á otra alma en dulce abandono... Jamás has poseído la verdadera corona de la mujer; jamás has hecho feliz á un hombre con tu amor... (*Momentos de silencio.*) He de esperar a ese lord para darle la carta... ¡odiosa comision!... no me siento inclinado á ese cortesano... ¿y para qué le necesito?... ¡yo puedo libertarla!... ¡yo solo!... ¡para mi el peligro! ¡para mi la gloria!... ¡para mi la recompensa!... (*Vá á salir y encuentra al caballero Paulet.*)

### ESCENA VII.

MORTIMER, PAULET.

PAULET. ¿Qué te ha dicho la Reina?

MORTIMER. Nada de particular, tío.

PAULET (*mirándole con severidad*). Escucha, Mortimer... el terreno que pisas es engañoso y resbaladizo... el favor de los reyes es muy arriesgado para la juventud, ansiosa de honores... no te dejes seducir por la ambicion...

MORTIMER. ¡Tío!... vos mismo me habeis conducido á la corte...

PAULET. Y ya me arrepiento... (*Con inquietud.*) Nuestra casa no ha adquirido sus honores en la corte... ¡Sobrino!... te reco-

miendo que tengas teson... no compres demasiado caro el favor de la Reina!... no prostituyas tu conciencia...

MORTIMER. ¡Qué ideas son esas!... ¡qué cuidados!

PAULET (*continuando*). Aunque la Reina te prometa el rango mas elevado de la corte, no prestes oidos á sus ofertas, cuando la hayas obedecido, te olvidará; conservará a toda costa el esplendor de su nombre, vengará en tí, el asesinato que ella misma habia mandado...

MORTIMER. ¡El asesinato!... ¿qué decis?

PAULET. ¡Basta de disimulo!... sé lo que te ha dicho la Reina... ¡Isabel espera de tu juventud condescendiente, lo que no pudo conseguir de mi inflexible vejez!... (*Muy irritado.*) ¿qué la has prometido?... di...

MORTIMER (*confuso*). ¡Tío!

PAULET. Si lo has hecho, no vuelvas á aparecer en mi presencia... ¡yo te maldigo!...

LEICESTER (*entrando*). ¡Caballero Paulet!... tengo que hablar con vuestro sobrino... La Reina, satisfecha de su fidelidad, está muy inclinada á su favor, y trata de encargarle exclusivamente la custodia de María.

PAULET (*muy disgustado*). ¡Bien!... ¡está muy bien!

LEICESTER. ¿Qué decis, caballero Paulet?

PAULET. ¿Que la Reina cuenta con mi sobrino... yo, milord, cuento conmigo mismo, y tengo los ojos abiertos... (*Se vá.*)

### ESCENA VIII.

LEICESTER, MORTIMER.

LEICESTER (*admirado*). ¿Qué significa ese disgusto del caballero Paulet?

MORTIMER. No lo sé... tal vez la inesperada confianza con que me honra la Reina...

LEICESTER (*mirándole con vista penetrante*). ¿Creéis ser digno de confianza, sir Mortimer?

MORTIMER. Lo mismo iba á preguntaros, milord Leicester.

LEICESTER. ¿Teneis algo que decirme en secreto?

MORTIMER. Probádme que puedo hacerlo.

LEICESTER. ¿Y á vos, quién os garantiza?... No os ofenda mi desconfianza, sir Mortimer... Estais representando en esta corte dos papeles opuestos, uno de ellos ha de ser necesariamente falso... ¿cuál es el verdadero?

MORTIMER. Otro tanto haceis vos, milord.



LEICESTER. ¿Quién de los dos debe empezar á hablar con franqueza?

MORTIMER. El que menos arriesgue.

LEICESTER. Entonces, vos.

MORTIMER. No, vos... El testimonio de un lord poderoso podria perderme para siempre, al paso que el mio fuera de todo punto impotente, contra un hombre de vuestra categoría y de vuestra influencia.

LEICESTER. No lo creais, sir Mortimer. Soy poderoso, es verdad; pero en el asunto de que se trata soy muy débil, y la mas leve sospecha, me perderia sin remedio.

MORTIMER. Puesto que el Omnipotente lord Leicester, se abate hasta semejante confesion, no puedo menos de ser el mas atrevido y darle una leccion de grandeza de alma.

LEICESTER. Mostradme confianza y os imitaré.

MORTIMER (*presentándole la carta de Maria*). La Reina de Escocia os envia esta carta.

LEICESTER (*sorprendido la coge precipitadamente*). ¡Hablad bajo!... ¡ahl... ¡qué veol... ¡es su retrato!... (*Lo besa. Mortimer lo observa atentamente.*)

MORTIMER. Ahora, milord, me fio de vos.

LEICESTER (*despues de leida la carta*). ¡Estais enterado del contenido de esta carta?

MORTIMER. No, milord.

LEICESTER. ¿Nada os ha confiado Maria?

MORTIMER. Nada, milord... me dijo que vos mismo me aclararíais este enigma, porque lo es para mi, que Maria espere la libertad de uno de sus jueces, de su enemigo declarado, del favorito de Isabel, del conde de Leicester. Sin embargo, lo creo, porque vuestros ojos me revelan la especie de sentimiento que os inspira aquella desgraciada.

LEICESTER. Decidme: ¿qué interés os mueve en favor de Maria?... ¿cómo habeis ganado su confianza?

MORTIMER. Os lo diré en cuatro palabras. En Rheims abjuré mi creencia, soy adicto á los Guisas, y una carta del cardenal de Lorena me ha acreditado con la Reina de Escocia.

LEICESTER. Me inspirásteis confianza por vuestro cambio de religion, que yo ya sabia. Dispensad, pues, mis dudas y dadme la mano, amigo Mortimer. Tengo que valerme de todas las precauciones, porque Burleigh y Walsingham me aborrecen de muerte. Sé que me estan tendiendo lazos, y vos podríais haber sido un agente para atraerme á ellos.

MORTIMER. ¿Tan despacio anda en la corte, un alma grande como la vuestra?... os compadezco, milord.

LEICESTER. Y libre ya de temores, me

echo en los brazos de un amigo fiel. ¿Os admira que mi corazon haya cambiado repentinamente de sentimientos, con respecto á Maria?... jamás la he aborrecido, Mortimer... Me estaba destinada antes de su matrimonio con Darnley, cuando aún la rodeaba toda la brillantez de la grandeza. Entonces rehusé con frialdad el presente de la fortuna, y ahora quisiera poseerla, aunque fuese á riesgo de mi vida.

MORTIMER. Esa conducta es muy generosa...

LEICESTER. No fué la virtud; mas bien la ambicion me hizo insensible á las gracias de Maria... Entonces su mano me parecia poco, porque mi presuncion aspiraba á la Reina de Inglaterra... pero ya las circunstancias han variado.

MORTIMER. Dicen que Isabel os preferia á todos los hombres.

LEICESTER. Así parecia, pero diez años de constancia en mi penosa sujecion, no han producido resultado. ¡Sir Mortimer! os abro mi corazon, para aliviarlo del peso que lo fatiga... Muchos me reputan feliz... ¡ahl... ¡qué fatales cadenas me envidian!... He sacrificado diez años amargos é interminables á los caprichos de Isabel y á las extravagancias de su vanidad: he sufrido con resignacion de esclavo, sus *sultánicos* antojos; he sido juguete de sus locuras; tan pronto acariciado por su ternura, como desairado por su orgullosa petulancia, tan atormentado por su favor como por su severidad, custodiado como un cautivo, por los ojos inquietos de sus celos, preguntado como un niño sobre mis acciones mas triviales, injuriado como un lacayo... ¡ohl... no hay palabras con que espresar mis sufrimientos.

MORTIMER. ¿Os compadezco, conde!

LEICESTER. Despues de todo, pierdo la recompensa de mi perseverancia, y otro hombre me arrebató el fruto de tan prolongados esfuerzos. Un jóven y brillante esposo me quita los derechos que yo de largo tiempo tenia adquiridos, y me veo precisado á descender del teatro en que por tantos años he representado el primer papel. No solo pierdo la mano de Isabel; pierdo tambien su favor... Su marido es amable; ella mujer, y basta.

MORTIMER. Es hijo de Catalina... ha aprendido en buena escuela, el arte de la adulacion.

LEICESTER. Todas mis esperanzas han desaparecido. En este naufragio de mi felicidad, busco una tabla de salvacion, y dirijo la vista á mis primeras á mis mejores esperanzas. La imagen de Maria se repro-



duce en mi corazon con todos sus encantos. Recobran sus derechos la juventud y la belleza. Ya no es la fria razon de estado; el corazon es el que compara y conoce todo el valor del tesoro que despreció. Veo á la Reina de Escocia precipitada por mi culpa en un abismo de dolor, y siento despertarse en mi pecho el deseo de salvarla, y darle la libertad... Por conducto seguro puse en su noticia el cambio de mis sentimientos, y la carta que os ha confiado me da á entender que me perdona, y que si consigo libertarla, me recompensará con su mano.

MORTIMER. ¿Pero qué habeis hecho para romper sus cadenas?... Habeis permitido que saliese condenada, y vos mismo votásteis por su muerte... Un milagro la salvó... ha sido preciso que la luz de la verdad iluminase al sobrino de su carcelero, que el cielo le preparase en el Vaticano un inesperado libertador. De otro modo, la ilustre proscrita no podia contar con vos.

LEICESTER. ¡Ah!... ¡bastante he sufrido con este motivo! Deje de obrar en favor de Maria, desde que fué trasladada del castillo de Talbot al de Fotheringay, y encomendada á la severa custodia de vuestro tio... Cortados nuestros medios de comunicacion, me fué preciso continuar persiguiéndola; pero jamás hubiera permitido que subiese al cadalso. Esperaba, y espero todavía diferir la catástrofe, hasta que se nos presente ocasion favorable de ponerla en libertad.

MORTIMER. ¡Ya se ha presentado, milord Leicester!... vuestra noble confianza os hace acreedor á la mia. Pretendo libertarla... á eso he venido... todo está dispuesto... y vuestra poderosa cooperacion nos asegura el buen éxito.

LEICESTER. ¿Qué decis?... me haceis estremecer... seriais capaz de...

MORTIMER. (interrumpiéndole). Soy capaz de arrancarla á viva fuerza del castillo... tengo compañeros... todo está pronto.

LEICESTER. ¿Teneis cómplices?... ¿teneis confidentes?... ¡desdichado de mí!... ¿en qué azaroso proyecto me habeis complicado! ¿saben mi secreto vuestros amigos?

MORTIMER. ¡Tranquilizaos, milord!... no se contó con vos para la conspiracion; y sin vos se hubiera dado el golpe, á no haberse empeñado la prisionera en deberos la libertad.

LEICESTER. ¡Puedo, pues, estar seguro de que no se ha pronunciado mi nombre en vuestro club?

MORTIMER. ¡Milord!... repito que os tranquiliceis... ¡pero, cómo manifestais

tanta inquietud por una noticia favorable?... ¿no deseais la libertad de la ilustre prisionera?... ¿no aspirais á su mano?... ¿por qué, pues, mostrais mas embarazo que alegría al encontrar un amigo inesperado, que parece caer del cielo para proponeros un medio de salvacion?

LEICESTER. ¡Nada de violencia, Mortimer!... la empresa que meditais, es muy peligrosa.

MORTIMER. Mas peligrosa es la tardanza.

LEICESTER. Lo repito... eso es imposible.

MORTIMER. (con amargura). Lo será para vos que aspirais al amor de la proscrita, pero los que solo pensamos en arrancarla de la prision, somos mas decididos.

LEICESTER. ¡Jóven!... sois muy ligero para negocios tan arriesgados.

MORTIMER. Y vos sois demasiado prudente para lances de honor.

LEICESTER. Veo los lazos que os rodean.

MORTIMER. Me siento con fuerzas para romperlos todos.

LEICESTER. Ese valor es temeridad, es locura.

MORTIMER. Vuestra prudencia, milord, no es valentia.

LEICESTER. ¿Quereis acabar como Basington?

MORTIMER. ¿Y vos, no quereis imitar la grandeza de Norfolk?

LEICESTER. Norfolk no condujo á Maria al altar.

MORTIMER. Pero se mostró digno de tal gloria.

LEICESTER. Perdiéndonos no la salvamos.

MORTIMER. Y no obrando, jamás la libertaremos.

LEICESTER. Vuestra ciega impetuosidad no os permite oir ni raciocinar... vais á perder en un momento lo que tengo adelantado á costa de grandes sacrificios.

MORTIMER. ¿Qué sacrificios son esos?... ¿que habeis hecho por ella?... Si yo fuese bastante vil para ejecutar la orden de la Reina, y asesinar á Maria, segun me lo ha mandado... decid... ¿qué precauciones habeis tomado para un lance de esta naturaleza?

LEICESTER. (atónito). La Reina os ha dado esa sangrienta orden?

MORTIMER. Isabel se ha equivocado conmigo, como Maria con vos.

LEICESTER. Y le habeis prometido...

MORTIMER. La he ofrecido mi brazo, para que no eche mano de otro.

LEICESTER. ¡Bien hecho! eso me quita del corazon el peso de una montaña!... mientras la Reina espera el resultado de



vuestro servicio, se suspende la ejecucion capital, y ganamos tiempo.

MORTIMER. No, que le perdemos. (*Con impaciencia.*)

LEICESTER. La Reina cuenta con vos para deshacerse de su rival, aparentando clemencia á los ojos del mundo... Entretanto, procurare persuadirla de que la vea, para que no pueda obrar... Tiene razon Burleigh... la entrevista imposibilitará la ejecucion... sí... voy á trabajar para conseguirla.

MORTIMER. ¿Y qué adelantareis? Cuando la Reina se desengaña de que no puede contar conmigo, y vea que María vive á pesar de sus esfuerzos, ¿no volverán las cosas al mismo estado?... Eterno cautiverio es la mejor suerte que puede esperar María, si tarde ó temprano no recurrimos á un golpe de atrevimiento... ¿por qué, pues, no lo intentamos desde ahora?... Vos teneis la fuerza en vuestra mano, y podeis levantar un ejército, solo con armar la nobleza de vuestros dominios. La Reina de Escocia, tiene tambien muchos amigos secretos. Las nobles casas de Howard y de Perry, aunque perdieron sus jefes, cuentan todavía muchos héroes, y solo esperan que algun poderoso lord alce la bandera de la rebelion... ¡No mas disimulo!... ¡marchemos abiertamente!... Defended con nobleza á la que amais, y combatid por ella como caballero... Podeis apoderaros de la Reina de Inglaterra, cuando formalmente os lo propongais. Atraedla á uno de vuestros castillos, segun mil veces lo habeis hecho... Allí hablad como señor, como hombre; y retenedla prisionera, hasta que consienta en la libertad de la Reina de Escocia.

LEICESTER. Estais delirando, sir Mortimer. ¿Conoceis el terreno que pisamos?... ¿sabeis lo que pasa en esta corte?... El imperio de esa mujer encadena los espiritus con estrechos lazos... En vano buscariais hoy el heroico esfuerzo de los antiguos ingleses... El yugo de Isabel ha comprimido todos los resortes de la energia y acallado todos los acentos del valor. Nada intenteis sino despues de maduras reflexiones... (*Se detiene de repente.*) pero alguien viene... idos.

MORTIMER. María me está esperando, y solo podré llevarle estériles consuelos...

LEICESTER. Trasmítidle los eternos juramentos de mi amor.

MORTIMER. Levádselos en persona. Quiere ser instrumento de su triunfo, pero no mensajero de vuestro amor (*se va*).

## ESCENA IX.

ISABEL, LEICESTER.

ISABEL. ¿Quién estaba aquí?... he oido hablar.

LEICESTER (*oyendo á la Reina se vuelve de repente muy turbado*). Era sir Mortimer.

ISABEL. ¿Qué teneis, milord?... estais muy conmovido.

LEICESTER. Efecto de vuestra presencia... ¡hoy me pareceis encantadora!... me deslumbra vuestra belleza... ¡ah!

ISABEL. ¿Por qué suspirais?

LEICESTER. ¿No tengo motivo para suspirar?... La contemplacion de vuestras gracias renueva mi sentimiento por la piedad que me amenaza.

ISABEL. Qué vais á perder, milord?

LEICESTER. Pierdo vuestro corazon... os pierdo á vos, que sois la mujer mas digna de ser amada... Pronto sereis feliz en los brazos de un esposo jóven y apasionado, que poscerá por ent ro vuestro amor... Es de sangre real, y no lo soy; pero desafio á todos los hombres á que como yo os adoren sobre la tierra. El duque de Anjou, que nunca os ha visto, no puede amar sino vuestro poder y vuestra gloria; pero yo solo deliro por vuestra persona. Si fuéseis una pobre aldeana y yo el príncipe mas poderoso de Europa, descenderia hasta vos para pener mi diadema á vuestros piés.

ISABEL. Compadecedme, Dudley, y no me reprendais... no me atrevo á preguntar á mi propio corazon lo que hiciera, si libremente pudiese elegir... ¡ah!... cómo envidio á las mujeres del pueblo que pueden disponer de sus afectos. Yo no soy bastante feliz para ceñir con mi corona las sienes del hombre á quien amo sobre todos los hombres!... Solo á María Stuardo ha sido dable entregar su mano al idolo de su corazon, y saborear á su placer la copa de la alegría.

LEICESTER. Y ahora bebe hasta las heces del cáliz de la amargura.

ISABEL (*continuando*). Jamás ha respetado la opinion de los hombres. La vida debe haber sido muy ligera para esa mujer que nunca ha conocido el yugo que yo me he impuesto á mi misma, prefiriendo los austeros deberes de la corona á los placeres de la vida. Tambien yo hubiera podido gozarlos y respirar libremente. Tienen tanto partido entre los hombres porque no quiso ser mas que mujer, y como á tal la han rendido homenaje la juventud y la vejez. ¡Así sois todos!... Avidos de placeres, correis presurosos tras de las frivolidades, y despreciáis lo que debierais respetar...



Hasta Talbot, hasta Talbot ha parecido rejuvenecerse recordando las gracias de la incomparable María.

LEICESTER. ¡Dispensadle, señora!... Ha sido su guardia, y se dejó seducir por sus artificios.

ISABEL. ¿Es, pues, tan hermosa como dicen? Tanto he oído celebrar sus atractivos, que desco verla por mis propios ojos. Los retratos suelen ser aduladores, y exageradas las descripciones... quisiera, pues, juzgar por mi misma... ¿por qué me mirais así?

LEICESTER. Os colocó en mi imaginación al lado de María, y quisiera tener la satisfacción de veros un momento junto á ella... Procurémoslo secretamente, y gozaréis por primera vez de vuestro triunfo... Son penetrantes los ojos de la envidia, y yo quisiera ver la suya cuando la humillase vuestra ventaja natural por la belleza de vuestras facciones, y las mil brillantes cualidades de que estais adornada.

ISABEL. Ella es mas jóven.

LEICESTER. ¿Mas jóven?... pues no lo parece... las penas le han envejecido antes de tiempo... La noticia de vuestro matrimonio, colmaria la medida de su amargura. Entonces os veria marchar hácia la felicidad, mientras las dulces esperanzas de su vida se han desvanecido para siempre... Ella que tanto se envanece con la alianza de la Francia, cuyo apoyo la lisonjea aún, sufriría un golpe mortal viéndoos casada con un hijo de la familia Real francesa.

ISABEL. Me ha pedido una entrevista.

LEICESTER. Lo que os pide como gracia, dádselo por castigo. Menos sufriría subiéndolo al cadalso, que viendo sus gracias eclipsadas por las vuestras. Acceded á su petición, para volver contra ella el tiro que pretende dirigiros. Cuando vea esa hermosura que ella desdeñó en su friyole ardor, ilustrada por la virtud y por una gloria sin mancha, guardada por el honor, realzada por la corona, y adornada con las joyas de himenco, entonces presentirá la hora de su Reina... Sí... ahora mismo os estoy mirando, y nunca me habeis parecido en mejor disposicion para ganar el premio de la belleza... Al entrar en este salon, me fascinasteis como una aparicion luminosa... Este es el momento favorable... ahora, ahora mismo debeis presentáros á María.

ISABEL. ¿Ahora?... no, Leicester... ahora no... es preciso pensarlo, consultarlo con Burleigh...

LEICESTER (con vivacidad). ¡Con Burleigh!... Burleigh no piensa sino en los in-

tereses del reino; y vos teneis tambien como mujer, vuestros derechos particulares... Esta cuestion delicada os atañe especialmente, y nada tiene que ver con ella el hombre de estado... ¡No exige tambien la política que veais á María, para reconciliaros con la opinion pública por medio de una accion generosa?... Esto no os impedirá deshaceros de vuestro enemigo, cuando bien os parezca.

ISABEL. Pero no me parece decoroso presenciar la miseria y la humillacion de una parienta mia... Dicen que nada de régio se advierte en su morada... Ese envilecimiento será una reprension á mi modo de proceder con ella.

LEICESTER. Tampoco es necesario que entreis en su habitacion... Escuchad... La casualidad nos favorece... Hoy teneis una partida de caza, que os conducirá cerca de Totheringay... María Stuardo podrá hallarse en el parque, y vos entrar por casualidad... No pasándola ningun aviso, ni disponiendo nada de antemano, si os repugna hablar con ella, podreis dejar de hacerle.

ISABEL. ¡Si hago una locura, vuestra es la culpa, milord!... Nada quiero negaros hoy, porque os he afligido mas que á ninguno de mis vasallos. (*Se mira tiernamente*). Y aun cuando lo que me pedis no pase de un capricho, quiero daros una prueba de afecto, concediéndoo lo que no apruebo. (*Leicester dobla la rodilla. Caee el telon*).

### ACTO TERCERO.

La escena representa un parque, con árboles frondosos en medio del teatro, y en el fondo una perspectiva remota.

#### ESCENA PRIMERA.

MARIA corriendo entre los árboles. ANA KENNEDY la sigue lentamente.

ANA. Esperad, señora... yo no puedo seguirlos... parece que teneis alas.

MARIA. Déjame gozar de mi libertad... deja que me vuelva niña, y sólo tú conmigo... Déjame ejercitar en estos floridos céspedes... la ligereza de mi pié... ¿será verdad que he salido de la prision?... ¿no estoy ya encerrada en una tumba?... Déjame respirar con ansia el aire libre, el aire del cielo.

ANA. ¡Oh, mi querida Reina!... esto no es mas que ensanchar un poco vuestra cárcel... No veis sus muros, porque os los oculta la frondosidad de estos árboles.

MARIA. ¡Oh! ¡Doy gracias al risueño



verdor de estos árboles, que no me permiten ver los muros de mi prision!... ¡Quiero figurarme que estoy libre... Ana!... no desvanzcas este sueño... La bóveda del cielo me cerca por todas partes: mis miradas, libres y sin trabas, recorren un espacio inmenso... Mira... allí... allí en aquellos montes oscuros y nebulosos, empiezan las fronteras de mi país... Estos celajes que el viento lleva hacia el mar, van á buscar la mar y la Francia!... ¡Nubes ligeras!... ¡bajeños aéreos!... ¡ah!... ¡quién pudiese viajar con vosotras!... saludad de mi parte la tierra en que floreció mi juventud... ¡decid que estoy presa, que gimo entre cadenas!... ¡decidlo!... ¡yo no tengo á quien enviar!... vosotras, que libremente atravesais los aires, no estais sujetas al poder de Isabel.

ANA. ¡Señora!... ¡volved en vos!... la libertad que gozais despues de tan largo encierro, continuava vuestra razon.

MARIA (continuando). Allí navega un pescador en su miserable barquilla, que podria salvarme, conduciéndome á territorio extranjero... Si yo pudiese entrar en esa barquilla que apenas suministra pan á su dueño, la cargaría de tesoros, y haria entrar la fortuna en las redes del pobre pescador.

ANA. ¡Votos inútiles!... ¿no veis que espian nuestros pasos?... Una órden siniestra y cruel aleja de vos á todas las criaturas compasivas.

MARIA. ¡No, Ana mia!... no en vano se han abierto las puertas de este castillo... este pequeño favor presagia otros mayores... no, no me engaño... esto es obra de la mano solícita del amor... Reconozco el poderoso auxilio de Leicester... poco á poco se irá dilatando mi encierro... mi libertad irá creciendo insensiblemente, hasta que al fin se rompan mis cadenas para siempre jamás.

ANA. ¡Ah!... no puedo explicarme esta contradiccion. Ayer os anunciaba la muerte, y hoy os abren las puertas de la prision... He oido decir que es costumbre quitar los grillos á los reos antes de darles la libertad eterna. (Se oye una corneta de caza.)

MARIA. ¡Oyes la corneta?... ¡oyes en el bosque los clamores de la caza?... ¡ah, que no pueda yo reunirme á esos alegres cazadores!... ¡que no pueda, como ellos, lanzarme sobre un fogoso caballo!... Esos sonidos que conozco muy bien, me suscitan tristes dulces recuerdos... mil veces hirieron mis oidos acentos de esa especie, cuando el tumulto de la caza resonaba en las montañas de mi patria...

## ESCENA II.

*Los precedentes, PAULET.*

PAULET. ¡Señora!... ¿he obrado segun vuestros deseos?... ¿mereceré que me deis las gracias?

MARIA. ¿Qué decis, caballero Paulet?... ¿mi libertad es obra vuestra?... ¿sois vos?...

PAULET. ¿Y por qué no?... he estado en la corte... he entregado vuestra carta á la Reina...

MARIA. ¿La entregasteis?... ¿y mi libertad, es fruto de la carta?

PAULET. Y a go mas... preparaos á otra gracia mayor...

MARIA. ¿Otra mayor?... ¿qué decis, caballero Paulet?

PAULET. Habeis oido la corneta?

MARIA. Sí... ¡ah!... me haceis estremecer.

PAULET. La Reina está cazando en este parque...

MARIA. ¡La Reina!

PAULET. Y en breve parecerá á vuestra presencia.

ANA (corre á Maria, que tiembla y va á desmayarse). ¿Qué teneis, señora?... habeis perdido el color.

PAULET. ¡Señora!... ¿no lo pedisteis vos? vuestra súplica ha sido mejor recibida de lo que esperábais... preparaos pues... vos que gozais de tanta facundia, no tardareis en tener ocasion de ejercitarla.

MARIA. ¿Por qué no me habeis prevenido?... en este momento no me siento dispuesta á conferenciar con Isabel... lo que pedí como insigne gracia, me parece ahora horroroso castigo... ¡Ven, Ana!... vamos á mi habitacion... estoy mala... necesito recogerme.

PAULET. Quedaos... aquí debeis esperarla... ¿qué es eso? ¿estais inquieta?... muy bien... ese es el estado que os compete para presentaros á vuestro juez.

## ESCENA III.

*Los precedentes. TALBOT.*

MARIA. Otros son mis pensamientos, caballero Paulet... (Viendo entrar á Talbot). ¡Ah!... ¿Sois vos Talbot?... ¡pareceis un ángel enviado por el cielo!... no puedo ver á la Reina... preservadme de su odiosa presencia.

TALBOT. ¡Volved en vos, señora!... reanimad vuestro valor... este momento es decisivo.

MARIA. Mucho tiempo lo he esperado, y largos años he invertido en prepararme para este momento, imprimiendo en mi memoria todas las palabras que pudiesen



conmover á Isabel; pero acabo de olvidarlas, y solo me resta el sentimiento de mis desgracias... El odio implacable se revela en mi corazon, y borra todos mis pensamientos... las furias del infierno me rodean, sacudiendo las viboras de su ensangrentada cabellera.

TALBOT. Reprimid esa feroz agitacion... encerrad la amargura en vuestro pecho... si el odio choca con el odio, nada bueno puede resultar... Por mas que os repugne, ceded á la necesidad de las circunstancias... ¡Creedme, señora!... humillaos.

MARIA. ¡Humillarme?... no... no puedo...

TALBOT. Es preciso... Hablad con respeto, con resignacion... apelad á la generosidad de Isabel, y no provoquéis su rencor... olvidad todos vuestros derechos, que en este momento no vienen al caso.

MARIA. ¡Oh Dios!... He solicitado mi pérdida, y para mi desgracia ha surtido efecto la solicitud... ¡Jamás debíamos vernos, jamás!... ¡qué puede resultar de esta entrevista!... ¡Mas facil fuera hermanar el fuego con el agua, el tigre con el cordero, que á Maria con Isabel!... ¡Mucho me ha ultrajado!... ¡mucho me ha hecho sufrir!... no... no hay reconciliacion posible entre nosotras.

TALBOT. Sin embargo, debeis verla... vuestra carta conmovió el corazon de la Reina, y las lágrimas humedecieron sus ojos... Isabel no está desprovista de sentimientos... confiad en ella... yo la he precedido para prevenirlos y animaros.

MARIA (le toma la mano). ¡Ah Talbot!... ¡siempre habeis sido mi amigo!... ¿por qué no estoy todavia bajo vuestra custodia?... (Llorando). ¡Talbot! ¡me han tratado muy mal.

TALBOT. ¡Olvidadlo todo!... pensad solo en presentaros á la Reina con sumision.

MARIA. ¡Viene con ella Burleigh, mi ángel malo.

TALBOT. No, señora... solo viene lord Leicester.

MARIA. ¡Leicester!

TALBOT. Nada temais de ese lord, que os aprecia... La gracia que os concede la Reina, es obra suya.

MARIA. ¡Ah!... ¡ya lo sabia!

TALBOT. ¿Qué decís, señora?

PAULET. ¡La Reina!... (Todos se retiran al fondo del teatro. Maria queda sola, apoyándose en Ana).

## ESCENA IV.

Los precedentes. ISABEL, LEICESTER, gran acompañamiento.

ISABEL (á Leicester). ¿Qué castillo es este?

LEICESTER. Este es el castillo de Totheringay.

ISABEL (á Talbot). Despedid el acompañamiento... Quiero entrar en Londres sola, porque el pueblo se apresura demasiado á salirme al encuentro... Antes descansaré un momento en este pacifico parque... (Talbot despide el acompañamiento. Isabel sigue hablando con Paulet, con los ojos fijos en Maria). Mi pueblo me ama con exceso... los testimonios de su adhesion no tienen límites... y se asemejan á la idolatría... Este es el modo de adorar á Dios, pero no á los hombres.

MARIA (durante este tiempo ha estado apoyada en Ana. Levanta la cabeza, y encontrando la mirada fija de Isabel, se estremece, y vuelve á caer en los brazos de Ana). ¿Qué fisonomía!... esa Reina no tiene corazon...

ISABEL. ¿Quién es esa mujer?... (silencio general).

LEICESTER. ¡Reina! estamos en Totheringay.

ISABEL (aparenta sorpresa, y echa á Leicester una mirada sombría). ¿Qué significa esto, lord Leicester.

LEICESTER. ¡Ya no hay remedio, señora!... puesto que el cielo ha conducido vuestros pasos á este sitio, dejad que triunfe la clemencia.

TALBOT. ¡Ceded, señora!... echad una mirada de compasion sobre esa infeliz que sucumbe en vuestra presencia... (Maria reúne sus fuerzas, y trata de aproximarse á Isabel; pero se detiene á la mitad del camino. Su fisonomía expresa la mas violenta agitacion).

ISABEL. ¡Milores!... me hablásteis de una victima sumisa... pero no veo mas que á una mujer orgullosa; á quien la desgracia no ha podido domeñar.

MARIA. Me someto á este nuevo tormento... ¡Lejos de mí, impotente orgullo de un alma elevada!... olvidaré quien soy y lo que he sufrido... quiero prosternarme ante la que me hundi6 en este abismo de oprobio... (Se dirige á Isabel). El cielo se ha decidido por vos, hermana mia... la victoria ha coronado vuestra cabeza feliz... adoro á la divinidad que os ha colmado de grandeza... (Se arrodilla delante de Isabel). ¡Pero sed generosa, hermana mia!... no me humilleis... tendedme vuestra Real mano para levantarme del polvo.



ISABEL (*retrocede un paso*). Estais en vuestro lugar, lady Maria... (*Con humillante lentitud*). Dios en su infinita bondad no ha permitido que yo me postrase á vuestros pies, como vos á los míos.

MARIA (*con una emocion que va creciendo*). Pensad en la vicisitud de las cosas humanas... temed á ese Dios que castiga la arrogancia... respetad á esa terrible divinidad, que me humilla á vuestras plantas delante de testigos... honraos á vos misma en mi persona... no me ofendais... no profaneis la sangre de Tudor, que circula por mis venas como por las vuestras... no seais áspera é inaccesible como las rocas escarpadas, que en vano pretende el náufrago alcanzar... Mi suerte, mi vida, todo mi ser depende en este instante de mis palabras y del poder de mis lágrimas... Abrid mi corazon para que acierte á conmojer al vuestro... Si me mirais con esos ojos helados, mis trémulos labios se cierran... se detiene el torrente de mis lágrimas... y el frio terror encadena las suplicas en mi pecho. (*Se levanta*).

ISABEL (*con fria severidad*). ¿Qué teneis que decirme, lady Stuardo?... Habeis solicitado una entrevista... yo olvido que soy una Reina cruelmente ofendida, y vengo á cumplir un piadoso deber fraternal, dándoos el consuelo de verme... He cedido á un generoso movimiento de mi corazon, á riesgo de que me acusen de baja... (*Con intencion*.) porque bien sabeis que atentasteis á mi vida.

MARIA. ¿Por dónde empezaré?... ¡ven á mi socorro, prudencia que conmueve sin ofender!... ¡Oh Dios del cielo!... presta fuerza á mis palabras y despójalas de todo lo que pueda zaherir!... (*A Isabel*.) No puedo hablar en mi favor, sin acusaros gravemente... mas no quiero hacerlo. Obrasteis contra la justicia, porque soy Reina como vos, y me hicisteis prisionera. Vine suplicando á vuestros reinos, y me encerrasteis en un castillo, despreciando las leyes sagradas de la humanidad, y los derechos de los pueblos... Me separasteis sin piedad de mis amigos y servidores... me abismasteis en vergonzosa miseria... me hicisteis parecer ante un tribunal incompetente... pero no hablemos de esto. Caigan en eterno olvido todas las crueldades que me hicisteis sufrir... las atribuyo todas al destino... no sois culpable, no; no lo sois; pero tampoco yo. Un espíritu maligno salió de las tinieblas, para sembrar en nuestros corazones esta animosidad, que nos dividió desde nuestros primeros años, y que con nosotras ha crecido...

hombres péfidos atizaron con malignidad esta funesta llama... ¡insensatos entusiasmas, pusieron la espada y el puñal en manos sanguinarias, sin consultar á nuestra voluntad!... ¡oh hermana!... ¡tal es el terrible destino de los reyes!... sus ódios destruyen el mundo, y una sola de sus pasiones, basta para desencadenar las furias... Ahora no hay entre nosotras ningun órgano extraño... (*Se aproxima á Isabel, y la habla en tono cariñoso*.) ¡Estamos cara á cara!... ¡hablad, hermana mia!... reprendedme mis faltas... yo os daré de ellas la mas completa satisfaccion. ¡Ah!... si hubiésemos cedido á mis instancias, si nos hubiésemos visto antes de ahora, las cosas no hubieran llegado á tan deplorable extremo, y jamás hubiéramos tenido una entrevista en este sitio fatal.

ISABEL (*con frialdad*). Mi buena estrella me preservó de abrigar el áspid en mi seno... No acuseis al destino... atribuido todo á vuestra propia perversidad, y á la ambicion desenfundada de la casa á que pertenecéis. Ninguna enemistad separaba nuestros corazones, cuando vuestro tio, ese arrogante y ambicioso prelado, cuya mano atrevida amenaza todas las coronas, os inspiró ideas hostiles, os indujo á tomar las armas contra mí, á apropiaros mi título real, y á desafiarme á muerte... ¿Qué no ha suscitado vuestro tio contra mí?... la lengua de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las armas tenebrosas de la fanática exaltacion; todo le ha servido de instrumento para atizar el fuego de la discordia!... También intentó asolar mis pacíficos dominios con los horrores de la guerra civil; pero Dios que está conmigo, me ha concedido la victoria sobre el artificioso cardenal; y el golpe que dirigiais á mi cabeza, ha caído sobre la vuestra.

MARIA. Me he puesto en manos de Dios, y no creo que vos abuseis de vuestro poder.

ISABEL. ¿Quién pudiera impedirme? El ejemplo de vuestro tio, ha enseñado á todos los reyes de la tierra, el modo de estar en paz con sus enemigos. La famosa noche de San Bartolomé, me servirá de leccion... ¿Qué me importan los vínculos de la sangre, ni los derechos de los pueblos? vuestro tio rompe todos los lazos, consagra el perjurio y el regicidio... yo no hago mas que poner en práctica las ideas de vuestra familia. Decidme, ¿quién me responderia de vos, si os pusiese en libertad?... ¡Hay castillo que no puedan abrir las llaves de San Pedro!... Solo en la fuerza consiste mi seguridad... no quiero amistad, no quiero alianza con vuestra raza.



MARIA. ¡Triste y cruel sospecha!... siempre me habeis mirado como extranjera, como enemiga. Si me hubiéseis declarado vuestra heredera, según los derechos de mi sangre, el reconocimiento y el amor os hubieran dado en mí, una amiga fiel, y una parienta mas fiel.

ISABEL. ¡Milady Stuardo!... vuestros amigos son mis enemigos, vuestra familia los papistas, vuestros hermanos los frailes... ¡Declararos mi heredera!... ¿para qué?... ¿para que durante mi vida engañaseis á mi pueblo, y cual seductora Armida, prendiéseis en vuestras redes á la juventud inglesa, que dirigiendo la vista á ese sol naciente, se olvidara de mí?

MARIA. Reinad en paz... os cedo todos mis derechos á la corona... La fuerza de mi espíritu está paralizada... conseguisteis vuestro objeto... ya solo soy la sombra de María Stuardo... Las penas del cautiverio han acabado con la altivez de mi corazón... me habeis reducido al último extremo... me aniquilasteis en la flor de mi juventud!... ¡Acabad, hermana mia! pronunciad la palabra que os ha conducido á este castillo!... ¡No puedo creer que hayais venido para insultar á vuestra víctima!... proferid, pues, esa palabra... decidme: «María, estás libre... has sentido el peso de mi poder... reconoce ahora mi generosidad...» Decidmelo, y recibiré la libertad y la vida, como beneficio de vuestra mano... Esa palabra puede anular todo lo pasado... ¡ah!... no me la hagais desear por mas tiempo... (*Mudando de tono y con firmeza.*) ¡Desdichada de vos si os vais sin pronunciarla!... Si no os separais de mí, cual gloriosa y benévola divinidad... ¡no... por todos los reinos que dominais, por todos los que baña el Océano, no quisiera aparecer á vuestros ojos como vos en tal caso apareceriais á los míos.

ISABEL (*con desden*). ¿Os dais, pues, por vencida?... ¿disteis ya fin á vuestros complots?... ¿no teneis mas asesinos á vuestra disposición?... no hallais ya aventureros que quieran acometer por vos, nuevas empresas caballerescas?... Si, lady María... acabásteis ya de engañar al mundo, porque el mundo tiene otros cuidados mas graves, que el de elevaros al trono... No hay hombre que aspire á las cuartas nupcias, de la que asesinó á sus maridos y á sus amantes.

MARIA (*fuera de sí*). ¡Hermanal... ¡hermana!... (*Reportándose.*) ¡oh Dios!... Dadme moderación.

ISABEL (*la mira largo rato con orgulloso desprecio*). ¡Lord Leicester!... son esos los encantos que ningún hombre puede mirar impunemente, y cuya comparacion aterra

á todas las mujeres?... ¡mucho ha exagerado la fama!... (*Con sarcasmo terrible.*) Conozco que para parecer hermosa á los ojos de todos, es preciso pertenecer á todos.

MARIA (*reprimiendo la cólera*). ¡Ya eso es demasiado.

ISABEL (*con risa sardónica*). ¡Milady!... mostradnos vuestro verdadero semblante... hasta ahora, solo hemos visto la máscara.

MARIA (*inflamada de cólera*). He cometido faltas... La fragilidad humana, los escollos de la grandeza, las pasiones de la juventud, estraviaron mi corazón; pero jamás he recurrido al misterio... mi dignidad real ha desdenado siempre las falsas apariencias... El mundo sabe todos mis deslices, y puedo vanagloriarme de que yo valgo mas que la fama de mi nombre; pero ¿qué seria de vos si se rasgase el velo de honor con que vuestra hipocresía ha sabido cubrir el desenfreno de vuestros placeres secretos?... Sois digna hija de vuestra madre; y por cierto que no heredásteis de ella el honor!... (*Con ironía sarcástica*) Todo el mundo sabe por qué especie de virtudes subió al cadalso Ana, Bolena!

TALBOT (*adelantándose entre las dos reinas*). ¡Justo Dios!... ¡Señoral! ¿es eso moderación?

MARIA (*muy irritada*). ¡Moderación!... he sufrido todo lo que un ser humano puede resistir... ¡Adios, resignacion de cordero!... ¡vuelvete al cielo, dolorosa paciencia!... ¡sal de mi corazón, cólera mal contenida!... ¡rompe ya todos los lazos, justísimo furor!... ¡tú que das al basilisco irritado una mirada mortal, pon ahora en mis labios su venenoso aguijón!

TALBOT (*á Isabel*). ¡Vedla... está fuera de sí... perdonadla!

(*Isabel muda de cólera, echa sobre María miradas de furor.*)

LEICESTER (*violentamente agitado, trata de llevarse á Isabel*). ¡No la escuchéis, señoral!... alejémonos de este sitio fatal.

MARIA (*prosigue en tono mas alto*). El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda vil!... ¡una hipócrita taimada está engañando al pueblo inglés!... (*á Isabel*) Si la justicia hubiese triunfado de la suerte, tú estarías ahora á mis plantas!... ¡te revolverías en el polvo delante de mí!... (*con mucha mas fuerza*) ¡porque yo soy tu reina! (*Isabel se aleja rápidamente. Los torres la siguen en la mayor turbacion.*)

## ESCENA V.

MARIA, ANA.

ANA. ¡Señoral! ¿qué habeis hecho?... la Reina se aleja furiosa... estais perdi-



dal... ¡ya no hay esperanza de salvacion!

MARIA (*todavía fuera de sí*). Se aleja furiosa y lleva la muerte en el corazón!... (*echándose en los brazos de Ana*). ¡Ay, Ana!... ¡qué desahogada me siento!... ¡un instante de venganza y de triunfo después de tantos años de abatimiento y de humillación! Estoy aliviada de un peso enorme! he clavado el puñal en el seno de mi enemiga.

ANA. ¡Desdichada!... ¡qué delirio estravió vuestra imaginación!... ¡habeis insultado á esa mujer implacable, que tiene el rayo en la mano!... ¡es la Reina!... la habeis ultrajado en presencia de su amante!

MARIA. Sí... la he humillado á los ojos de Leicester!... El ¡ha visto mi triunfo!... él estaba aquí cuando he despenado á Isabel de la cumbre de su vanidad!... ¡ah!... su presencia me daba fuerzas.

#### ESCENA VI.

*Los precedentes.*—MORTIMER.

ANA. ¡Ah! ¡sir Mortimer!... qué fatal resultado...

MORTIMER. Todo lo he oído... (*Hace una seña á Ana para que se ponga de centinela, y luego que esta ha salido, se aproxima á Maria, manifestando en todos sus gestos un estado violentamente apasionado.*) Vencisteis, ¡oh Reina!... ¡la precipitásteis en el polvo!... ¡vos érais la soberana!... ¡ella era la culpable!... ¡Me entusiasma vuestro valor... os adoro!... me habeis parecido una divinidad en el mayor grado de su brillantez!

MARIA. ¡Hablásteis á Leicester!... ¡le entregásteis mi carta y mi retrato? (*Mortimer en su éxtasis no responde.*) ¡qué decís, sir Mortimer?

MORTIMER (*mirándola con ojos inflamados*). ¡Ah!... ¡qué hechicera estábais con vuestra colera!... ¡cómo brillaban á mis ojos vuestras gracias!... ¡sois la mujer mas hermosa del mundo!

MARIA. Satisfaced mi impaciencia... os lo suplico... ¡hablásteis á milord!... ¡qué respondió?... ¡qué puedo esperar?

MORTIMER. ¿De quién?... ¿de Leicester?... ¡es un cobarde!... ¡un miserable!... ¡nada espereis de él!... ¡olvidadle!... ¡despreciadle!

MARIA (*sorprendida*). ¿Qué decís?

MORTIMER. ¡Un Leicester daros la libertad!... ¡un Leicester poseeros!... ¡qué se atreva á intentarlo!... antes tendrá que batiarse conmigo á muerte.

MARIA. ¿Pero no le entregásteis la carta?

MORTIMER. ¡Es un cobarde!... ¡tiene mucho apego á la vida!... El que aspire á li-

bertaros y á poseeros, debe desafiar la muerte con valor.

MARIA. ¿Se ha negado Leicester...

MORTIMER (*interrumpiéndola bruscamente*). No hablemos mas de Leicester... ¿qué puede hacer ese lord?... ¿para qué le necesitamos?... ¡yo romperé vuestras cadenas... yo solo!

MARIA. ¿Qué podeis hacer vos solo?

MORTIMER. No os hagais ilusiones, señora... vuestra situación es hoy muy distinta de ayer... Recordad vuestra conferencia con la Reina... ¡ya no hay gracia para vos! Es preciso obrar, y solo la espada puede decidir la cuestión... Debemos arriesgarlo todo para salvaros... antes que vuelva á salir el sol, habeis de estar fuera de los muros de Fotheringay... Esta misma noche...

MARIA (*asustada*). ¿Qué decís?... ¿esta noche?... ¿cómo es posible?

MORTIMER. Escuchad. He reunido á mis compañeros en una capilla secreta donde un sacerdote ha oído nuestra confesión, y nos ha absuelto de todas nuestras culpas, de las que hemos cometido y de todas las que podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos, y estamos enteramente dispuestos para el tránsito á la eternidad.

MARIA. ¡Oh!... ¡qué horribles preparativos!

MORTIMER. Tengo en mi poder las llaves de vuestra prision... Esta noche damos el golpe, pasamos á cuchillo la guardia; os arrancamos de este funesto lugar, y para que no haya quien revele nuestra intención, no dejaremos alma viviente en el castillo.

MARIA. ¿Y Paulet?... ¿y Williams?... primero derramarán la última gota de su sangre que permitir semejante atentado.

MORTIMER. Paulet y Williams serán los primeros que sucumban bajo la punta de mi puñal.

MARIA. ¡Qué horror!... ¡vuestro tío!... ¡vuestro segundo padre!

MORTIMER. Morirá á mis manos.

MARIA. ¡Oh crimen sangriento!

MORTIMER. Estoy absuelto con anticipación de todos mis crímenes, y por consiguiente de este... puedo y quiero cometerlo.

MARIA (*horrorizada*). ¡Qué ceguedad!

MORTIMER. Y si tuviese que asesinar á la Reina, también lo haría... lo he jurado sobre la hostia.

MARIA. ¡No, sir Mortimer!... no quiero que se derrame mas sangre por mi causa.

MORTIMER (*muy exaltado*). ¿Por qué? ¿qué es vida la de todos los hombres en compa-



ración de la vuestra y del amor?... ¡Rompáse todos los lazos del mundo! ¡vuelvan las aguas de un nuevo diluvio á ahogar todo lo que respira!... Nada respeto ya... ¡Llegue el último día del universo, antes que yo renuncie á vos.

MARIA (*desviándose*). ¡Dios mío!... ¡qué lenguaje!... ¡qué miradas!... ¡me horrorizais, sir Mortimer!... ¡me haceis estremecer!

MORTIMER (*con los ojos encendidos, y la expresión de un delirio mal reprimido*). La vida es un momento, la muerte otro momento!... ¡Llévenme á Tyburn!... ¡desgarren mis miembros con tenazas enrojecidas al fuego!... (*Se lanza á Maria con los brazos abiertos*). Pero séame permitido abrazar á la que adoro.

MARIA (*huyendo*). ¡Deteneos, insensato!

MORTIMER. Quiero respirar el amor en esa boca, sobre ese seno...

MARIA. ¡Dejadme, sir Mortimer, dejadme por Dios!

MORTIMER. Es un imbécil el que no sabe hallar en un abrazo infinito, toda la felicidad que Dios tiene en su mano... Quiero salvarte... sí... aunque me costase mil vidas, te salvaré... pero jura por el nombre de Dios, que has de ser mía.

MARIA. ¡Dios eterno!... ¿no habrá un ángel que me proteja?... ¡qué horrible es mi destino!... el odio y el amor se conjuran contra mí... ¿no he nacido sino para excitar pasiones espantosas?... ¡Oh Dios del cielo... ¡por qué me llevas de calamidad en calamidad?

MORTIMER. Sí... ¡te amo con furor!... te amo tanto como te aborrecen tus enemigos... Quieren cortarte la cabeza... quieren tronchar con el hacha del verdugo esa blanca y hechicera garganta... ¡Ah!... consagra al Dios de la vida y del placer, esas gracias ofrecidas á la muerte por el odio sangriento de tus contrarios!... enlaza para siempre á tu esclavo, con los rizos de esa hermosa cabellera, que ya pertenece á la región de los difuntos.

MARIA (*con dignidad*). ¡Sir Mortimer!... si no es sagrada para vos la corona que ciñe mis sienes, respetad al menos mi desgracia y mis sufrimientos.

MORTIMER. Tu corona cayó ya... ¡nada, nada te queda de la majestad terrestre!... ¡pero, manda!... y verás á un amigo, á un libertador derramar por ti toda su sangre... Ya no posees mas que tus gracias y el divino poder de la belleza... ¡por ella soy culpable!... ¡por ella lo arriesgo todo!... por ella espongo mi garganta á la cuchilla del verdugo. (*La coge la mano*).

MARIA. ¡Oh!... ¡quien me librará de ese frenético!

MORTIMER. Un servicio tan atrevido exige recompensa proporcionada... ¿por qué prodigan su sangre los valientes?... la vida es el mas precioso de todos los dones... insensato sería quien la espusiese sin motivo... quiero, pues, descansar de antemano mi cabeza sobre tu ardiente seno... (*La abraza estrechamente*).

MARIA (*haciendo por desasirse*). ¡Dejadme!... ¿tendré qué pedir auxilio contra el mismo que pretende darme la libertad?

MORTIMER. Tú no eres insensible, ni puedes abrigar en tu pecho un frío desden... El mundo te acusa de todo lo contrario... los ardientes ruegos del amor deben conmover tu corazón... ¡Hicisteis feliz á Riccio... También Bothvell!...

MARIA. ¡Temerario!

MORTIMER. ¡Bothvell fué tu tirano!... Le amabas, ¿por qué temblabas en su presencia!... Si el temor puede subyugar tu alma, te juro por las divinidades del infierno...

MARIA. ¡Miserable!... estais durando.

MORTIMER. También yo te haré temblar.

ANA. ¡Gente viene!... el jardín está lleno de hombres armados...

MORTIMER (*sacando la espada*). Yo te defenderé.

MARIA. ¡Ana!... ¡librame de ese hombre... desdichada!... ¿dónde hallaré un refugio?... ¿quién me protegerá?... ¡aquí la violencia, allá la muerte!... (*Hiye; Ana la sigue*).

## ESCENA VII.

MORTIMER, PAULET y WILLIAMS, *entran despa-  
voridos con un gran número de soldados*.

PAULET (*entrando*). ¡Cerrad las puertas!... alzad el puente levadizo...

MORTIMER. ¡Tío!... ¿qué ha sucedido?

PAULET. ¿Dónde está esa infame mujer?... encerrada en el calabozo mas oscuro.

MORTIMER. ¿Qué hay?... ¿qué ha sucedido?

PAULET. ¡La Reina!... ¡oh, malos mal-ditas!... ¡oh, audacia diabólica!

MORTIMER. ¡La Reina!... ¿qué Reina?

PAULET. ¡La Reina de Inglaterra!... ha sido asesinada en el camino de Londres. (*Entra precipitadamente en el castillo con Williams*).

## ESCENA VIII.

MORTIMER solo. *Después LEVAL*.

MORTIMER. ¿Estoy soñando?... ¿no acabo de oír una voz que decía? ¿han asesinado á



la Reina...» no... fué un delirio... el ardor de la fiebre me presentó como real la ilusión de mis sombríos pensamientos... ¿quién viene?... es Leval... me parece demudado...

LEVAL (*entrando precipitado*). ¡Huid, Mortimer, huid... todo está perdido!

MORTIMER. ¿Por qué?

LEVAL. No me preguntéis mas... poneos en salvo.

MORTIMER. ¿Pero qué hay?

LEVAL. Ese bárbaro de Sepin se ha precipitado, y en un momento ha destruido todos nuestros planes.

MORTIMER. Luego es verdad que...

LEVAL. Sí, es verdad... huid... no os detengáis.

MORTIMER. Pero ¿por qué?... muerta Isabel, Maria sube al trono de Inglaterra.

LEVAL. ¿Muerta Isabel?... ¿quién os ha dado esa noticia?

MORTIMER. Vos mismo.

LEVAL. No... Isabel vive... vos caminais hácia el cadalso á pasos agigantados... y yo también.

MORTIMER. ¿Vive, pues, Isabel?

LEVAL. Sí, el asesino erró el golpe, y Talbot le desarmó.

MORTIMER (*con furor concentrado*). ¿Vive Isabel?

LEVAL. Sí, vive para perdernos á todos... vámonos... el parque está lleno de gente armada.

MORTIMER. ¿Quién dió el golpe?

LEVAL. Ese barnabita de Talon, que estuvo tan pensativo en la capilla, mientras el sacerdote repetía el anatema lanzado contra Isabel por el Santo Padre, ha querido libertar la Iglesia de Dios por el camino más corto, y con un golpe de osadía ganar la palma del martirio. Solo el sacerdote era sabedor de ese proyecto que ha intentado realizar en el camino de Londres.

MORTIMER (*después de un momento de reflexión*). ¡Implacable es tu destino, desventurada Maria!... Ya es preciso que mueras... El mismo que debía salvarte, acelerará tu pérdida.

LEVAL. Decidme... ¿dónde pensáis dirigiros?... yo voy á ocultarme en las montañas del Norte.

MORTIMER. Idos, Leval, y Dios proteja vuestra fuga... yo me quedo para apurar los medios de libertar á nuestra legítima Reina. Si no lo consigo, morire sobre su tumba.

(*Se van por distintos lados. Caen el telón.*)

## ACTO CUARTO.

Una antesala en el palacio.

### ESCENA PRIMERA.

FL CONDE DE L'AUBESPINE, EL CONDE DE KENT, LEICESTER.

L'AUBESPINE. ¡Milores!... me pareceis consternados... ¿cómo está S. M?... me admira esa tentativa de asesinato en un pueblo tan fiel.

LEICESTER. El asesino no es de este país, señor embajador... es un vasallo de vuestro rey... es un francés.

L'AUBESPINE. ¿Algun insensato!...

KENT. Es un papista, señor conde.

### ESCENA II.

*Los precedentes. BURLEIGH entra hablando con DAVISON.*

BURLEIGH (*á Davison, entrando*). Mandad estender y sellar la orden para que se ejecute la sentencia. En seguida la presentaréis á la Reina para que la firme... no perdáis tiempo.

DAVISON. ¿Sereis obedecido, milord!... (*Se vá.*)

L'AUBESPINE (*saliendo al encuentro de Burleigh*). ¡Milord!... mi corazón participa de vuestra justa alegría... Doy gracias al cielo, por haber librado á la Reina de un asesino.

BURLEIGH (*con intencion*). Gracias le sean dadas por haber confundido la maldad de nuestros enemigos.

L'AUBESPINE. ¡Dios castigue al autor de tan sacrilego atentado!

BURLEIGH (*con mas intencion*). ¡Al autor, y á su infame instigador!

L'AUBESPINE (*á Kent*). ¡Lord mariscal!... servios introducirme á la presencia de S. M., para poner humildemente á sus pies la felicitación del Rey, mi señor.

BURLEIGH. Podeis ahorraros ese trabajo, señor conde.

L'AUBESPINE (*con empeño*). Sé cumplir mi deber, lord gran tesorero.

BURLEIGH. Mejor será que salgais cuanto antes del territorio inglés...

L'AUBESPINE (*sorprendido*). ¡Cómo!... ¿qué queréis decir?

BURLEIGH (*con seriedad*). El sagrado carácter de embajador que hoy os protege, tal vez no pueda mañana serviros de salvaguardia.

L'AUBESPINE. ¿Qué crimen he cometido?

BURLEIGH. Si lo digo, ya no sería fácil perdonarlo.



L'AUBESPINE. Creo, milord, que el derecho de embajador...

BURLEIGH (*interrumpiéndole*). No os autoriza para cometer delitos de alta traición.

LEICESTER y KENT. ¡Ah!... ¿será, pues, verdad?

L'AUBESPINE (*a Burleigh con cólera*). Milord, medid vuestras palabras...

BURLEIGH. Se ha encontrado en la faldriquera del asesino, un pasaporte firmado de vuestro puño.

KENT. ¿Será posible?

L'AUBESPINE. Yo firmo muchos pasaportes... ¿puedo por ventura leer en el corazón de los hombres?

BURLEIGH. El asesino confesó en vuestro palacio.

L'AUBESPINE. Mi palacio está abierto...

BURLEIGH. Para todos los enemigos de nuestra Reina.

L'AUBESPINE. Pido que se forme una sumaria.

BURLEIGH. Temedla.

L'AUBESPINE. Ultrajais en mi persona al Rey de Francia, que romperá la reciente alianza.

BURLEIGH (*interrumpiéndole*). Está ya rota... jamás la Inglaterra se unirá á la Francia... (*A Kent*) Milord Kent... quedais encargado de escoltar al conde de l'Aubespine hasta la boca del río... El pueblo, furioso, ha allanado su palacio, y se ha encontrado en él un arsenal entero de armas. Si el señor conde aparece en público, será hecho pedazos... ocultadle, pues, hasta que se calmen los ánimos... vos me respondeis de su vida.

L'AUBESPINE. Voy á partir... Abandonaré este reino en que se huellan los derechos de los pueblos, y se juega con los tratados... pero el Rey, mi señor, tomará de este ultraje la mas sangrienta satisfacción.

BURLEIGH (*con sequedad*). ¡Qué venga á buscarla! (*L'Aubespine se va con Kent*).

### ESCENA III.

LEICESTER, BURLEIGH.

LEICESTER. Me admira, milord, la facilidad con que destruis vuestras propias obras... Para concluir así, podiais haberos ahorrado el trabajo de formar la alianza... La Inglaterra tendrá muy poco que agradeceros, mientras procedais de esta manera...

BURLEIGH. Mi fin era recto... pero Dios ha dispuesto las cosas de otro modo... (*Con intención*). Dichoso el que no tenga sobre su conciencia sino faltas como estas!

LEICESTER. Es fácil reconocer el humor sombrío de Cail, por su modo tenebroso de proceder cuando se trata de un crimen de estado... ¡hé aquí una ocasion favorable para vos!... se ha cometido un gran delito, cuyos fautores están todavía envueltos en las tinieblas del misterio... se va á abrir un tribunal de inquisicion... se pondrán en balanza las palabras y las miradas... hasta los pensamientos serán sometidos á juicio!... Estas circunstancias hacen de vos un hombre de importancia, un atlante del estado... Todo el reino va á descansar sobre vuestros hombros.

BURLEIGH. ¡Milord! sabeis mas que yo... lo reconozco... jamás ha podido mi elocuencia conseguir una victoria como la vuestra.

LEICESTER. ¿Qué quereis decir?

BURLEIGH. ¿No habeis sido vos quien ha conducido á la Reina á Totheringay, sin mi noticia?

LEICESTER. ¡Sin vuestra noticia!... ¿he temido alguna vez que tuviéscis noticia de mis acciones?

BURLEIGH. ¡Habeis acompañado á la Reina á Totheringay!... pero no... mas bien la Reina fué bastante condescendiente para acompañaros á vos.

LEICESTER. No os entiendo, milord.

BURLEIGH. ¡Qué brillante papel le hicisteis representar!... ¡qué glorioso triunfo teniais reservado á esta Reina, que con entera confianza se entregó á vuestras manos!... ¡pobre princesa!... ¿cómo se burlaron de ti!... ¿cómo te sacrificaron sin piedad!... ¡Decidme, milord; era esa la grandeza de alma de que blasonasteis en el consejo?... ¡ahora conozco por qué motivo la Stuardo era una enemiga tan débil y tan despreciable, que no valia la pena de mancharnos las manos con su sangre!... ¡soberbió plan!... ¡bien concebido!... pero tanto aflásteis el puñal, que se le rompió la punta.

LEICESTER. ¡Miserable!... ¡qué geringonza es esa!... venid á darme cuenta de vuestras palabras á la presencia de Isabel.

BURLEIGH (*con mucha serenidad*). Allí me encontrareis, milord; y procurad que á los piés del trono, no os falte elocuencia para defender vuestra causa. (*Se va*).

### ESCENA IV.

LEICESTER solo; despues MORTIMER.

LEICESTER. Estoy descubierto... Burleigh ha penetrado mis designios... ¡desdichado de mi si tiene pruebas!... Como sepa Isabel mis inteligencias con María... ¡Oh Dios!



¡qué culpable pareceré á sus ojos! Mis esfuerzos para conducirla á Tothingay, le parecerán delitos de alta traición y abominable astucia... Creerá que la he burlado cruelmente, posponiéndola á su mortal enemiga... ¡Oh!... jamás, jamás me perdonará... Todo lo juzgará concertado de antemano... el fatal resultado de la conferencia, el triunfo de su rival, su sonrisa de desprecio, todo, todo le parecerá obra mía... hasta la mano sangrienta del asesino, que un destino inesperado complicó en estas ocurrencias, le parecerá armada por mí... (Momentos de silencio). No... no hay salvacion... pero alguien viene.

MORTIMER (*muy turbado entra con precipitacion, mirando á todas partes con desconfianza*). ¿Sois vos, lord Leicester?... ¿nos oirán las paredes?

LEICESTER (*muy incómodo*). ¡Desdichado!... ¿qué buscáis aquí?... ¡idos...

MORTIMER. Precaveos, milord... nos siguen los pasos.

LEICESTER. ¡Idos!... ¡idos!

MORTIMER. El gobierno sabe nuestras reuniones secretas en el palacio del embajador francés.

LEICESTER. Nada me importan vuestras tramas.

MORTIMER. Saben tambien que asistia á ellas el asesino.

LEICESTER. Peor para vos... ¿por qué me entrometeis en vuestros criminales proyectos?... procurad salvar vuestros compromisos, y dejadme á mí.

MORTIMER. Escuchad, milord.

LEICESTER (*con violenta cólera*). ¡Id enhorramala! ¿por qué me seguís como un espíritu maligno?... ¡alejaos!... no os conozco... nada tengo que ver con asesinos.

MORTIMER. ¿No queréis escucharme?... tengo que daros un aviso... os están observando, milord...

LEICESTER. ¡Oh Dios!

MORTIMER. El gran tesoro ha estado en Fotheringay; pero despues de los fatales sucesos... se ha registrado cuidadosamente el aposento de María, y se ha encontrado...

LEICESTER. ¿Qué?

MORTIMER. Una carta principiada, con direccion á vos.

LEICESTER. ¡Muerte y maldicion!

MORTIMER. Lord Burleigh la ha recogido...

LEICESTER. ¡Estoy perdido sin remedio! (*Se pasea desesperado, mientras Mortimer sigue hablando*).

MORTIMER. Aprovechad la ocasion... ganad por mano á lord Burleigh... salvaos y

salvad á María... jurad que estais inocente... buscad pretextos... alejad la principal desgracia, la muerte que la amenaza... Yo nada puedo hacer ya... mis compañeros se han dispersado... nuestro club está disuelto... parto á Escocia para reunir nuevos partidarios... entre tanto, á vos os toca emplear vuestro crédito, y contener con osadía el torrente de las circunstancias.

LEICESTER (*se está paseando, y se detiene de repente, como si le ocurriese una idea repentina*). Adoptaré vuestro consejo. (*Abre una puerta y grita*): ¡Hola, guardias! (*Sale un oficial con gente armada*). ¡Prened á ese reo de Estado... señor oficial!... Os lo encargo bajo vuestra responsabilidad... Acabo de descubrir el mas horrible complot, y voy en persona á dar cuenta á la Reina. (*Se vá*).

MORTIMER (*primero atónito y estupefacto, se repone y lanza una mirada de desprecio á Leicester, mientras este se vá*). ¡Infame!... Bien merecida tengo mi suerte, por haberme fiado de ese miserable... me huella, porque mi caída es el medio de su salvacion... ¡Tranquilizate, cobarde!... ¡no te descubriré... no te complicaré en mi ruina... no quiero tu compañía ni aun en el sepulcro... la vida es el único bien de los malvados!... (*Al oficial, que se aproxima para llevarse*) ¿Qué quieres, vil esclavo de la tiranía?... ¡yo me burlo de tí... soy libre!... (*Saca un puñal*).

EL OFICIAL. ¡Soldados!... ¡desarmadle!... (*Rodean los soldados á Mortimer, que se defiende*).

MORTIMER. En estos últimos momentos de mi vida, mi alma libre se descubrirá sin rebozo... Muerte y anatema sobre vosotros, que sois traidores á Dios, y á vuestra legítima soberana!... á vosotros, que abandonasteis á María, para venderos á una bastarda coronada!

OFICIAL. ¿Oís esas blasfemias?... ¡prendedlo!

MORTIMER. ¡Oh adorada María!... no he podido ponerte en libertad, pero te daré una prueba de valor... ¡Divina María!... ruega á Dios por mi alma, y llámame á tu seno en la eternidad!... (*Se dá una puñalada, y cae en los brazos de los guardias*).

## ESCENA V.

El cuarto de la Reina.

ISABEL con una carta en la mano, BURLEIGH

ISABEL. ¡Traidor!... ¡me condujo á Fotheringay para burlarme, haciendo triunfar á su amante!... ¡oh Burleigh!... ¡nunca hubo mujer mas vilmente engañada que yo!

BURLEIGH. No puedo comprender los me-



dios con que Leicester consiguió sorprender la sublime prudencia de una soberana como vos.

ISABEL. ¡Estoy muerta de vergüenza!... ¿cómo se habrá burlado de mí!... ¿de mí, que intenté humillar á María y fui ultrajada!...

BURLEIGH. Ahora reconocereis la sinceridad de mis consejos.

ISABEL. Bien me castiga Dios por no haberlos seguido... pero, ¿quién lo creyera?... ¿quién sospechara que ocultaban un lazo, los juramentos mas tiernos del amor?... ¿de quién me fiaré ya, si Leicester me ha engañado? ¡Leicester, á quien hice grande sobre todos los grandes, á quien coloqué tan cerca de mi corazón, á quien autoricé para obrar en mi corte como señor, como rey!... ha!

BURLEIGH. El ingrato os vende y os pone á una Reina ilegítima.

ISABEL. ¡María!... ¡María!... lo pagarás con tu sangre... (A Burleigh.) ¿Está estendida la sentencia?

BURLEIGH. Sí, señora.

ISABEL. Es preciso sacrificarla. Véala Leicester morir, y muera tras de ella... Le he desterrado de mi corazón... ¡no mas, no mas amor!... solo quiero oír la voz de la venganza... Será tan vergonzosa su caída como grande fué su elevación; y si ha sido un ejemplo de mi debilidad, debe ser ahora un monumento de mi entereza... Dispone que le conduzcan á la torre... yo nombraré pares que le juzguen... aplicadle todo el rigor de la ley...

BURLEIGH. Parcerá á vuestra presencia, y se justificará.

ISABEL. ¿Cómo puede justificarse!... ¿no le condena esta sola carta?... su crimen está mas claro que la luz del día.

BURLEIGH. Pero sois clemente y benévola... La presencia de Leicester...

ISABEL. No quiero verlo... no... jamás... ¡habeis dado orden para para que le nieguen la entrada?

BURLEIGH. Dada está.

UN PAJE (anuncia). Milord Leicester.

ISABEL. ¡Infame!... ¡no quiero verle!... (Al paje.) Dile que no quiero verle.

PAJE. ¡Señora!... no me atrevo á decirselo... no me creará...

ISABEL. ¿Tanto le he elevado pues, que mis servidores tiemblan á sus órdenes mas bien que á las mias?

BURLEIGH (al paje). Dile que S. M. le prohíbe entrar. (El paje se retira vacilando.)

ISABEL (después de un momento de reflexión). Sin embargo, podrá justificarse... Tal vez la pérdida María me haya tendido

este lazo para indisponerme con el mas fiel de mis amigos... tal vez no escribió esta carta sino para llenarme el corazón de venenosas sospechas contra el hombre que ella aborrece...

BURLEIGH. Pero, señora, tened presente que...

## ESCENA VI.

Los precedentes.—LEICESTER.

LEICESTER (interrumpe á Burleigh abriendo bruscamente la puerta y entrando como dueño). ¿Quién es el impertinente que me cierra esta puerta?

ISABEL. ¡Temerario!

LEICESTER. Cuando la Reina está visible para un Burleigh, debe tambien estarlo para mí.

BURLEIGH. ¿Entraís á pesar de la prohibición?... ¡sois muy atrevido, milord!

LEICESTER. Mas atrevido es el que toma la palabra en este lugar para hablarme de prohibiciones... ¡qué!... ¡hay en la corte de Inglaterra quien pueda permitir ni prohibir nada á lord Leicester? (Aproximándose á la Reina, con sumision.) Solo mi adorada soberana...

ISABEL (sin mirarle). ¡Retiraos, malvado!

LEICESTER. Esas palabras amargas no son de mi amable soberana... son de ese lord, mi enemigo... Apelo de ellas á la bondad de Isabel... supuesto que oísteis á Burleigh, reclamo igual derecho...

ISABEL. ¡Hablad, infame!... ¡agravad el crimen con vuestras palabras!...

LEICESTER. Mandad salir á ese importuno... (A Burleigh). ¡Retiraos, milord!... tengo que hablar á la Reina sin testigos... (Impaciente). ¿Qué!... ¿no os vais?

ISABEL (A Burleigh). ¡Quedaos, milord!... yo os lo mando.

LEICESTER. ¿Admitis un tercero entre vos y yo?... tengo que hablar á mi adorada Reina... Reclamo los sagrados derechos de mi gerarquía, y recurro á ellos para echar de vuestro cuarto á lord Burleigh.

ISABEL. ¡Qué mal suena en vuestra boca ese lenguaje!

LEICESTER. Sin embargo, es el lenguaje propio de mi clase; porque soy el dichoso mortal á quien otorgasteis el privilegio de vuestro favor... si... me habeis elevado sobre ese orgulloso lord y sobre todos los demas... Debo á vuestro corazón esta gloriosa preferencia, y lo que me ha concedido el amor, sabré conservarlo á costa de mi vida... ¡Salga Burleigh!... me bastan dos minutos para hacerme comprender de mi Reina...



ISABEL. En vano intentais engañarme nuevamente con vuestras arterias.

LEICESTER. No... ese orador os engañará tal vez... pero yo no... hablaré á vuestro corazón, y ante vuestro corazón me justificaré de lo que me atreví á hacer confiado en el favor de que gozoi... No reconozco mas tribunal que el de vuestra benevolencia.

ISABEL. ¡Imprudente!... (*A Burleigh*). Mostradle la carta, milord... (*Burleigh da un papel á Leicester*).

LEICESTER (*recorre la carta sin inmutarse*). Es de lady Stuardo.

ISABEL. Leedla, y confesar vuestro crimen.

LEICESTER (*lee la carta para sí, y dice con calma*). Las apariencias me acusan; pero me atrevo á esperar que no me condenéis por apariencias.

ISABEL. ¿Podéis negar que tuvisteis relaciones secretas con María Stuardo, que recibisteis su retrato, y le disteis esperanzas?

LEICESTER. Si me reconociese culpable, podría fácilmente recusar el testimonio de una enemiga; pero como mi conciencia está tranquila, confieso que María ha escrito la verdad.

ISABEL. ¡Desgraciado!

BURLEIGH. El mismo pronuncia su sentencia.

ISABEL. ¡Traidor!... (*A Burleigh*). Mandadle conducir á la Torre...

LEICESTER. No soy traidor... hice mal en ocultaros mi conducta; pero mis intenciones eran rectas y leales... Obré de esta manera, para penetrar los designios de vuestra enemiga, para perderla...

ISABEL. ¡Miserable pretexto!

BURLEIGH. Milord... creéis que...

LEICESTER (*interrumpiéndole con altanería*). He jugado un albur muy peligroso... Solo el conde de Leicester podía arriesgarse á semejante acción... Todo el mundo sabe mi odio á María Stuardo... mi rango por otra parte, y la confianza que merezco á la Reina, excluyen toda suerte de dudas sobre la fidelidad de mis sentimientos... (*A Isabel*). El hombre á quien vuestro favor ha ennoblecido sobre todos los demás, podía emprender un camino escabroso para prestaros un notable servicio.

BURLEIGH. Pero siendo recto vuestro fin, ¿á qué tantos misterios?

LEICESTER. ¡Milord!... estais acostumbrado á perorar antes de obrar, y sois constantemente el pregonero de vuestras propias acciones. Mi sistema es enteramente opuesto... primero obro; despues hablo.

BURLEIGH. Hablais así, porque os obligan las circunstancias.

LEICESTER (*con una orgullosa mirada de desprecio*). Os vanagloriais de haber llevado á cabo una obra grande y maravillosa, de haber salvado á la Reina, de haber arrancado la máscara á la traición!... (*En tono de burla*). ¡Todo lo sabeis!... ¡nada puede escapar á vuestra mirada perspicaz!... ¡Miserable!... á pesar de vuestra admirable sagacidad, María Stuardo estaria libre á estas horas, si yo no lo hubiese impedido.

BURLEIGH. ¿Cómo!

LEICESTER. Sí, milord... nuestra Reina se fió de Mortimer... le abrió su corazón... le dió una orden sangrienta contra María, que el caballero Paulet habia rechazado con indignación... Decid... ¿es esto verdad?... (*La Reina y Burleigh se miraron con asombro*).

BURLEIGH (*admirado*). ¿Cómo lo habeis sabido?

LEICESTER. ¿Pero es verdad lo que he dicho?... ¡milord!... ¿cómo no penetraron vuestros ojos de lince, que Mortimer os engañaba, que era un instrumento de los Guisas, un partidario acérrimo de Stuardo, un entusiasta resuelto y audaz que vino á Inglaterra, solo para libertar á María y asesinar á Isabel?

ISABEL (*con la mayor admiración*). ¡Mortimer!... ¿será posible?

LEICESTER. Por medio de Mortimer, siguió María sus relaciones conmigo... Hoy debia ser arrancada á viva fuerza de Fotheringay... Mortimer acaba de revelármelo... le he mandado prender, y viéndose descubierto, se ha suicidado.

ISABEL. ¡Qué cúmulo de iniquidades!...

LEICESTER. Yo siento que haya muerto... Si viviese, su testimonio me serviria de disculpa... por esto traté de entregarle á la justicia... un juicio riguroso y formal, hubiera comprobado mi inocencia á los ojos del universo entero.

BURLEIGH. ¿Y se ha dado la muerte por su propia mano?... ¿no habeis sido vos?...

LEICESTER (*interrumpiéndole con cólera*). ¡Sospecha infame, y digna de quien la concibió!... preguntadlo al jefe de la guardia, que se hizo cargo de él. (*Se acerca á la puerta y llama. Entra el oficial de la guardia*). Repetid á S. M. lo ocurrido con Mortimer.

OFICIAL. Yo estaba de guardia en la antecámara. Milord ha abierto de repente la puerta, me ha mandado prender á sir Mortimer, como reo de Estado... El criminal enfurecido, ha sacado un puñal y no hemos podido evitar que se atravesase el corazón,



profiriendo mil blasfemias contra S. M.  
LEICESTER. Basta... retiraos... *(El oficial se va.)*

ISABEL. ¡Oh!... ¡qué abismo de horrores!

LEICESTER. ¡Oh Reina! ¿quién es vuestro libertador?... ¿es lord Burleigh?... ¿conocía ese lord, los peligros que os amenazaban?... ¿ha hecho algo para salvaros la vida?... vuestro fiel Leicester, ahora como siempre, ha sido el ángel tutelar de su soberana.

BURLEIGH. ¡Milord!... Mortimer ha muerto muy oportunamente para vos.

ISABEL. Confieso que estoy indecisa... os creo y no os creo... pienso que sois inocente y que no lo sois... ¡Mujer odiosa, que tales tormentos me causas!... ¡es preciso que mueras!

LEICESTER. Yo soy el primero que propongo ahora su muerte... Opiné en el consejo por la suspension de la sentencia, hasta que un nuevo atentado la justificase. Soy consecuente... pido la ejecucion sin mas dilaciones.

BURLEIGH. ¡Milord!... ¿es posible que penséis así?

LEICESTER. Por muy sensibles que me parezcan las escenas sangrientas, juzgo llegado el caso de recurrir á ellas, porque así lo exige la seguridad de nuestra Reina. Repito, pues, que considero urgente el suplicio de María Stuardo.

BURLEIGH *(á Isabel)*. Supuesto que lord Leicester está animado de un celo tan firme y tan sincero, me parece del caso que le sea confiada la ejecucion de la sentencia.

LEICESTER. ¿A mí?

BURLEIGH. Si... á vos... El mejor modo de disipar las sospechas que todavía oscurecen vuestra fidelidad, es encargaros de cortar la cabeza de la misma mujer á quien se os acusa de haber amado.

ISABEL *(mirando fijamente á Leicester)*. Apruebo el dictamen de Burleigh... sea este vuestro único castigo.

LEICESTER. Mi categoria debiera dispensarme de esa odiosa comision que por todos títulos es mas propia de un Burleigh... El que como yo ocupa el lugar mas inmediato al trono, no debiera ser instrumento de muerte!... Sin embargo, para probar mi celo y satisfacer á mi soberana, renuncio á los privilegios de mi dignidad y acepto ese triste deber.

ISABEL. Lo desempeñareis en union con lord Burleigh *(á Burleigh)*. Cuidad de que se despache la orden sin pérdida de momento *(se va Burleigh y se oye un gran tumulto fuera de la escena)*.

## ESCENA VII.

ISABEL, LEICESTER, KENT.

ISABEL. ¿Qué ha sucedido, milord Kent? ¿qué tumulto es ese?

KENT. Señora, se ha reunido mucha gente alrededor del palacio... el pueblo solicita veros al momento.

ISABEL. ¿Qué quiere mi pueblo?

KENT. El terror domina en la ciudad... se dice que vuestra vida está en peligro... que estais rodeada de asesinos... enviados por el Papa... que vuestros enemigos conspiran para libertar á María Stuardo y colocarla en el trono... El pueblo está furioso, señora!... no hay mas remedio que ejecutar hoy mismo la sentencia de María.

ISABEL *(disgustada)*. ¡Cómo!... ¿pretendes, pues, obligarme?

KENT. Estan resueltos á no retirarse, hasta que hayais firmado la sentencia.

## ESCENA VIII.

Los precedentes, BURLEIGH, DAVISON con un escrito en la mano.

ISABEL. ¿Qué traeis, Davison?

DAVISON *(aproximándose á la Reina con gravedad)*. Señora, habeis mandado... *(se va Kent)*.

ISABEL. ¿Qué es eso?... *(va á tomar el papel, se estremece y se aparta.)* ¡Justo cielo!

BURLEIGH. Señora, la voz del pueblo es voz de Dios... obedecedla.

ISABEL *(indecisa y luchando consigo misma)*. ¡Milord!... ¿quién me responde de que esa voz sea la voz de todo mi pueblo, la voz del mundo?... ¡Ah!... si hoy cedo á esas exigencias, quizás mañana oiga otro grito diferente; y los mismos que ahora me impelen á esta accion, la vituperarán cuando se haya consumado.

## ESCENA IX.

Los precedentes. TALBOT.

TALBOT *(entra violentamente agitado)*. ¡Oh Reina!... pretenden precipitaros... no os dejéis dominar... tened teson... *(ve á Davison con la sentencia en la mano)* ¿qué es eso? ¿está ya resuelto?... veo en las manos del secretario de Estado un escrito fatal, que en estos momentos criticos no debiera estar á la vista de la Reina.

ISABEL. ¿Me obligan, noble Talbot!

TALBOT. ¿Quién puede obligaros?... no sois la Reina?... Mostrad vuestro poder; imponed silencio á esas voces groseras que se atreven á forzar la voluntad real, y pretenden gobernar vuestro libre alvedrio, vanos temores, ciegas ilusiones agitan al



pueblo... vos misma estais conmovida y abandonada á la fragilidad humana... esta no es ocasion de pronunciar una sentencia.

BURLEIGH. Todo está juzgado hace mucho tiempo, milord... no se trata de *pronunciar una sentencia*, sino de *ejecutarla*.

KENT (*vuelve*). Crece el tumulto... ya no es posible contener al pueblo.

ISABEL (*á Talbot*). ¿Lo veis?

TALBOT. ¡Oh Reina!... so lo os pido una breve dilacion... Un rasgo de pluma decidirá del reposo de vuestra vida... ¿vais á resolver en un instante de borrasca lo que por tantos años habeis reflexionado?... Una breve dilacion... no os pido mas... esperad un momento de mas calma.

BURLEIGH (*con mucha vivacidad*). Esperad, vacilad, diferid hasta que el reino entero sca presa de la guerra civil, hasta que vuestra enemiga haya conseguido llevar á cabo el asesinato que medita... Tres veces lo ha intentado, y otras tantas, la mano de Dios os ha preservado del puñal... hoy mismo ha estado en riesgo vuestra vida... esperar un nuevo milagro, es tentar á la Providencia.

TALBOT. Ese Dios que cuatro veces os ha protegido milagrosamente, ese Dios que hoy ha prestado fuerza al brazo del anciano para desarmar al asesino, ese Dios merece que coñeis en su Providencia. No pretenderé haceros oír la voz de la justicia, porque en estos momentos de confusion, no podríais escucharla... pero tened presente lo que voy á deciros. No temais á María viviente... temblad cuandola hayais hecho cadáver. Su sombra irritada, saldrá de la tumba cual genio de discordia, cual espíritu vengador que recorrerá vuestros dominios para arrebatáros el amor de vuestros vasallos. Los ingleses aborrecen ahora á esa mujer, porque la temen; y cuando haya dejado de existir, olvidarán á la enemiga de su creencia, recordarán á la nieta de sus reyes, llorarán á la victima de la envidia y del rencor... y la vengarán. Atravesad la ciudad despues de la sangrienta ejecucion; mostraos al pueblo que hoy acude gozoso á victorear vuestro nombre, y vereis otro pueblo, otra Inglaterra. En lugar de esa sublime justicia que os ha granjeado todos los corazones, os seguirá el terror, horrible compañero de la tiranía; y los sitios publicos donde aparezcáis, se convertirán en un desierto, porque habreis cometido el último, el mas atroz de los atentados... ¿qué vida podrá considerarse en seguridad, despues que haya caído la cabeza sagrada de María?

ISABEL. ¡Ah, Talbot!... hoy me habeis

salvado la vida... ¿por qué lo hicisteis? la mano del asesino hubiera terminado esta lucha fatal... Libre de todas mis dudas y pura de toda especie de faltas, descansaría ahora en la tumba de mis abuelos... Estoy cansada de reinar y de vivir... es preciso que sucumba una de las dos reinas, cedo voluntariamente la corona á mi rival, y restituyo á mi pueblo su poder, para que libremente elija entre María y yo... Dios es testigo de que nunca he vivido para mí y siempre por la felicidad de mis vasallos. Si los ingleses creen que la jóven y seductora María les ha de dar dias mas felices que los de mi reinado, bajaré del trono sin vacilar, y volveré á mi pacífica soledad de Wodstock, donde pasé mi modesta juventud, donde ajena de las frivolidades del poder, hallaba en mi corazon mi propia grandeza. No nací para soberana. Un monarca debe tener el alma fuerte, y la mia es muy debil. Mientras fué mi obligacion repartir beneficios, gobierné esta isla con acierto... por primera vez se me presentan deberes de rigor, y reconozco mi impotencia.

BURLEIGH (*con impetu*). Cuando la misma Reina profiere palabras tan poco reales, juro por el cielo, que quien callase en mi lugar, faltaría á sus deberes y haria traicion á su patria... Os preciais de amar á vuestro pueblo mas que á vos misma... probadlo... no busqueis el reposo abandonando el reino á la borrasca... pensad en nuestra iglesia... ¿permitireis que María restablezca las antiguas supersticiones?... ¿volveremos á ver frailes?... ¿vendrá otra vez el nuncio apostólico á cerrar nuestros templos y á destronar nuestros reyes?... ¡oh Reina!... sois responsable ante Dios de la felicidad de vuestros pueblos, cuya salvacion ó ruina dependen del partido que tome su soberana, en estos momentos de calamidad. Olvidad la compasion... olvidad todos los sentimientos propios del corazon de la mujer... vuestro principal deber es el bienestar del reino... Talbot os ha salvado la vida, y yo quiero hacer mas que Talbot; quiero salvar la Inglaterra.

ISABEL. ¡Dejadme!... ¡ni consejos ni consuelos puedo esperar de los hombres!... yo sola deliberaré sobre este importante negocio, lo someteré á la decision del Ser Supremo, y haré lo que su providencia se digne inspirarme... Retiraos, milores... (*A Davison*). Davison; no os alejéis, y estad pronto á mis órdenes. (*Retiranse los lores*). Talbot permanece algunos momentos delante de la Reina mirándola con expresion; en seguida se vá, manifestando profunda tristeza.)



## ESCENA X.

ISABEL, sola.

¡Oh tiránica voluntad del pueblo!... ¡vergonzosa esclavitud!... ¡cansada estoy de halagar á ese ídolo despreciable, que detesto con todo mi corazón!... ¡Cuándo gozaré libertad sobre mi trono?... me será siempre preciso respetar la opinión pública, mendigar la ajena aprobación, obrar á gusto de mis consejeros, y en una palabra, complacer á todo el mundo?... Esto no es ser rey... Es rey el que no debe contemporizar con nadie... Ejerciendo toda mi vida la mas rigurosa justicia, y huyendo de la arbitrariedad, yo misma he forjado estas cadenas que me impiden ahora verificar un acto necesario de violencia... Yo misma he dado á mis pueblos el ejemplo que me quita la fuerza... Si hubiese obrado como la española María que me precedió en el trono, podría ahora derramar impunemente la sangre real, sin esponerme á ninguna especie de vituperio... (*Momentos de silencio.*) Sin embargo, ¿he sido justa á impulsos de mi propio corazón?... No... lo he sido, porque me ha obligado á serlo la necesidad imperiosa de las circunstancias que domina la voluntad de los reyes. Rodeada por do quiera de enemigos, no puedo apoyar mi trono sino en el favor del pueblo. Todas las potencias del continente me son contrarias... el papa mi enemigo irreconciliable, lanza el anatema sobre mi cabeza... la Francia me engaña con falsas demostraciones de fraternidad... el Español me prepara en los mares una guerra de esterminio... el mundo entero se conjura contra una débil mujer... Me veo obligada á eclipsar con sublimes virtudes, la debilidad de mis derechos y el borron conque mi mismo padre manchó mi nacimiento; pero son inútiles todos mis esfuerzos... el odio de mis enemigos los destruye, presentándose á María Stuardo como un fantasma eternamente amenazador, en que se apoyan mis adversarios... caiga su cabeza, y acaben de una vez mis temores!... sí... quiero vivir en paz. María es la furia de mi vida, el genio del mal que el destino ha desencadenado contra mí. Donde fundo una esperanza, donde espero un momento de placer, allí aparece esa vibora infernal... ella me quita á mi amante; ella me priva de esposo... todas mis penas llevan consigo el nombre de María Stuardo. No tengo mas que borrarla de la lista de los vivientes y (*con fuego*) ¡soy libre!... ¡libre como el aire en las montañas! (*Momentos de silencio*) ¡Con qué desprecio me miraba!... ¿esperaría aterrorarme con sus

miradas?... ¡Enemiga impotente!... ¡yo tengo mejores armas!... armas que dan la muerte!... (*Conferocidad.*) ¡Miserable!... ¡ya dejaste de existir!... (*Se acerca á la mesa y toma la pluma.*) ¡Me llamaste bastarda!... lo soy porque tú vives, porque respiras... todas las sospechas sobre mi nacimiento real se aniquilarán, cuando yo te aniquile á ti... y seré fruto de legítimo matrimonio, cuando los ingleses no puedan elegir á otra. (*Firma con seguridad y rapidez. En seguida deja caer la pluma con una espresion de horror. Momentos de silencio. Toca la campanilla.*)

## ESCENA XI.

ISABEL, DAVISON.

ISABEL. ¿Dónde están los demás lores?

DAVISON. Han ido á apaciguar al pueblo. La sola presencia de Talbot ha calmado el tumulto; mil voces han exclamado á un tiempo: «¡El es!... ¡el es!... ¡el que ha salvado la vida á la Reina!... es el hombre mas respetable de Inglaterra.» Entonces el noble Talbot ha dirigido la palabra á los amotinados; ha reprendido su atrevimiento, y ha sido tal el poder de su elocuencia, que la multitud se ha calmado y en silencio ha despejado la plaza.

ISABEL. ¡Ah! ¡pueblo movible que cedes al mas leve soplo!... ¡Desgraciado de quien se apoya en tí!... (*A Davison.*) ¡Está bien, sir Davison!... podeis retiraros. (*Davison se dirige á la puerta. Isabel le dice con indiferencia, alargándole la sentencia firmada:*) ¿Y este papel? ¿por qué no lo tomáis?... guardadlo... lo deposito en vuestras manos.

DAVISON (*mirando el papel con horror*). Oh! Reina... ¿habeis firmado?... ¿estais, pues, resuelta?

ISABEL. Debía firmar y lo he hecho... Un pliego de papel nada significa... una firma no puede dar la muerte.

DAVISON. Señora, vuestra firma en este escrito, es decisiva y dá la muerte; es una flecha, es un rayo. Ese papel manda á los ministros de justicia, que sin pérdida de momento pasen á Folheringay para anunciar á la Reina de Escocia su sentencia capital y conducirla al suplicio mañana al ser de día. Esto no admite dilacion. Luego que este documento salga de mi poder, todo se acabó para María Stuardo.

ISABEL. Es verdad, sir Davison. Dios pone en vuestras débiles manos un negocio de la mas alta importancia; rogadle, pues, que os ilumine con su sabiduría. Yo os dejo... os abandono á vuestros deberes... (*Va á salir.*)



DAVISON (*muy inquieto se coloca delante de la Reina*). No me dejeis sin manifestarme claramente vuestra voluntad. Para ejecutar vuestras órdenes al pié de la letra, no necesito que me ilumine ninguna sabiduría... Decidme, ¿por qué me entregais esta sentencia?... ¿es para que la mande ejecutar?

ISABEL. Obrad segun mejor os parezca.

DAVISON (*horrorizado*). Dios me libre de obrar en este caso segun me parezca... soy vuestro servidor, y nada tengo que decidir... obedecer es mi única obligacion. El mas pequeño error seria un parricidio, una desgracia horrible, irreparable... permitidme, pues, ser instrumento ciego en esta causa... Habladme terminantemente... ¿qué debo hacer con esta sangrienta orden?

ISABEL. Ella misma lo indica.

DAVISON. ¿Quereis que la mande ejecutar al momento?

ISABEL. No he dicho eso... tiemblo solo de pensarlo.

DAVISON. ¿Quereis, pues, que la guarde? ISABEL. Obrad de vuestra cuenta y riesgo... medid vuestras acciones, porque os hago responsable de su resultado.

DAVISON. ¡A mí!... ¡justo Dios! ¡hablad, señora!... ¡qué debo hacer!

ISABEL (*impaciente*). No quiero acordarme mas de este negocio... quiero estar tranquila...

DAVISON. Una sola palabra... decid, ¿qué he de hacer?

ISABEL (*dando una patada en el suelo*). ¡Eso es insufrible!

DAVISON. ¡Oh Reina!... sed indulgente con vuestro servidor... hace pocos meses que desempeño mi cargo... soy novicio en la corte, y no conozco el lenguaje de los reyes... fui educado en la franqueza y sencillez del vulgo... Dispensadme, señora... no me rehuseis vuestras instrucciones... dignaos manifestarme lo que debo hacer para agradaros... (*Se aproxima á la Reina en ademán suplicante. Isabel le vuelve la espalda. Davison se desespera, y al fin dice con resolución.*) Tomad este papel... tomadlo... no quiero en mis manos este fuego abrasador... buscad á otro que os sirva en esta ocasion.

ISABEL. Cumplid vuestro deber. (*Se vá.*)

## ESCENA XII.

DAVISON solo; despues BURLEIGH.

DAVISON. ¡Se ha ido!... me ha dejado indeciso sobre esta orden cruel... ¿que haré?... ¿la mandaré ejecutar?... ¿la guardaré?... (*Entra Burleigh.*) ¡Ah milord!... me alegro de

veros... os debo el cargo que desempeño en la corte, y os suplico me exonereis de él, porque lo acepté sin prever su terrible responsabilidad... quiero volver á la oscuridad de que me sacasteis... este destino no es para mí.

BURLEIGH. ¿Qué es eso, sir Davison?... volved en vos... ¿Dónde está la sentencia?... la Reina os mandó llamar...

DAVISON. ¡Y me ha dejado violentamente irritada... ¡Oh!... dadme un consejo... ayudadme... arrancadme á la angustia internal de mis dudas... ved la sentencia firmada...

BURLEIGH (*con vivacidad*). ¿Firmada?... ¡dádme!... ¡dádme!

DAVISON. No me atrevo.

BURLEIGH. ¿Por qué?

DAVISON. Porque la Reina no me ha manifestado claramente su voluntad.

BURLEIGH. ¿Qué quiere decir claramente?... ¿no ha firmado?... dadme la sentencia.

DAVISON. No sé qué hacer, milord... Aconsejadme: ¿debo guardarla, ó mandarla ejecutar?

BURLEIGH (*con empeño*). Debeis mandarla ejecutar al momento. Si la diferis, estais perdido.

DAVISON. ¿Y no lo estaré si me apresuro?

BURLEIGH. ¿Estais loco, sir Davison?... dadme ese papel... (*Le quita la sentencia y se vá precipitadamente.*)

DAVISON (*corriendo tras de Burleigh*). ¡Milord! ¡milord!... ¿qué hacéis?... ¡vais á perderme!... (*Cae el telón.*)

## ACTO QUINTO.

El teatro representa la misma sala del primer acto, en el castillo de Fotheringay.

## ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, vestida de luto rigoroso, con los ojos humedecidos de lágrimas y mostrando profundo dolor, está cerrando y sellando cartas. De cuando en cuando suspende su ocupacion, y junta las manos en actitud de orar. PAULET y WILLIAMS tambien vestidos de luto, entran en el salon con un gran número de criados que llevan vasos de oro y plata, espejos, cuadros y otros objetos preciosos, que colocan en el fondo de la escena. Paulet entrega á Ana una cajita de joyas y un papel, haciéndola seña con la mano, de que es la nota de los muebles que ha traído. La vista de aquellas riquezas aumenta el dolor de Ana. Paulet y Williams se retiran con los criados sin hablar palabra. Entra MELVIL.

ANA (*al ver á Melvil, esclama con dolor*). ¡Melvil!... ¡Melvil!... ¡Melvil!... ¿sois vos?



MELVIL (con dolorosa calma). ¡Sí, querida Ana!... ¡soy yo!... al fin volvemos á vernos...

ANA. Despues de una larga y dolorosa separacion.

MELVIL. ¡Oh!... ¡triste y deplorable entrevista!

ANA. ¿A qué venís, Melvil?

MELVIL. A dar el último y eterno adios á mi querida Reina.

ANA. ¡Ah!... hasta la hora de la muerte no le han permitido ver á sus fieles servidores. Melvil, no os preguntaré sobre vuestras desgracias, ni os hablaré de lo mucho que hemos sufrido desde nuestra separacion... dia vendrá en que hablemos de esto... ¡Oh Melvil!... ¿por qué hemos vivido si nos estaban reservadas horas tan fatales?

MELVIL. ¡Ana!... no nos desanímemos mutuamente. Lloraré toda mi vida... estos vestidos de luto me acompañarán hasta la tumba... jamás animará mi semblante una sonrisa de alegría... será eterno mi dolor... pero hoy quiero tener firmeza. Prometédme disimular vuestra amargura; y cuando todos se abandonen al llanto y á la desesperacion, nosotros, fieles servidores de Maria, la acompañaremos con ánimo varonil, y le serviremos de apoyo en la senda de la muerte.

ANA. No creais que la Reina necesita vuestro auxilio para subir al cadalso con valor. Ella misma os dará ejemplo de noble resignacion... Nada temais en esta parte. Maria Stuardo sabrá morir como Reina y como heroína.

MELVIL. ¿Oyó la sentencia con serenidad?... me han dicho que se la leyeron de improviso, y sin prevenirla de antemano.

ANA. ¡Es verdad, Melvil!... No era el temor de la muerte el que agitaba á Maria... mas que á la muerte, temia á su libertador... Mortimer nos habia prometido la libertad, y ofreció sacarnos á viva fuerza del castillo. La Reina no podia resolverse á entregar su honor y su real persona en manos de aquel joven audaz; pero fluctuando entre el temor y la esperanza, hemos aguardado hasta la aurora. Entonces hemos oido un gran tumulto; y repetidos martillazos han llamado nuestra atencion... Juzgamos que serian nuestros libertadores... nos halagaba la esperanza... involuntario é irresistible el amor á la vida, se apoderaba insensiblemente de nuestros corazones... (Con horror). Cuando se abre de repente la puerta; entra el caballero Paulet, y sin rodeos ni preámbulos nos anuncia que se está levantando el cadalso bajo

nuestros pies. (Se aparta, abandonándose al mas agudo dolor).

MELVIL. ¡Justo Dios!... ¿y ha podido Maria resistir tan horrorosa decepcion?

ANA (después de un momento de silencio en que ha procurado reponerse). No es fácil desprenderse lentamente de la vida, pero en un momento de agitacion, puede el alma pasar súbitamente de las cosas temporales á las eternas. Dios ha concedido á nuestra Reina la gracia de renunciar en uno de estos momentos, á las esperanzas de la tierra, y de elevarse al cielo con ardiente fé... No la ha abatido la mas leve muestra de terror... no ha derramado una sola lágrima... humedeciéronse empero sus divinos ojos, al saber la vergonzosa traicion de lord Leicester, y el trágico fin del jóven entusiasta, que generosamente se sacrificó por ella. Acompañó tambien en su profundo dolor al caballero Paulet, que con la muerte de Mortimer ha visto desvanecerse sus últimas esperanzas... No ha llorado su propia desgracia, pero sí la de sus semejantes.

MELVIL. ¿Dónde está ahora?... ¿no podré verla?

ANA. Ha pasado toda la noche rezando; se ha despedido por escrito de sus mas queridos amigos; ha estendido su testamento de su propio puño... Ahora está descansando... ¡el último sueño, Melvil!

MELVIL. Quién está con ella?

ANA. Sus doncellas y el médico Burgoyne.

## ESCENA II.

Los precedentes, MARGARITA KURL.

ANA (á Margarita). ¿Ha despertado la Reina?

MARGARITA. Sí... está ya vestida, y os llama.

ANA. Allá voy... (A Melvil, que hace ademán de acompañarla.) Esperad... voy á prevenirla para vuestra visita. (Se vá.)

MARGARITA. ¡Melvil!... ¡el antiguo intendente de la casa!

MELVIL. Sí, lady Margarita.

MARGARITA. Ah!... la casa de Stuardo no necesita ya intendente!... decidme, Melvil... ¿vos que venís de Lóndres, sabeis algo de mimarido?

MELVIL. Será puesto en libertad luego que...

MARGARITA (interrumpiéndole). Luego que la Reina haya cerrado los ojos... ¡infame!... ¡traidor!... he oido decir que han condenado á Maria por su declaracion... Es el asesino de nuestra Reina.

MELVIL. Es verdad, milady.



MARGARITA. ¡Oh!... ¡maldición sobre su alma hasta en el infierno!... ¡ha sido testigo falso!

MELVIL. Milady Kurl... pensadlo bien... es vuestro marido...

MARGARITA. Si... lo repetiré en su misma presencia... lo juraré ante el tribunal... lo gritaré á la faz del mundo entero... ¡María muere inocente!

MELVIL (*muy conmovido*). ¡Dios lo quiera!

### ESCENA III.

*Los precedentes, BURGOYN; despues ANA.*

BURGOYN (*arrojándose á Melvil*). ¡Melvil!

MELVIL (*abrazándole*). ¡Burgoyne!

BURGOYN (*á Margarita*). Un vaso de vino para la Reina... no os detengais, milady. (*Se vá Margarita.*)

MELVIL. ¡Qué!... ¿está mala la Reina?

BURGOYN. No, Melvil... está buena... su heroico valor la engaña y la hace creer que no necesita alimento; pero todavia le esperan momentos muy amargos, y no debemos permitir que sus enemigos se envanezcan, atribuyendo al temor de la muerte, la palidez que la debilidad del cuerpo esparciría en su semblante.

MELVIL (*á Ana que vá entrando*). ¡Dá permiso la Reina, para que yo entre á visitarla?

ANA. Se está disponiendo para salir en persona... ¡Melvil!... os veo atónito y no cesais de mirar con asombro, el pomposo aparato que nos rodea... ¡Oh, amigo!... durante la vida nos hicieron carecer de lo necesario, y á la hora de la muerte nos devuelven lo superfluo.

### ESCENA IV.

*Los precedentes, otras dos doncellas de María, tambien vestidas de luto, entran en el salon y se echan á llorar al ver á Melvil.*

MELVIL. ¡Qué cuadro!... ¡qué fatal reunion!... ¡Gertrudis!... ¡Rosamunda!

UNA DE LAS DONCELLAS. La Reina nos ha despedido... quiere estar un momento sola, para encomendarse á Dios por última vez. (*Entran otras dos mujeres igualmente vestidas de luto, y con gestos mudos espresan su afliccion.*)

### ESCENA V.

*Los precedentes. MARGARITA KURL entra con una copa de oro, la pone sobre una mesa, y se deja caer en un sillón desfallecida y suspirando.*

MELVIL. ¡Qué teneis, milady?

MARGARITA (*muy oprimida*). ¡Oh Dios!

BURLEIGH. ¡Qué teneis?

MARGARITA. ¡Dios mio!... ¡qué he visto!

MELVIL. ¡Qué habeis visto?... decidlo.

MARGARITA. Al subir la escalera, se ha abierto la puerta de la sala baja... y he visto... (*estremeciéndose*). ¡Cielos!... he visto...

MELVIL. ¡Señora!... volved en vos... ¿qué habeis visto?

MARGARITA. He visto las paredes tapizadas de negro... un cadalso negro... un almohadon negro... un tajo negro... un hacha recién afilada... Toda la sala llena de gente, esperando á la víctima, y contemplando aquellos instrumentos de muerte con ojos feroces y sedientos de sangre!

LAS MUJERES. ¡Dios se apiade de nuestra querida Reina!

MELVIL. Aquí está. Reponeos, señoras.

### ESCENA VI.

*Los precedentes, MARIA vestida de negro y adornada. Lleva pendiente del cuello un Agnus Dei, y de la cintura un rosario. Tiene en la mano un crucifijo, en la cabeza una diadema y un gran velo blanco echado á la espalda. Entra, y todos los presentes se colocan á un lado y otro de la escena formando dos filas, y manifestando agudísimo dolor. Melvil cae de rodillas por un movimiento involuntario.*

MARIA (*con calma y dignidad echa una tranquila mirada sobre toda la concurrencia*). ¡Por qué llorais?... dadme mas bien la enhorabuena por el término de mis sufrimientos. Rómpanse al fin mis cadenas... se abren las puertas de mi prision... mi alma gozosa se eleva á la libertad eterna sobre las alas de los ángeles... ¿y llorais?... Debisteis derramar lágrimas por mí, cuando el rencor de una orgullosa enemiga me hacia sufrir ultrajes impropios de mi dignidad real... pero ya la muerte propicia se me presenta con el semblante de un amigo sério y benéfico... pronto sus negras alas cubrirán mi vergüenza... El último momento eleva el hombre y le ennoblece; así siento otra vez en mis sienes la corona y la altivez en mi corazon. (*Se adelanta algunos pasos, y ve á Melvil que permanece de rodillas*). ¡Melvil!... ¡Melvil!... ¡levantaos, noble caballero!... ¡no habeis venido á ver la muerte de vuestra Reina!... ¡no!... ¡asistireis á su triunfo!... Gran felicidad es para mí que el nombre de María Stuardo no quede enteramente abandonado al alvedrio de mis enemigos, y que sea testigo de mis últimos momentos un amigo fiel, que profesa mi religion. Decidme, noble Melvil... ¿qué os ha sucedido en esta tierra enemiga



es inhospitalaria, desde que violentamente os arrancaron de mi lado?... No pocas veces han afligido mi corazón, graves inquietudes sobre vuestra suerte.

MELVIL. No he sufrido mas que el dolor de no poder serviros.

MARIA. ¿Y Didier, mi antiguo servidor?... sin duda habrá cerrado ya los ojos al eterno sueño, porque era muy anciano.

MELVIL. Dios le ha negado esta gracia, señora... vive para ver vuestra muerte en la flor de la juventud.

MARIA. ¿Y he de morir sin estrechar entre mis brazos á ninguna de las criaturas unidas á mi por los vínculos de la sangre?... Si... moriré entre extraños, sin mas consuelo que vuestras lágrimas... ¡Melvill!... depósito en vuestro corazón mis últimos votos en favor de mis parientes... Bendigo á mi cuñado, el Rey cristianísimo, y á toda la familia real de Francia... bendigo á mi tío, al cardenal arzobispo de Rheims y á mi noble primo Enrique de Guisa... bendigo tambien al Santo Padre, vicario sagrado de Cristo, que antes de ahora me bendijo á mí... bendigo últimamente al Rey católico, que tan generosamente se ofreció por mi libertador ó vengador... Todos están inscritos en mi testamento, y recibirán presentes de mi amor... presentes módicos que, sin embargo, no parecerán despreciables á sus ojos. *(Se dirige á sus servidores)*. Os he recomendado á mi hermano el Rey de Francia, para que os tome bajo su protección, y os proporcione una nueva patria... Si en algo apreciáis la última voluntad de vuestra Reina, alejaos de este país despues de mi muerte, para que el orgulloso corazón de los ingleses no goce con vuestra miseria, viendo confundidos con el polvo á los que tan fielmente me sirvieron... ¡lo haréis?... ¿qué decid?... *(movimiento entre los concurrentes)*. ¡Abandonareis esta tierra fatal desde el momento en que haya rodado mi cabeza?... jurádmelo por esta imagen del Redentor crucificado.

MELVIL. *(pone la mano sobre el crucifijo)*. Os lo juro en nombre de todos los presentes.

MARIA. Soy pobre, pero todo lo que poseo será repartido entre vosotros... así lo he dispuesto en mi testamento, y espero que lo respetarán. Todo lo que me pertenece, es vuestro... vuestras son tambien las alhajas que llevo puestas... permitidme usar por última vez estos adornos de la tierra, al tomar el camino del cielo. *(A sus doncellas)*. ¡Emilia, Gertrudis, Rosamunda!... os lego mis perlas, que todavía sentarán bien á vuestra juventud...

¡Margarita!... tú tienes los mayores derechos á mi generosidad, porque eres la mas desgraciada... mi testamento te probará que no quiero vengar en tí los crímenes de tu marido... ¡Ana!... ¡mi querida Ana!... tú no aprecias el valor del oro, ni te seduce la brillantez de los diamantes... mi memoria será el mas precioso de tus tesoros... toma este pañuelo, que para tí bordé en mis horas de dolor... ¡tómalo!... está empapado en mis lágrimas mas amargas... con él me vendarás los ojos en el momento fatal, y este será tu último servicio, Ana de mi corazón!

ANA. ¡Oh Melvill!... no puedo mas.

MARIA. ¡Venid todos!... ¡venid!... recibid mi último adiós!... *(Todos se agolpan alrededor de Maria, y caen á sus pies. Maria les tiende la mano, que todos besan uno despues de otro, mientras ella vá diciendo)*. ¡Adios, Margarita!... ¡adios, Rosamunda! ¡Burgoyne!... te doy gracias por tus buenos servicios... ¡Gertrudis!... ¡tienes los labios ardientes!... ¡ah!... mucho me han odiado, pero tambien he sido muy querida... ¡adios, Gertrudis!... tu corazón sensible necesita amor... Dios te depare un noble esposo, que te haga tan feliz como mereces... ¡Berta!... tú has elegido mejor estado... ¡serás la casta esposa del cielo!... apresúrate á cumplir tus votos... el ejemplo de tu Reina, prueba que los bienes de este mundo son deleznales y engañosos... Basta... ¡adios! ¡adios, hijos míos!... ¡adios para siempre!... *(Se aparta rápidamente, todos se retiran llorando, á escepcion de Melvil)*.

## ESCENA VII.

MARIA, MELVIL.

MARIA. Quedan arreglados todos mis asuntos terrestres, y voy á dejar este mundo, libre de todas mis deudas con los hombres. ¡Solo una cosa, Melvill! Solo una cosa oprime mi alma, y la impide elevarse con alegría y libertad.

MELVIL. Decídmela... aliviad vuestro corazón del peso de sus inquietudes... depositadlas en el seno de un amigo fiel.

MARIA. Estoy en el borde de la eternidad, pronta á parecer ante el juez supremo, y no me he reconciliado aun con el santo de los santos. Me han negado la asistencia de un ministro de nuestra religion, y no quiero que un falso sacerdote me administre el pan de la vida. Deseo morir en mi creencia, única que puede hacerme eternamente feliz.

MELVIL. Tranquilizaos... el cielo tiene siempre en cuenta los deseos sinceros y



piadosos, aun cuando no puedan ser cumplidos. El poder de la tiranía solo alcanza á encadenar las manos mortales; pero la devoción del alma se eleva libremente á los pies del Creador. La fé es la que nos vivifica.

MARIA. ¡Ah Melvil!... el corazon no se basta á sí mismo... la fé necesita una garantía terrestre para apropiarse los bienes del cielo. Por esto, Dios se hizo hombre y encerró sus dones invisibles bajo formas visibles. La Iglesia santa y sublime es la escalera del cielo, y se llama católica, se llama universal, porque la creencia de todos fortifica la de cada uno. Cuando millares de fieles adoran juntos á Dios, juntos le dirigen sus suplicas, se enciende la llama de la devoción, y el alma, con las alas desplegadas, se remonta al cielo. Dichosos los que por un deseo comun de orar se reunen en la casa del Señor... El altar está adornado; los cirios arden; suena la campana; suben al cielo nubes de oloroso incienso; el sacerdote, revestido de la ropa inmaculada, toma el cáliz, lo bendice, obra el milagro sublime del cambio de sustancia, y el pueblo en su fé y en su persuasión, se prosterna delante de un Dios presente. ¡Ah!... yo sola estoy escluida de la comunidad cristiana... la bendición del cielo no ha penetrado en mi calabozo.

MELVIL. Pero penetra en vuestro corazon. La rama seca puede brotar hojas entre las manos del que tiene fé. El Dios que hizo nacer la fuente del árido peñasco, puede preparar el altar en vuestra cárcel y convertir el brebaje terrestre de esa copa en bebida celestial. (*Señala la copa que está sobre la mesa.*)

MARIA. Os comprendo, Melvil... Aquí no hay sacerdote ni iglesia, ni altar; pero el Salvador nos dijo: «cuando dos personas se reúnan en mi nombre, estaré con ellas.» ¿Por qué razon un sacerdote es el órgano del Señor?... por su corazon puro, por su conducta irreprochable. Así, pues, aunque vos no hayais recibido las sagradas órdenes, sois para mí un mensajero de Dios que me lleva la paz... quiero, pues, haceros mi última confesion y recibir de vuestra mano la salud eterna.

MELVIL. Ya que tal fervor sentís en el corazon, sabed, ¡Oh Reina! que Dios puede hacer un milagro para consolaros. Decís que no hay aquí sacerdote ni iglesia, ni pan de salud... Os engañais, señora; aquí está un ministro del Omnipotente y el cuerpo de Jesucristo. (*A estas palabras se descubre la cabeza y muestra la hostia en una caja de oro. Maria la adora.*) Soy sacerdote; es-

toy autorizado para oír vuestra última confesion y daros la paz de Dios en el camino de la muerte. He recibido la sagrada unción, y os traigo esta hostia consagrada por el Sumo Pontífice en persona.

MARIA. Es decir, que la felicidad celestial me estaba reservada á la hora de la muerte. Cuando me engañan los libertadores de la tierra, me sorprende en la cárcel el nuncio del cielo con toda la brillantez de la inmortalidad... aparece á mis ojos, como en otro tiempo, el ángel, que bajando en una nube de oro, penetró en la prision del apostol para romper sus cadenas, sin que bastasen á impedirselo cerrojos ni espadas... Vos que fuisteis mi servidor, lo sois ahora del Altísimo y ministro de su voluntad... Y como algun dia doblábais la rodilla en mi presencia, así hoy en la vuestra inclino yo la frente hasta la tierra (*cae de rodillas*).

MELVIL. (*haciendo la señal de la cruz*). En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Reina Maria! ¿habeis examinado vuestro corazon? ¿prometeis y jurais confesar la verdad, delante del Dios de verdad?

MARIA. Mi corazon está abierto para él y para vos.

MELVIL. Decid pues... ¿qué pecados os reprende vuestra conciencia, desde la última vez que os reconciliasteis con Dios?

MARIA. El odio y la envidia han reinado en mi corazon, y han nacido en mi seno pensamientos de venganza. Yo, pobre pecadora, que esperaba el perdón de Dios, no podia perdonar á mi rival.

MELVIL. ¿Os arrepentís de esa falta, y estais seriamente resuelta á dejar el mundo, libre de ese resentimiento?

MARIA. Sí... tan cierto como espero el perdón de Dios.

MELVIL. ¿De qué otro pecado os acusais?

MARIA. He ofendido tambien la bondad divina con un amor culpable... La vanidad arrastró mi corazon hacia un hombre que me ha sido traidor.

MELVIL. ¿Os pesa de esa falta?... ¿habeis olvidado ese ídolo vano, para volver á Dios?

MARIA. Mucho me ha costado; pero al fin he conseguido romper este vínculo terrestre.

MELVIL. ¿Qué mas?

MARIA. Un crimen sangriento que confesé hace muchos años, vuelve á sorprenderme con nuevos terrores, y como sombra siniestra, se coloca entre el cielo y yo... Permiti el asesinato del rey mi esposo, y entregué al asesino mi mano y mi corazon. He espiado esta falta con los castigos mas



rígorosos de la iglesia, pero nunca he podido apaciguar en mi seno, la serpiente del remordimiento.

MELVIL. ¿No os acusa vuestro corazon, de otras faltas no confesadas ni espiadas?

MARIA. No. Habeis oido todo lo que pesa en mi conciencia.

MELVIL. *(con mucha solemnidad)*. Pensad en el Dios omnipotente que está cerca de vos; pensad en el castigo conque la santa iglesia amenaza la confesion incompleta... Es un pecado contra el Espiritu Santo, que merece la muerte eterna.

MARIA. Niégume Dios la victoria en este último combate, si algo os he ocultado con conocimiento.

MELVIL. ¡Cómo!... ¿quereis ocultar á vuestro Dios, el crimen por el cual os castigan los hombres? ¿Nada me decís de la parte que tuvisteis en la alta traicion de Babington y de Parry? ¿quereis añadir la eterna condenacion, á la muerte temporal que sufrís por ese delito?

MELVIL. Estoy dispuesta á entrar en la eternidad... dentro de pocos instantes pareceré ante el juez supremo... *(Con seguridad)*. sin embargo, mi confesion es completa.

MELVIL. Pensadlo bien... el corazon es engañoso... tal vez deseásteis el crimen, y por un artificioso juego de palabras, dejásteis de pronunciar la que os hacia culpable... ¡Marial... ¡Marial... ningun artificio puede escaparse á la mirada de fuego que lee en vuestro pecho.

MARIA. He suplicado á todos los monarcas de Europa que rompiesen mis indignas cadenas; pero jamás he atentado á la vida de mi enemiga ni de obra, ni de palabra, ni de pensamiento.

MELVIL. ¿Es, pues, falsa la declaracion de vuestros secretarios?

MARIA. Dios les juzgará... Yo no he mentado.

MELVIL. ¿Y subís al cadalso, persuadida de vuestra inocencia?

MARIA. Dios me dispensa la gracia de espiar mis sangrientas culpas con esta muerte no merecida.

MELVIL. Espiadas pues... id, victima resignada... caed sobre el altar... El castigo de sangre puede redimir el crimen de sangre... vuestra única culpa ha sido la fragilidad de la mujer; y en el esplendor de la bienaventuranza, el espiritu se despoja de las debilidades humanas... En virtud del poder que me ha sido conferido para absolver, os anuncio la remision de todos vuestros pecados. Así sea como vos lo esperais. *(Toma la copa, y la consagra en silencio. En*

*seguida la presenta á Maria, que vacila y la rehusa.)* Tomad esta sangre que por vos fué derramada... tomadla... el Santo Padre os concede este favor... al morir podeis todavía gozar de ese sublime privilegio de los reyes. *(Maria toma la copa.)* Del mismo modo que en los sufrimientos terrestres habeis estado misteriosamente unida á vuestro Dios, así en su reino de alegría, donde no cabe lágrimas ni pecados, sereis un ángel de luz, compañero eterno de la divinidad. *(Deja la copa. Se oye ruido. Melvil se cubre la cabeza y se aproxima á la puerta. Maria se mantiene de rodillas en un profundo recogimiento.)*

MELVIL. *(vuelve)*. Todavía os restan momentos de dolor... ¿Os sentís en disposicion de vencer todo movimiento de odio y de ira?

MARIA. *(levantándose)*. Ya nada temo... He sacrificado á Dios, mis amores y mis odios.

MELVIL. Preparaos, pues, para recibir á lord Burleigh y á lord Leicester... Aquí estan.

#### ESCENA VIII.

*Los precedentes, BURLEIGH, LEICESTER, PAULET. Leicester se queda á mucha distancia con los ojos bajos. Burleigh le observa un momento y en seguida se adelanta y se coloca entre él y la Reina.*

BURLEIGH. Lady Stuardo... vengo á recibir vuestras últimas órdenes.

MARIA. Gracias, milord.

BURLEIGH. La voluntad de la Reina es concederos todo lo que sea justo.

MARIA. Mis últimos votos quedan consignados en el testamento que he depositado en manos del caballero Paulet, y espero que será fielmente cumplido.

PAULET. En esta parte, señora, podeis tranquilizaros.

MARIA. Pido que se permita á mis servidores retirarse á Escocia ó á Francia, según les acomode.

BURLEIGH. Sereis obedecida... ¿qué mas teneis que mandar?

MARIA. Llevad á la Reina de Inglaterra mi saludo fraternal... decidle que la perdono con toda mi alma, y que deploro mis arrebatos de ayer... Dios la guarde y le conceda un feliz reinado.

BURLEIGH. ¿No habeis mejorado de pensamientos? ¿rehusais todavía el auxilio del dean?

MARIA. Estoy reconciliada con mis Dios. *(A Paulet, con mucho sentimiento.)* ¡Caballero Paulet!... he sido causa inocente de vuestra mayor desgracia... os he privado del



apoyo de vuestra vejez... ¡Ah!... dejadme creer que no me aborreceis en la hora de mi muerte.

PAULET (*la da la mano muy conmovido*). Id en paz, lady Maria, y Dios sea con vos en vuestros últimos momentos.

#### ESCENA IX.

*Los precedentes. ANA KENEDY y las demás mujeres del servicio de Maria, dando muestras de terror. En seguida entra el ministro de Justicia con una varilla blanca en la mano. Por la puerta que queda entreabierta se ven las piezas exteriores llenas de gente armada.*

MARIA. ¿Qué tienes, Ana?... sí... llegó el momento decisivo... el ministro de justicia va á conducirme á la muerte... ¡adios!... ¡adios!... (*las doncellas se agolpan alrededor de Maria con muchas lágrimas y sollozos*) (*á Melvil*). Vos, mi digno amigo, tú, mi fiel Ana, me acompañareis en los últimos momentos... (*á Burleigh*). Milord... permitidme este consuelo.

BURLEIGH. Eso no está en mi mano, milady.

MARIA. ¿Cómo, me negais este pequeño favor?... ¿quién me prestará los últimos servicios?... yo no creo que la voluntad de mi hermana sea ofender á su sexo en mi persona, permitiendo que me toquen las groseras manos de los hombres.

BURLEIGH. Ninguna mujer puede subir con vos al cadalso... sus gritos, sus lamentos...

MARIA. Respondo de la firmeza de mi Ana... Milord!... tened buen corazón... no me separéis en esta hora fatal, de la que nunca me abandonó... ella me llevó en sus brazos al principio de mi vida... permitid que su dulce mano me conduzca á la muerte.

PAULET (*á Burleigh, con mucha emoción*). Milord!... ¡es la última gracia!... (*Burleigh hace una seña con la mano, como accediendo á la petición*).

MARIA. Ya nada tengo que pedir en este mundo (*toma el crucifijo y lo besa*). ¡Salvador mío!... ¡libertador mío!... como estendisteis los brazos en la cruz, estendedlos ahora para recibirme... (*Se dispone á salir, y vé á lord Leicester, que perturbado por sus últimas palabras, le ha dirigido la vista. Maria tiembla, se doblan sus rodillas, y está á punto de caer. Leicester adelanta tres ó cuatro pasos y la sostiene. Maria le mira un momento con gravedad y en silencio. No pudiendo resistir Leicester la mirada de Maria, baja los ojos*). Conde de Leicester!... me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para salir de la cárcel... y me cumplís la palabra. (*Leicester está como aniquilado;*

*Maria prosigue*.) ¡Adios!... sed feliz si podéis serlo... Aspirásteis á la mano de dos reinas... despreciásteis un corazón amante y tierno por otro corazón orgulloso y vano... Postraos á los piés de Isabel, y ojalá la recompensa que anhelaís, no os sirva de castigo... ¡Adios!... ya no hay interés capaz de encadenarme sobre la tierra. (*Se va precedida del ministro de justicia, acompañada de Melvil y Ana, y seguida de Burleigh y Paulet. Los demás personajes la siguen con la vista y se dispersan por las otras puertas.*

#### ESCENA X.

LEICESTER solo.

¿Respiro todavía?... ¿puedo soportar la vida?... ¿y no se desplomán estas bóvedas sobre mi cabeza criminal?... ¿por qué no se abre un abismo para tragar al mas miserable de los hombres?... ¿qué mujer he perdido!... ¿qué perla he desechado! qué celestial felicidad he arrebatado á mi propio corazón!... Ella se aleja, semejante ya á un espíritu celestial, y me deja abandonado á eterna desesperacion. ¿Dónde está la felicidad que me trajo á este castillo, el valor con que me propuse ahogar la voz de mi corazón, viendo caer su cabeza sin pestañear? La presencia de esa mujer despierta en mí la vergüenza que yo creía estinguida, y en sus últimos momentos me enlaza con las cadenas del amor!... ¡Réprobo!... no cedas ya á los sentimientos del corazón... no cedas, no, que la felicidad del amor está mas allá de tus alcances... reviste tu pecho de impenetrable armadura, y sea tu frente inalterable como un peñasco... Si no quieres perder el fruto de tu vergonzosa traicion, persiste con tenaz audacia en el camino que emprendiste... ¡enmudezca la compasion!... ¡séquense tus ojos como piedras!... sí... quiero verla morir... quiero ser testigo... (*Se dirige con paso firme á la puerta por la que salió Maria, y se detiene á la mitad del camino*.) No... no... un horror infernal se apodera de mi corazón... no puedo presenciar ese sangriento espectáculo... no puedo verla morir... (*Momentos de silencio*.) ¿Qué ruido es ese?... escuchemos... ya llegaron... se está preparando la ejecución bajo mis piés... oigo voces... ¡huyamos!... ¡huyamos de esta mansion del terror y de la muerte! (*Quiere salir por otra puerta, y hallándola cerrada, vuelve*). ¡Qué!... ¿me encadena en este sitio algún poder superior? ¡Tendré que oir lo que me horroriza ver?... Escuchemos... ¡ah! ¡la voz del dean!... la exhorta... ella le interrumpe... la oigo orar en alta voz, en tono firme... ¡qué silencio!... sollozos de mujeres que lloran... ya le des-



eubren la garganta... ya se arrodilla sobre el almohadon... ya pone la cabeza... *(se oye el hachazo)* ¡ah!... *(ha dicho lo que antecede con una emocion que iba creciendo, hasta que al fin ha caído sin movimiento. Se oye en el piso bajo un confuso murmullo de voces que dura largo rato)*.

## ESCENA XI.

El cuarto de la Reina como en el acto anterior.

ISABEL sola. *Entra por una puerta lateral, y todas sus acciones indican una violenta turbacion.*

¡Nadie ha venido!... ¡ninguna noticia tengo!... ¿no llegará la tarde?... ¿se habrá detenido el sol en su carril?... yo no puedo resistir el tormento de la incertidumbre... ¿se habrá hecho ó no se habrá hecho?... ambas ideas me intimidan, y no me atrevo á preguntar á nadie... Ni Leicester ni Burleigh han parecido por acá... ¡Eran los comisionados para la ejecucion!... ¿habrán salido de Londres?... ¡Oh Dios! si lo han hecho, la flecha está lanzada, vuela, llega al blanco, se clava en él, y aunque se tratase de la salud de mi reino, ya no fuera posible detenerla... ¿Quién va?

## ESCENA XII.

ISABEL, UN PAJE.

ISABEL. ¿Vuelves solo?... ¿dónde están los lores?

PAJE. Milord Leicester, y el lord gran tesorero...

ISABEL *(con impaciencia)*. ¿Dónde estan?

PAJE. No están en Londres.

ISABEL. ¿Dónde están pues?

PAJE. Nadie lo sabe... Esta madrugada han salido de la ciudad muy presurosos, y en secreto.

ISABEL *(aparte con mucha espresion)*. ¡Soy Reina de Inglaterra!... *(Se pasea muy agitada. Al paje)*. Véte... llama á... no... no... quédate. *(Aparte)*. ¡Ha muerto!... ¿y yo voy á vivir con tranquilidad sobre la tierra?... ¿pero por qué tiemblo?... ¿por qué estoy angustiada?... la tumba encierra ya todos mis temores... ¿quién se atreverá á decir que he mandado la ejecucion?... no me han de faltar lágrimas para llorar la muerte de Maria... *(Al paje)*. ¿Todavía estás aquí?... busca á mi secretario Davison... que venga al momento... Llama tambien al conde Talbot... hélo aquí... felizmente llega en este instante. *(Se va el paje)*.

## ESCENA XIII.

ISABEL, TALBOT.

ISABEL. Seais bien venido, noble lord... ¿qué noticias me traéis?... urgente será el

negocio cuando os presentais en palacio á estas horas.

TALBOT. ¡Oh Reina!... mi corazon, cuidadoso y siempre inquieto por la gloria de vuestro nombre, me ha conducido hoy á la Torre, donde están encerrados Kurl y Nau, secretarios de Maria, para mejor sondear la veracidad de sus declaraciones. El conserje, embarazado y confuso, me ha negado la entrada, que solo á fuerza de amenazas he podido conseguir. ¡Oh Dios! ¡qué espectáculo me esperaba!... El escocó Kurl, erizados los cabellos, y ardientes los ojos de frenesi, luchaba en su cama, á fuerza de hambre devorado por los remordimientos... Apenas me ha reconocido, se ha echado á mis piés, ha abrazado mis rodillas, lanzando alaridos de desesperacion; me ha suplicado, me ha conjurado á que le diese cuenta de la suerte de Maria, porque la noticia de su sentencia ha penetrado en los calabozos de la Torre. Le he dicho la verdad, y enterado Kurl de que su declaracion llevaba al cadalso á la infeliz Maria, se ha precipitado con estraño furor sobre su compañero, y con fuerza descomunal la ha arrastrado por el suelo, donde acabára con él á no habérselo impedido. Entonces ha desahogado su cólera contra sí mismo; ha herido su pecho con repetidos golpes; se ha maldecido á sí propio, y ha invocado las divinidades infernales. ¡Oh Reina!... ¡fué falso su testimonio!... falsas eran las cartas escritas á Babington, cuya autenticidad aseguró bajo juramento... El miserable Nau le indujo á que escribiese espresiones enteramente distintas de las que le dictaba su Reina... En seguida, ha corrido á la ventana, sin que bastásemos á evitarlo, y con desaforados gritos, que han reunido gente en la calle, ha exclamado, que era el secretario de Maria Stuardo, acusándose á sí propio de malvado, de impostor y de réprobo.

ISABEL. Vos mismo decís que estaba fuera de sí... Las palabras de un loco furioso no merecen crédito, ni prueban nada.

TALBOT. Pero su locura me prueba á mí mucho... ¡oh Reina!... no os precipitéis... os lo suplico... mandad formar nueva sumaria.

ISABEL. ¡Estoy conforme, noble conde!... no puedo creer que mis pares hayan partido de ligero en negocio tan grave, pero se formará nueva sumaria, solo porque vos lo deseais... quiero asegurar vuestra tranquilidad... felizmente todavía es tiempo... ¡No permita Dios que la mas leve sombra de duda oscurezca mi honor real!



## ESCENA XIV.

*Los precedentes.*—DAVISON.

ISABEL. ¿Dónde está la sentencia que ayer os entregué?

DAVISON (*con la mayor sorpresa*). ¡La sentencia!

ISABEL. Sí... la sentencia que ayer os di á guardar.

DAVISON (*mas sorprendido*). ¡A guardar!

ISABEL. El pueblo amotinado me obligó á firmarla, y no pude menos de ceder á sus exigencias... Firmé, pero por fuerza... puse la sentencia en vuestras manos para ganar tiempo... recordad lo que os dije, y dádmela.

TALBOT. Dádsela, sir Davison... Las circunstancias han variado, y se vá á formar nueva sumaria.

ISABEL. ¿A qué viene esa perplejidad?... ¿dónde está la sentencia?

DAVISON (*desesperado*). ¡Estoy perdido!... ¡perdido!

ISABEL (*con viveza*). Espero que no habeis...

DAVISON. ¡Estoy perdido!.. ya no tengo la sentencia.

ISABEL. ¿Cómo!

TALBOT. ¡Justo cielo!

DAVISON. Ayer mismo la entregué á Burleigh.

ISABEL. ¡Pérfido!.. ¿así me has obedecido?... ¿no te mandé terminantemente que la guardases?

DAVISON. ¡No, Reina!.. no me disteis semejante orden.

ISABEL. ¡Miserable!... ¿te atreverás á dementirme?... ¿cuándo te he mandado entregar la sentencia á Burleigh?

DAVISON. ¡Señora!.. no me lo digisteis en palabras claras y decisivas, pero...

ISABEL. ¡Malvado!.. ¿te atreviste á interpretar mis palabras, segun tus sangrientas ideas? ¡Desgraciado de tí si resulta alguna catástrofe!.. ¡la pagarás con la vida!.. ¡Talbot!.. ya veis cómo se abusa de mi nombre.

TALBOT. Lo que veo es... (*Se detiene de repente*). ¡Oh Dios!

ISABEL. ¿Qué decís?

TALBOT. Si Davison se ha propasado á obrar sin vuestro conocimiento, debe parecer ante el tribunal de los pares á responder de su conducta, que ha espuesto vuestro nombre á la execración de los siglos venideros.

## ESCENA XV.

*Los precedentes.*—BURLEIGH; *después* KENT.

BURLEIGH (*doblando la rodilla delante de la Reina*). Viva largos años nuestra soberana, y acaben, como Maria Stuardo, todos los enemigos de esta isla. (*Talbot se cubre la cara. Davison dá señales de violenta desesperacion.*)

ISABEL. Decid, milord... ¿recibisteis de mi mano la orden para la ejecucion?

BURLEIGH. ¡No Reina!.. la recibí de Davison.

ISABEL. ¿Y Davison os la entregó en mi nombre?

BURLEIGH. No, señora... no me la entregó en vuestro nombre.

ISABEL. ¿Y la habeis ejecutado sin consultar mi voluntad?... La sentencia era justa... el mundo nada podrá vituperar en vuestra conducta... pero no debisteis haber prevenido la clemencia de mi corazon... os destierro de mi presencia... (*A Davison*). Os espera un juicio severo... á vos que tan criminalmente abusasteis del sagrado depósito que confíé á vuestras manos!.. (*A Talbot*). ¡Talbot!.. entre mis consejeros, vos sois el único que he encontrado justo... en adelante, sereis mi guia y mi único amigo.

TALBOT (*con expresiva lentitud*). No desterreis á vuestros mas fieles amigos... no quiteis la libertad á los que han obrado por vos (*dando á entender con un gesto, que habla por Davison*) y por vos están callando... Por lo que á mí toca, permitidme depositar en vuestras manos el sello del reino, que durante doce años ha estado á mi cargo.

ISABEL (*sorprendida*). ¡Talbot!... ¿será posible que me abandoneis en estos momentos?

TALBOT. Perdonad... soy ya muy viejo... y mi mano inflexible no podria sellar los actos ulteriores de vuestro gobierno.

ISABEL. ¿Qué!... ¿así me deja el hombre á quien debo la vida?

TALBOT. Nada hice, señora, salvándoos la vida, puesto que no pude salvar vuestro honor... ¡vivid, reinad y sed feliz!... ¡ya murió vuestra rival!... ya nada teneis que temer... (*Con intencion*). Ni nada que respetar. (*Se vá.*)

ISABEL (*á Kent, que vá entrando*). Mandad llamar al conde de Leicester.

KENT. Acaba de embarcarse para Francia y me ha encargado presentar su despedida á V. M. (*Isabel toma un ademan severo, firme y orgulloso. Despues de un momento, cae el telon.*)

FAN DE MARIA STUARDO.